LA DIVINA EUCARISTÍA

FLORILEGIO DE LOS ESCRITOS Y SERMONES

DEL

M. R. P. EYMARD

Fundador de la Asociación del Santísimo Sacramento.

TERCERA SERIE

Retiros ante Jesús Sacramentado.

MÉXICO
LIBRERÍA RELIGIOSA
HERRERO, HERMANOS, EDITORES
3, San José el Real, 3.

1895

OBISPADO

DE

SALAMANCA

SALAMANCA, 25 de Octubre de 1872.

Mi muy querido Padre:

He leído todos los libros que Ud. me ha remitido, y encuentro en ellos un aroma de piedad, de mansedumbre y de amor, semejante al que respiran las obras de San Francisco de Sales y de San Alfonso de Ligorio. El piadoso y docto P. Eymard, ha bebido sin duda de sus excelentes manantiales. ¡Con qué suavidad sabe atraer el alma, acercarla á Dios, y unirla á Él mediante el anonadamiento de sí mismo, y una vida totalmente en Jesús, por Jesús y para Jesús.

Doy á Ud. gracias, Padre mío, por haberme obligado á leer estas hojas donde se siente arder el amor divino, y deseo que todo fiel cristiano las lea y medite para que reine Jesús en todos los corazones.

La impiedad moderna pretende destronar á Jesucristo: levantémosle en cada corazón un trono. Cuanto más trabajan los incrédulos para destruir el reino del divino Salvador en la tierra, tanto más debemos nosotros dilatar ese reino con los auxilios de la gracia.

Pídala Ud. para mí, Rdo. Padre, en aquellos preciosos momentos que cada día de-

dica á la adoración de Aquel que es autor y manantial de toda gracia, *sacramentado* por nuestro amor; y reciban, en cambio, usted y su simpática familia eucarística la bendición de su afectísimo amigo y servidor *in Corde Jesu*,

† FRAY JOAQUÍN,
Obispo de Salamanca.

Imprimatur.

† FELIX,
Archiepisc. Turonensis.

Die 14 Decembris 1872.

Imprimatur.

† ODO,
Archiepisc. Cameracensis.

Die 31 Januarii 1891.



PREFACIO

Esta nueva serie de los escritos del Padre Eymard, esperada con impaciencia muy lisonjera para nosotros, comprende cuatro Retiros de seis, siete ú ocho días cada uno.

Compuso el Padre el primero cuando era todavía Marista, para las Doncellas de la Orden Tercera de María, y se echa de ver ya en dicho Retiro un grande amor á la Eucaristía; pero la Santísima Virgen María, sus virtudes y su espíritu son el tema en que se inspira y la norma para la santificación del alma durante esos días de recogimiento.

Escribió el P. Eymard los otros dos Retiros cuando, habiendo fundado ya la Asociación del Santísimo Sacramento, quiso trazar para aquellos que la divina misericordia favoreciese con esa vocación de amor, los rasgos generales de santidad apropiada á su estado, y al mismo tiempo el espíritu que debe animar y dirigir á quien quie-

ra santificarse por la Eucaristía, vivir de la Eucaristía y copiar en sí mismo aquella vida toda de secreta inmolación y de amor silencioso, pero ardentísimo, que vive Jesús, Hostia eucarística, en el augusto Sacramento del Altar.

Y, finalmente, el último Retiro, dictado para la Congregación de las Siervas del Santísimo Sacramento, completa los dos anteriores, y termina, digámoslo así, el retrato de lo que debe ser un alma eucarística.

Pudiera pintarse con una frase el carácter dominante en estos Retiros: son *Retiros en el amor de* DIOS; que quien con atención los oiga se sentirá llevado mansa y suavemente, sin que casi lo eche de ver, á la bondad, al amor; se renovará su alma en la bondad, se inflamará en el amor, y saldrá del Cenáculo en donde haya reposado á los pies de Jesucristo, en presencia de María, fuerte, valerosa y decidida á darse sin reserva al reinado interior de Jesús.





RETIRO PRIMERO

DE SIETE DÍAS

REGLAMENTO PARA EL RETIRO

Con objeto de evitar á las personas que quieran hacer estos ejercicios, la molestia de formarse un reglamento, reproducimos aquí los rasgos principales de la vida propia de los días de retiro, trazados por el mismo P. Eymard.

Señalar una hora fija para levantarse.—Hacer por la mañana, antes del mediodía, dos meditaciones de tres cuartos de hora al menos cada una.—Antes de la comida, examen particular.

De tarde.—Rosario, y después de él media hora de lectura espiritual, la tercera meditación y el Vía Crucis.

El espíritu que ha de animar la vida exterior sea: silencio, soledad, modestia.

En cuanto al interior: paciencia, paz, oración,

COMIENZO DEL RETIRO

ADVERTENCIAS

Recitarás el *Veni Creator* y la Letanía de la Virgen Santísima.

Te pondrás bajo el amparo del glorioso San José y del Santo Ángel de tu guarda.

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Tengo mucha necesidad de estos ejercicios. ¡Ya tanto tiempo que no los he hecho!

Los necesito para reparar lo pasado, para santificar el presente, para prepararme á la eternidad...

1.° Necesito un buen retiro respecto á lo pasado, á fin de hacer penitencia, y á fin de purificar mi conciencia para no tener inquietudes á la hora de la muerte.

2.° Por lo que mira al presente, á fin de conocer los obstáculos que se oponen á mi adelantamiento espiritual, á la vida de Jesús en mí;—á fin, principalmente, de conocer los designios de gracia y amor que Dios forma para conmigo,—el camino especial por donde quiere conducirme hacia sí.

3.° Tocante al porvenir: á fin de prepararme á los sacrificios, al padecimiento, á la muerte;—á fin de ponerme en manos de la voluntad de Dios por todos los medios que Él me muestre de emplearme en su santo servicio, de procurar su gloria en mí y en el prójimo.

Fruto.—1.° Expresar mi gratitud á Dios por esta gracia tan preciosa del retiro: gracia que incluye todas las demás;—gracia que puede por sí sola facilitarme la satisfacción entera y plena por lo pasado, y ponerme para siempre en el estado de perfección á que Nuestro Señor me llama;—gracia que me dispondrá á recibir, y me la dará también, otra; es á saber: la gracia soberana de la perseverancia final... ¡Cuán bueno es Dios!

2.° Hacer este retiro con alegría, como preparación á las bodas celestiales, á mi unión íntima con Jesucristo, divino Esposo de mi alma; y esto por siempre y para siempre.

3.° Venir con una buena voluntad dispuesta á sufrirlo todo y á cumplir cuanto Dios se dignare mostrarme.

4.° Me aplicaré por lo tanto, ante todo, á cumplir bien el reglamento para el retiro.

DÍA PRIMERO

ADVERTENCIAS

1.ª Evita el cansar la cabeza por excesivo empeño en las reflexiones.—Procura más bien ver la verdad que investigarla; saborearla más bien que discutirla.

2.ª Evita la violencia en los actos de la voluntad. —Procura más bien mover el corazón por actos de humildad y santa compunción.

3.ª Recógete suavemente en Dios, por actos de jaculatorias mentales y vocales.—No esfuerces ni fatigues la imaginación para representarte á Dios ó

sus misterios, á no ser que estas representaciones se formen naturalmente.

4.ª Hay que estar dispuestos á las pruebas de distracciones, sequedades, entorpecimientos, y soportarlas como una penitencia, santificándolas por la humildad y la consideración de la voluntad de Dios que quiere ser glorificado en nuestra flaqueza.

5.ª Tomarás después de cada meditación algunos apuntes de los sentimientos que te han conmovido, las pruebas que te han asaltado, los medios que has empleado y la resolución que has tomado.

6.ª Evita cuidadosamente las visitas innecesarias, asi como también las ocupaciones que puedan disipar demasiado el espíritu ó absorberlo.

Guardarás silencio y observarás gran modestia, como que te hallas en presencia de Dios y en su santuario.

PRIMERA MEDITACIÓN

Bondad de Dios en mi creación.

1.º Crearme Dios, obra fué de su amor,—y de su amor eterno...

2.º La bondad enteramente paternal de la Providencia me ha conservado en medio de mil peligros, —me ha puesto en las mejores condiciones de salvación.

Fruto.—1.º Da gracias á Dios de haberte dado un entendimiento para conocerle,—un corazón para amarle,—una libertad para elegirle,—y una voluntad para obedecerle.

2.º Pídele perdón por haber abusado de facultades tan excelentes.

3.° Conságraselas nuevamente.

Fruto segundo.—1.° Recuerda los peligros que has corrido en tu niñez,—en tu juventud—hasta hoy.—¡Cuantos prodigios de preservación!...

2.° La vida es una gracia,—la simiente de la gloria,—la glorificación libre de Dios.—¡Qué de gracias no debo á Dios por tantos hermosos años que me ha concedido!...

3.° La Providencia divina me ha dado excelentes padres,—buena educación,—una posición la más favorable para salvarme.—¿Qué retribuiré al Señor por tantos beneficios?...

Me debo, pues, por completo á Dios, mi Criador;—debo amarle como á mi soberano Bienhechor;—debo consagrarle enteramente estos cuantos años,—estos cuantos días que su divina bondad me deja para ultimar mi corona de justicia y para tributarle la gloria que se propuso recibir al crearme.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Bondad de Dios en mi santificación.

Dios me ha amado más que á otras mil y mil criaturas...

1.° Me ha predestinado gratuitamente desde toda la eternidad á la gracia de la fe y á la gloria del cielo...

2.° Me ha privilegiado sobre gran número de criaturas;—dándome padres cristianos y educación piadosa, preservándome de los escándalos del espíritu mundano;—y además mi sexo, mi posición libre, el estado de virginidad, las ventajas de la vida reli-

giosa, ios auxilios espirituales:—¡cuántos favores en mi vocación á la fe!

Fruto. — 1.° Amor con amor se paga: debo, pues, amar á un Dios que me ha amado desde toda la eternidad. Soy eterna en su amor: ¿le he amado yo siempre en el tiempo?

2.° Beneficios recibidos, piden ser agradecidos. Un beneficio permanente requiere un reconocimiento habitual.—¡Ah! No, no podré jamás comprender toda la bondad de Dios para conmigo: menester sería para ello comprender su amor infinito.

3.° ¿Por qué ha sido Dios tan bueno para conmigo?—Para obligarme á amarle y á servirle sobre todas las cosas,—á servirle por un amor soberano,—á servirle con todas mis fuerzas.

No viviré, pues, sino para Dios, mi Salvador:—Jesucristo será el Dios de mi pensamiento, de mis amores, de mis placeres y de mis esperanzas.

TERCERA MEDITACIÓN

Bondad de Dios en mi predestinación á la gloria.

1.° Dios no me ha criado sino para el cielo,—para hacerme partícipe de su felicidad perfecta,—de su gloria eterna.

2.° Para hacerme digna del cielo, sólo me pide Dios que le ame de todo corazón,—siempre y sobre todas las cosas;—que le sirva por Jesucristo y con Jesucristo, su divino Hijo, dulce Salvador mío.

3.° Para ganar el cielo tengo sólo el tiempo de esta vida,—vida que puede terminar á cada momento.

Fruto.—1.° El cielo: he ahí mi familia, mi patria

donde reina mi Padre.—Debo, pues, considerarme en la tierra tan sólo como una extranjera, una desterrada, una viajera.

2.° Dar gracias á Dios, porque me da el cielo en recompensa de un servicio y de un amor que ya, sin derecho alguno á recompensa, se le deben por tantos títulos.

3.° ¡Cuántos Santos á mi edad se han elevado á lo más alto de los cielos, mientras que yo apenas si he comenzado á labrar mi corona!—Comenzaré hoy, Dios mío.

DIRECTORIO DEL PRIMER DÍA

Examen particular acerca de mis ejercicios de piedad.

1.° ¿Los guardo con fidelidad siempre?—y especialmente en los momentos de pruebas espirituales, penas y tentaciones?

2.° ¿Soy exacta en cumplirlos al tiempo señalado y de la manera prescrita?

3.° ¿Cuáles son aquellos en que encuentro gusto ó antipatía?

4.° ¿Me propongo un fin especial en mis ejercicios de piedad.

Lectura espiritual: *Imitación de Cristo*, lib. I, capítulos I, III, XVIII y XIX.

VIA CRUCIS

Meditarás en cada estación acerca del amor de Jesucristo en los sendos padecimientos que por nosotros sufre.

Limítate al solo pensamiento del amor de Nuestro Señor Jesucristo.

Por ejemplo: Primera estación. Jesús es sentenciado á muerte.—Considerar que él se ha sentenciado el primero y se ha ofrecido libremente á la muerte; —que ha deseado y anhelado este momento: y esto por probarme su amor, por darme la vida con su muerte, y por hacerme amable la muerte, etc.

DÍA SEGUNDO

ADVERTENCIAS

1.° Pedir á Jesucristo que nos haga compartir un tanto su tristeza en el Huerto de las Olivas, y que nos haga llorar con Él por nuestros pecados.

2.° Evitar el ver tus pecados demasiado al por menudo, á no ser que la gracia de Dios te lleve á eso con calma y contrición, pero conviene mirarlos ante la misericordia de Dios, más que con atención á nosotros mismos.

3.° Comenzar la confesión.

4.° Sufrir con espíritu de penitencia las pruebas del Retiro.—Acontece á menudo padecer mucho el segundo día del Retiro.

PRIMERA MEDITACIÓN

Dios y el mundo.

I. 1.° El mundo es una naderia; sólo en Dios está la plenitud del ser.

2.° El mundo nada tiene de bueno ni de estable?

todos sus bienes son tan solo vanidad, decepción y amargura.—Estériles, engañosas y pérfidas son todas sus promesas.—Sus honores, sus placeres, su amistad engendran esclavitud,—pecado,—apostasía.

Sólo Dios posee todo verdadero bien; divinas son sus promesas;—no hay verdadero honor ni placer puro y perfecto sino en su santo servicio.

3.° El mundo no puede sino hacerme infeliz haciéndome culpable.—Sólo Dios puede hacerme feliz haciéndome santa.

Debo, pues, dejar el mundo por Dios.

II. Dios con su divina bondad me ayuda á separarme del mundo.—Me castiga cuando me he dejado llevar demasiado del mundo.—Me hace padecer por las criaturas para que no me apegue á ellas. — Me concede disgusto y alejamiento hacia todo cuanto no es Dios.

Me hace la gracia de que comprenda yo que es Él mi solo bien,—mi único fin—y que el mundo no es más que un calvario para mí.

Fruto.—Quiero, con San Pablo, estar crucificado al mundo, y que el mundo esté crucificado para mí.

El mundo ha olvidado, despreciado y perseguido á Jesucristo, mi Dios, mi divino Esposo; quiero ser tratada como Él.

Combatiré, pues, con todas mis fuerzas los afectos desordenados hacia las criaturas.—Estaré alerta contra los afectos demasiado terrenos.—No me ocuparé en mi corazón con las criaturas, sino con sólo Dios, y con el prójimo por Dios.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Dios misericordioso.

1.° Bondad de Dios en esperarme á penitencia cuando yo le ofendía.—Yo estaría en el infierno mucho tiempo ha; si la misericordia de Dios no me hubiese en cierto modo ocultado á las miradas de su justicia que tantas veces ¡ay! he ofendido.

2.° Bondad de Dios en procurarme gracias de conversión á Él.

Gracias exteriores: ¡Cuántos buenos ejemplos! ¡Cuántos prudentes consejos! ¡Cuántas útiles y sólidas lecciones!

Gracias interiores: ¡cuántas buenas mociones de la gracia! ¡Cuántas santas inspiraciones del Espíritu divino! ¡Qué de reprensiones me ha dado interiormente el amor de Dios desatendido! ¡Cuántas tristezas interiores que me avisaban mi lamentable estado! Eran otros tantos gemidos del Espíritu Santo que me reclamaban á su amor; eran los lamentos del corazón de Jesucristo por mis infidelidades; era Dios, lleno de amor, que bajo las apariencias de severidad quería verme á sus pies como otro hijo pródigo, perdonarme y estrecharme á su corazón paternal.

Las amenazas con el infierno venían á ser una aflicción de misericordia, el retronar de la gracia para despertarme y obligarme á acogerme presuroso en los brazos de mi Padre celestial.

Frutos.—1.° Dar gracias á Dios por la bondad tan paternal con que me ha esperado tanto tiempo, y de preferencia á tantos otros.

2.° Acto de desagravio por haber tenido tan poca correspondencia á tantas gracias.

3.° Actos de entrega en manos de Dios y de amor.

TERCERA MEDITACIÓN

Dios y yo.

1.° Bondad de Dios en perdonarme los pecados. He ofendido tanto á Dios.—Le he ofendido por el orgullo y la vanidad del espíritu; por las resistencias de la voluntad;—por la ingratitud de mi corazón;—por mi imaginación tan descarriada;—por mi memoria, tan diestra en recordarme lo que desagrada á Dios;—por mis sentidos; por mi lengua, tan ligera en hablar y juzgar.

¡Ay, Dios mío! Tal es el uso que he hecho de los dones de vuestro amor; dones que me habíais concedido para emplearlos tan sólo en serviros y amaros!—Ese ha sido mi reconocimiento. He vuelto contra Vos vuestros mismos beneficios; he estropeado la obra de vuestras manos.

¡Oh! ¡Cómo no me habéis abandonado ya, según castigasteis al ángel rebelde!—¡Cómo no me habéis negado ya de hija y no me habéis arrojado ya de vuestra presencia como objeto de maldición!

Y no obstante tanta malicia y tantos pecados míos, me amáis todavía; me habéis atraído á vuestros pies; habéis echado á un lado mis pecados para no verlos más; los habéis arrojado á lo profundo del mar para sepultarlos en eterno olvido; habéis hecho de mí una nueva criatura; me habéis lavado con vuestras lágrimas y vuestra sangre; habéis tomado

sobre Vos mis pecados y los habéis expiado en vuestro cuerpo, en vuestro corazón, sobre vuestra divina persona.

¡Oh Dios, Salvador de mi alma! No hallo palabras; mi corazón se apena por no poder expresaros mi reconocimiento, mis deseos, mi amor.

2.° Bondad de Dios en las circunstancias de mi perdón.

Harto grande es en sí misma la gracia del perdón para triunfar del corazón mío. ¡Pues qué! El verse libre del mundo y de la esclavitud del pecado; el no estar ya pendiente sobre el infierno, sino antes bien sentirse libre y en paz, adoptada nuevamente por hija de Dios y heredera del cielo, ¿no sería lo bastante para bendecir la bondad de Dios toda mi vida y reconocer tan insigne gracia por todos los sacrificios?

¡Y sin embargo, para Dios aún no es suficiente el haberme perdonado, el haberme hecho rebaja de todas mis deudas, el haberme restituído á la libertad de sus hijos!—Quiere además tratarme como á hija muy amada, como si nunca le hubiese ofendido.—Me vuelve del todo á su primera amistad; me abre sus tesoros todos y me hace compartir los favores concedidos á los Santos que siempre le fueron fieles; quiere hacer de mí el más hermoso trofeo de su misericordia y su amor.

¡Oh Dios mío! Olvidáis los derechos de vuestra justicia ofendida; los derechos de vuestra gloria despreciada.—Olvidáis que he sido una ingrata, una infiel...

¿Y qué dirán los ángeles? ¿Qué dirán los justos?—¡Ah! publicarán conmigo vuestra misericordia infinita y el triunfo de vuestro amor.

Frutos.—1.° Acción de gracias, tomando por medianeros á los Angeles, á los Santos, á la Santísima Virgen, á Nuestro Señor Jesucristo,

2.° Donación completa de mí mismo.

3.° Ofrecerme á todos los trabajos, á todas las penitencias, á todos los sacrificios para probar á Dios mi arrepentimiento y mi amor penitente.

DIRECTORIO

Examen particular acerca de las simpatías y antipatías.

1.° ¿Cuáles son mis simpatías ó antipatías naturales? Su índole.—Sus efectos.

2.° ¿Cuáles son los mejores medios que podré adoptar para paralizar el efecto moral de las mismas y cambiarlas en virtudes?

Lectura espiritual.—*Imitación*, libro I, capítulos XXI y XXII.

VÍA CRUCIS

Meditar en cada Estación acerca de Nuestro Señor, que expía uno de nuestros pecados, especialmente:

1.ª Estación.—Jesús, que expía nuestros pecados contra la caridad, por las humillaciones y calumnias con que le asaltan ante el tribunal de Pilatos.

2.ª Estación.—Jesús expía nuestras impaciencias, nuestras quejas contra las cruces que en su misericordia nos envía.

3.ª Estación.—Jesús padece por los primeros pecados de nuestra niñez.

4.ª Estación.—María padece con Jesús por nues-

tro bien; se ofrece á morir con Jesús para apartarnos del infierno.

5.ª Estación.—Simón Cirineo no lleva sino á la fuerza la cruz de Jesús, el cual expía nuestras resistencias á la gracia.

6.ª Estación.—Afronta la Verónica los insultos y malos tratamientos de los sayones, y va á consolar á Jesús y á enjugar su adorable rostro, cubierto de saliva, de sangre y de heridas. Este benignísimo Salvador expía así nuestro respeto humano, nuestras vanidades y nuestro orgullo.

7.ª Estación.—Cae Jesús segunda vez para expiar nuestras faltas de recaída en las culpas, y obtenernos la gracia de volvernos á levantar con Él.

8.ª Estación.—Consuela Jesús á las afligidas hijas de Jerusalén: expía nuestros pecados de insensibilidad y de indiferencia ante las ofensas á Dios.

9.ª Estación.—Cae Jesús por tercera vez para expiar el abuso de los Sacramentos y la inutilidad de su Pasión para muchos.

10.ª Estación.—Padece Jesús todos los dolores al ser cruelmente desnudado: expía nuestras sensualidades exteriores.

11.ª Estación.—Jesús crucificado expiando nuestra falsa libertad y las faltas de nuestra devoción cómoda y regalona.

12.ª Estación.—Muérese Jesús, y muriendo nos perdona, y nos dá por Madre su Madre Santísima.—Tiene sed de padecer más todavía para probarnos su amor.—Sufre los mayores abandonos interiores para darnos fuerza de soportarlos á ejemplo suyo.—Muere inclinada la cabeza y vueltos los ojos hacia nosotros, para decirnos que nos perdona y nos ama.—Acto de desagravio.

13.ª Estación.—Bajan de la Cruz á Jesús.—Compadezcamos el dolor de la Santísima Virgen.—Mostrémosle las llagas de Jesús como títulos nuestros á su amor maternal.

14.ª Estación.—Jesús en el sepulcro.—Sepultarnos con El para vivir de su vida sencilla y oculta.

DÍA TERCERO

ADVERTENCIAS

Lee otra vez las del día primero.

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús me llama á su séquito.

1.° Jesús es el Unigénito de Dios, la sabiduría, el substancial amor del Padre celestial, la gloria y felicidad de los ángeles, el vencedor de Satanás, el Rey de cielos y tierra.—Y este bondadoso Jesús se digna amar una criatura humana, hacerla prodigio de su gracia, objeto privilegiado de su ternura, esposa de su corazón.—Y he aquí que este Dios de bondad baja á la tierra, se hace hombre para ser hermano de su criatura predilecta, para vivir con ella y comunicarle por su santa humanidad todas las riquezas de su divinidad.

2.° ¿Quién será esa afortunada criatura? ¿Quién tendrá tal dicha y tal gloria?—Escucha, alma mía: Jesús llama á alguien y le nombra; eres tú misma. ¡Oh Dios mío! ¿Es posible que Vos me conozcáis, que yo tenga tan grande dicha?—«Ven ¡oh privilegiada criatura mía! Yo soy tu creador y tu último fin.

Ven, amadísima hija mía: Yo soy tu Salvador, que vengo á libertarte de la esclavitud del pecado, de la tiranía del demonio, de tu condenación al infierno y la eterna desventura que tus pecados te habían merecido. Ven, hermana y esposa de mi corazón: quiero reinar en ti y hacerte reinar conmigo; quiero darte participación en todos mis bienes, en mi ciencia divina, mi sangre, mi gloria y mi divinidad.—Pídeme cuantas dádivas quieras, y te las concederé. Para ti he creado el mundo, para ti he creado los cielos con toda su magnificencia; para ti he decretado desde toda la eternidad mi unión á la naturaleza humana mediante la Encarnación; para ti he subido al Calvario; para tí he fundado mi Iglesia, á fin de que por ella, como por una tierna madre perpetuamente viva, pueda yo venir hasta ti.

«He aquí mis dones.—¿Qué me retribuirás tú, en cambio? Yo soy un Dios celador; oye y pesa las condiciones del contrato que quiero celebrar contigo; son las de un esposo soberano.

»El esposo da su nombre á la esposa; yo te doy el mío en señal de mis derechos sobre ti, y te ennoblezco con su gloria, pero tú perderás tu nombre propio.

»Entre esposos son comunes todos los bienes: disfruta, pues, de mis bienes, pero yo quiero los tuyos.

»La esposa sigue la condición de su esposo: tal es su deber y su gloria; yo soy pobre en esta vida pasajera; necesario será, pues, compartir mi pobreza. Mi gracia y mi amor deben ser tu única riqueza.

»Humilde soy y humillado en medio del mundo: preciso es que seas humilde y humillada á la par de mí.—Objeto soy de desprecio y persecuciones para el mundo: otro tanto habrá de sucederte.—Yo pa-

dezco: preciso es que tú estés crucificada conmigo y que lleves en ti los estigmas de mis divinas llagas: mi vida es cruz continuada, y por la cruz vivo y reino en el alma que quiere ser mía.—La someto á pruebas antes de darle testimonio de mi amor.—Parezco abandonarla, dejarla entregada á sus miserias, en lucha con todos los demonios del infierno antes de darle el galardón de la victoria.—La humillo hasta en medio de la abundancia de mis gracias; la crucifico en la intensidad de mi amor.»

»Tales son, hija mía, mis condiciones; no temas la prueba, yo te sostendré; no te asustes de los sacrificios, harán tu gozo y tu dicha; aprecia el peso inmenso de mi gloria; mide la longitud de mi eterno reinado, comprende el misterio de mi amor, el precio de tu alianza, y decide... Te espero.»

¡Oh Dios mío de mi corazón! Gracias os doy eternas por haberme elegido y llamado á Vos. Acepto incondicionalmente ese divino contrato; os seguiré por doquiera; sólo Vos reinaréis en mi corazón y en vida.

(Renuévese aquí el voto de castidad, si se ha hecho.)

SEGUNDA MEDITACIÓN

Seguir á Jesús con María.

Jesús tiene siempre consigo á su divina Madre: no se separan.—María es el lazo que nos une á Jesús.—María es la vida de Jesús revestida de un ambiente maternal propicio á mi flaqueza é imperfección.—Quien dice María, dice la gracia de Jesús.—Quien dice María, dice el espíritu de Jesús formado en mí por la bondad y ternura de su divina Madre.

—En una palabra; María es mi celestial maestra, mi Madre, según la gracia para educarme y formarme en el espíritu, en la santidad y el amor de Jesús.

Debo, pues, seguir á María y amarla como un hijo sigue y ama á su madre. Y para ello debo vivir de su amor à Jesús. Ahora bien: tres caracteres tiene el amor de María á Jesús.

1.° Es un amor supremo. María no ama sino à Jesús. A sí misma se ama solamente en Jesús, y al prójimo solamente por Jesús: he ahí mi norma.

2.° Es un amor puro; puro de toda imperfección, de interés, de amor propio: María no busca más que á Jesús.—Puro de toda mira referente á sí misma. María vive sólo para Jesús.—Puro de todo deseo, de toda voluntad propia, de todo sentimiento personal: María no quiere otra cosa sino inmolarse al amor y gloria de Jesús.—¡Oh cuán diferente es mi amor, cuán diferente del amor de María!

3.° Es amor generoso,—amor incondicional. María se consagra á seguir á Jesús por doquiera, à compartir todas sus privaciones, todos sus sacrificios.—Pronta está á huir á Egipto con el Niño-Dios en medio de un pueblo idólatra, inhospitalario y cruel. Quiere compartir su pobreza y sus trabajos.—Para aparecer en la misión divina de su Hijo, escoge tan sólo aquellas circunstancias en que Jesús es humillado, calumniado, perseguido, y no se muestra entonces más que para padecer con El.—Su amor la hará subir con Jesús al Calvario, para sentir allí de rechazo el ímpetu de sus dolores.—Su amor la hará triunfar de la muerte, para sobrevivir á la muerte de Jesús y continuar languideciendo en la tierra cerca de veinticinco años ausente del Amado de su alma.

¡Oh, sí, María! Permaneced con vuestros hijos del Calvario. Jesús los ha dejado. ¿Qué sería de ellos sin madre? Necesitamos de vuestra presencia para oiros hablar de nuestro Padre, para aprender á conocerle y amarle, para hacer que florezcan en nosotros su espíritu, sus virtudes y su vida.

(Renueva la consagración á María.)

TERCERA MEDITACIÓN

Vida de Jesús y de María en mí (1).

Si quiero alcanzar la gloria celestial, debo vivir de la vida de Jesús. Sólo á este su único Hijo corona Dios Padre en los escogidos: Jesús debe ser, pues, la norma de mi vida.

Medita, alma mía, los principios á que obedece la vida interior y exterior de Jesús: he ahí para ti la vida de Dios, la vida eterna. Vida de su espíritu.

I. Los pensamientos de Jesús están del todo en Dios y son completamente de Dios, como de quien nunca perdía de vista á Dios; su alma veía en todas las criaturas á Dios, su sabiduría, su bondad y su poder. De aquí aquella facilidad de conversar con su Padre, de mantenerse unido á El en medio de las ocupaciones mas propensas á distraer el ánimo, y mas variadas; en pasar con toda prontitud de la acción á la contemplación.

Así vivió María: pensaba en Jesús: á Jesús se referian todos sus pensamientos; meditaba continuamente las divinas palabras de Jesús, y éstas le eran luz verdad y vida.

(1) Se puede hacer esta meditación en varias veces.

Imita, alma mía, á la Virgen Santísima; piensa en Jesús, en su espíritu, en su gracia, en sus virtudes, en su amor. Y para ello vive en Jesús, trabaja para lograr que sea en ti habitual su recuerdo y familiar su presencia: y entonces todos tus pensamientos serán razonables, santos y fecundos: el Espíritu Santo ha dicho: «Quien se adhiere al Señor es con Él un mismo espíritu.»

Principio de los juicios de Jesús.—El juicio del Padre era la regla del juicio del Hijo. «Juzgo, decía, según oigo.» Jesús conocía el juicio de Dios su Padre sobre cada cosa, cada persona y cada acontecimiento; formaba acerca de todo un juicio prudente, justo y equitativo.

María juzgaba de todas las cosas según Jesús, le pedía consejo en todo; y he ahí por qué es la Reina de la sabiduría.

¿De dónde proceden, alma mía, tus falsos juicios y tus errores sino de que no has consultado, como tu Madre María Santísima, á Jesús? Si antes de juzgar te hubieses preguntado «¿Qué piensa Jesús de esto? ¿Cómo lo juzgaba?» habrías guardado siempre la verdad y la caridad en tus juicios.

II. Principio de la vida del corazón de Jesús.—El amor se conforma al pensamiento; ama el corazón lo que el entendimiento estima. Así Jesús, unido al Padre por su entendimiento, lo estaba también por su corazón. Vivía del amor de su Padre, todo lo hacía por amor; todo lo sacrificaba al amor de Dios. Procurar su gloria, reparar las injurias hechas á su divina Majestad, hacer que todas las criaturas le conozcan, le sirvan y le amen: ese era el fuego que vivificaba y consumía al corazón de Jesús, ese el pábulo de su vida.—No se dejaba llevar de la na-

turaleza ni de las repugnancias de ésta.—Amar á su Padre y hacerle amar: en esto se compendia Jesús.

Tal era también la vida del dulcísimo corazón de María:—amar á Jesús, vivir por Jesús, padecer por Él, hacer que todos los corazones le amen y conozcan; consagrarle todos los movimientos del propio corazón: tal era el amor de María,

Ahora, pues, alma mía, ¿cuál es el principio que anima la vida de tu corazón? ¿Vive en ti Jesús? Examina tus pensamientos habituales: si están en Jesús ó son para Jesús, es que le amas.

¿Cuáles son tus deseos espontáneos, suaves y fuertes á un tiempo?—Si son para el servicio y gloria de Jesús, le amas con soberano amor.

¿Cuáles son tus temores y tus tristezas?—Si proceden sólo de haber ofendido á Jesús, de haber perdido el amor de Jesús, le amas mucho.

¿Adónde se dirigen las primeras impresiones de tu corazón, tus primeras alegrías?—Si es hacia Jesús, le amas divinamente: que donde está tu tesoro allí estará tu corazón.

¿Quién te da fuerza en los combates? ¿Quién te excita á los sacrificios? ¿Quién te consuela en la tristeza? ¿Quién te calma en la agitación? ¿Quién posee el secreto de tus penas? ¿Es Jesús?—¿A quién te vuelves desde luego en la ingratitud y abandono de las criaturas?—¿Es al amor de Jesús, únicamente al amor de Jesús? Pues consuélate y alégrate entonces; amas sobrenaturalmente á Jesús y El es el centro de la vida de tu corazón.

III. Principio interior de las acciones de Jesús.—Jesús no hacía nada por mero impulso privado; obraba siempre según un principio divino: el espí-

ritu de Dios era el alma de su alma. Por eso decía: «Nada hago de mi mismo... Mas el Padre, que está en mí, él hace las obras... Que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna fuera de lo que viere hacer al Padre.»

María asimismo no obraba sino según el espíritu de Jesús, por imitación de los actos de Jesús, uniendo á las acciones de Jesús las suyas; y así resultaban perfectas todas.

Para vivir una vida interior y parecida á la de Jesús y María, no te contentes ¡oh alma! con hacer tus acciones en estado de gracia; obra principalmente por el espíritu de la gracia; y para ello observarás las siguientes reglas.

Jamás anticiparte al impulso de la gracia en ti, sino prepararse y conformarte á él. Suspender, reprimir, mortificar la actividad natural hasta que Dios declare, digámoslo así, su decisión y te aplique actualmente á lo que quiere que hagas ó digas, tanto respecto á las mismas cosas que han de decirse ó hacerse, como respecto al tiempo y á la manera en que haya de efectuarse. En los deberes que son de tu gusto, saborear únicamente la voluntad de Dios que lo ordena, manteniéndote pronta á interrumpirlos ó á dejarlos, si Dios te llamase á otras tareas que te fuesen repugnantes.—En una palabra, portarse como quien sirve de instrumento á la operación de Dios, y permanecer determinada tú á su beneplácito.—He ahí el secreto de la vida de Dios.—El cuidado de obrar por la gracia y permanecer unidos á ella es lo que hace de nuestras acciones, aun las más menudas, como otras tantas acciónes divinas, pues son más de Dios que nuestras. Entonces un suspiro, una palabra, un levantar el corazón á Dios, resulta-

rán á menudo más meritorios que cuanto de más grande y difícil inspiraría un fervor mezclado de voluntad propia.

No pierdas nunca de vista ¡oh alma mía! estos grandes principios cristianos. Sean la norma de toda tu vida; y ellos serán la medida de tus méritos y la prueba de la vida de Jesús en ti.

DIRECTORIO

Examen particular: acerca del defecto dominante.

1.° Tengo un defecto dominante, que es la raíz de todas mis faltas, y el mayor obstáculo para mi adelantamiento espiritual.—¿Cuál es ese obstáculo?

2.° Sus señas.—Es aquel que me hace cometer más pecados, especialmente los pecados de afecto.—Es el que excita en mi los deseos más violentos y tenaces, que me inclina á la alegría ó á grande tristeza; aquel que la gracia me reprende más; que se ajusta á mi manera de sentir, pensar y obrar naturalmente; aquel que constituye el fondo de mi carácter.

3.° ¿Qué medios he adoptado para combatirlo? ¿Me han dado buen éxito?

Lectura espiritual.—*Imitación*, libro II, capítulos VII y VIII.

VIA CRUCIS

Ver en cada Estación á Jesús dándonos el modelo de alguna virtud particular; de humildad, por ejemplo.—Así:

1.ª Estación.—Jesús es condenado á muerte como

blasfemo sedicioso y malhechor.—Y acepta con calma y paz toda la humillación de semejante condena; no se justifica; limítase á confesar la verdad; no apela para ante otro tribunal; no amenaza...

2.ª Estación.—Jesús con la cruz á cuestas.—Aquella cruz es humillante, infame; la recibe con amor, la lleva valerosamente, la abraza.—Amor de las cruces humillantes, ocultas, etc.

DÍA CUARTO

ADVERTENCIAS

1.ª Leer de nuevo las del primer día.

2.ª Acabar la confesión.

3.ª Mantenerse en mayor recogimiento, si es posible.—Pues que ahora es el momento en que más bien hablará Jesús al alma, que no esta á Jesús.

4.ª Evitar el andar revolviendo penosamente lo pasado.

Este día lo emplearás en meditar acerca de las dos disposiciones necesarias para seguir fielmente á Jesús; la primera consiste en tomar su fortaleza de la confianza en Jesús; la segunda en hacerlo todo con espíritu de recogimiento.

PRIMERA MEDITACIÓN

Fortaleza por la confianza en Dios.

De mí nada puedo en orden á la salvación; sin Jesús no puedo hacer nada que sea agradable á Dios y meritorio para la vida eterna. Mas lo puedo todo en Dios, que me conforta con su gracia. Por dónde

la confianza en Dios es la medida de mi fortaleza y mi santidad.—¿En qué ha de estribar, pues, mi confianza?

1.° En la bondad de la divina Providencia para conmigo.—Dios me ama, Dios dispone todos mis caminos en su bondad; todo en mi vida lo regula para mi mayor bien.—Tengo, pues, seguridad que cuanto me sucede viene de Dios y de su bondad; las alegrías y las penas en su santo servicio, los consuelos y las amarguras, las prosperidades y los contratiempos, la salud y la enfermedad.—La divina Providencia dirige mi barquilla, da viento á la vela, envía la calma ó la tempestad; mi deber es confiarme al divino Piloto: Él me llevará en salvo al puerto de la patria celestial.

2.° Confianza en la misericordia de Dios.

He pecado, he pecado mucho, he contraído una inmensa deuda para con la misericordia divina, y me atemoriza la cólera de Dios; me atemoriza el infierno ¿Dónde me esconderé?—Bajo el manto de la misericordia divina, que Jesús tiende sobre mí.—¿Dónde me esconderé?—En el corazón de Jesús, que está abierto para mí.

Mas ¿cómo pagaré mi deuda? Con los méritos de mi Jesús, con su amor para conmigo, con mi amor para con Él. Jesús me ha dicho, como á la Magdalena: «Perdonados te son tus pecados.»

¡Oh cuán consoladora palabra! La divina misericordia de mi Salvador ha sellado mi vida como cosa de su propiedad; no quebrantes ¡oh alma mia! jamás ese sello. Jesús ha extendido el manto de su misericordia sobre todas mis miserias pasadas; no lo levantes nunca, para no andar removiendo ese antiguo lodazal de pecados.—Funda, pues, tu confianza en la

infinita misericordia de Jesús; y cuando te asalten temores, espera en Jesús, que te amó cuando tú no le amabas.— Cuando te asalten temores confíate á Jesús, que es tu Salvador.— Cuando te acometan ansiedades busca reposo en Jesús; que tal confianza es el mejor homenaje á su bondad, y no olvides nunca que la filial confianza en la misericordia de Dios es la más segura y perfecta gracia de tu justificación.

3.° Confianza en la gracia de Dios ante las tentaciones.— Recuerda, alma mía, que Dios permite y quiere la tentación que te aflige; que el demonio ningún poder tiene sobre ti.— Si Dios le permite que te tiente, es para mostrarle que eres completamente de Dios, y para proporcionarte la grande ocasión de probar tu fidelidad. Dios quiere también con esto que tú te humilles y le honres por tu propia humillación; quiere darte ocasión de que puedas resarcirte contra el demonio de las ventajas que éste haya podido en otro tiempo obtener sobre ti.— En fin, *Dios mira en eso á centuplicar los méritos de tu vida.*

La tentación es, por lo tanto, más bien gracia que pena, puesto que trae la ocasión de ejercitar las mayores virtudes y de adquirir tantos méritos: no la temas, pues, tanto, alma mía. Teme, sí, tu flaqueza, tus recaídas; *mas espera en la gracia de Dios.* La gloria del combate vale más que la de la paz.

4.° Confianza en la gracia de Dios para conseguir la perfección á que Él nos llama.— Grande y sublime es, alma mía, la perfección á que Dios te llama. Se trata de renunciar al mundo, de renunciarte á ti misma en todo.

De que Jesús crucificado se lleve tus preferencias sobre Jesús en el Tábor.

De crucificarte con este Esposo ensangrentado;

Se trata de amarle con el más soberano, cordial y absoluto amor. — ¿Cómo llegarás á tan alta santidad?

Oye: Jesús dijo á sus Apóstoles: «Tened confianza, que yo he vencido al mundo.»—Ahi está su victoria.— Y en otra ocasión: «Yo estaré con vosotros todos los días.»—Y á San Pablo, temeroso: «Te basta mi gracia, pues la virtud en la enfermedad se perfecciona.»—Y á San Pedro: «¿Me amas más que éstos?»

Exclama, pues ¡oh alma mía! con el grande Apóstol, que tú nada puedes de tuyo, pero que lo puedes todo en Cristo que te conforta, que combate contigo, que obra, vive y triunfa en ti.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Recogimiento exterior.

Para ir á Jesús tengo que pasar por mi corazón; para oir la voz de Jesús tengo que escucharle en mi alma; para vivir con Jesús tengo que habitar con Él en el santuario que en mi interior se ha fabricado; de suerte que el recogimiento es necesario para mi vida en Jesús.

Pero ¿qué es recogimiento?

Hay recogimiento exterior é interior. El exterior consiste en el amor de la soledad, del silencio y de la modestia corporal.

I. *Soledad.* — Dios no ama la agitación; no hace oir su voz en el tumulto del mundo.—Dios quiere la calma y la paz. Por eso dice: «Llevaré el alma que amo á la soledad y allí le hablaré al corazón.» Y en la *Imitación* leemos: «En el silencio y la quietud aprovecha el alma devota y aprende lo escondido de las

Escrituras. Allí encuentra manantiales de lágrimas con que lavarse y purificarse cada noche: de suerte que se torne tanto más familiar al Criador cuanto más se aleja del tumulto del siglo. A quien, pues, se aparta de conocidos y amigos, se le acercará Dios con los santos ángeles. Más vale estar oculto y cuidar de sí, que, aunque llegásemos á hacer milagros si nos dejamos caer en la negligencia.»

Así, pues, alma mía, evita el mundo cuanto te sea posible; perdido es el tiempo que con él se pasa; disípase allí el alma, y el corazón se enreda y se mancilla; agótase la piedad y debilítase la virtud.—¡Oh! Economiza tu tiempo, que es corto; conserva tu gracia, que la llevas en vaso harto frágil. Vive como desconocida é ignorada en el mundo, y Jesús será tu dulce y santa compañía:—«A quien quiere hacerse hombre interior y espiritual (dice la *Imitación*), conviénele que con Jesús se aparte de la bulliciosa muchedumbre.»

II. *Silencio*.—Es el silencio el custodio de la paz del corazón y de la pureza del alma: «En el mucho hablar, dice el Espíritu Santo, no faltará pecado.»

El alma se derrama por las palabras ociosas, se mancha con las palabras contra la caridad y la humildad; ¡y en el mundo es tan fácil descuidarse!

Sean tus palabras siempre, alma mía, homenaje á la verdad, alabanza á la caridad, sacrificio de humildad y mansedumbre, defensa de la virtud y la justicia.

Dice la *Imitación*: «En el silencio y la quietud adelanta el alma devota.» (1) «¡Cuánto aprovecha

(1) Lib. I, cap. XX.

ciertamente la gracia conservada por el silencio en esta frágil vida, que se reputa de tentación y lucha!» (1) Y en otra parte (2): «Nunca serás interior y devoto si no guardares silencio de las cosas ajenas y no fijares especialmente la atención en ti mismo. Si todo te dedicas á ti y á Dios, poco te moverá lo que afuera percibes.»

Y en el lib. III, cap. XXVIII: «Si vives atento á lo interior, no darás gran peso á las palabras fugitivas. No pequeña prudencia es callarse en el tiempo malo y convertirse en lo interior á mí, sin perturbarse por juicios humanos.»

Y dice también: «¡Oh cuán buena y pacífica cosa es callar de los otros, y no creerlo todo indiferente, ni hablarlo después de ligero y el declarar su interior á pocos, buscaros siempre á Vos, que veis los corazones, y no dejarse llevar de todo viento, sino optar que todas las cosas interiores y exteriores se cumplan según el beneplácito de vuestra voluntad!» (3).

Por lo tanto, me aplicaré á la virtud del silencio: no hablaré sino por un principio de caridad y de adecuada cortesía.—Estaré alerta contra las simpatías y las antipatías en mis palabras.

Cuando sienta mi corazón doliente y triste, comenzaré por decirlo á mi buen Señor, á fin de ofrecerle las primicias del sacrificio.

Reglas prácticas. — Antes de hablar me recogeré interiormente para consultar el espíritu de la gracia en mí.

---

(1) Lib. III, cap. XLV.
(2) Lib. II, cap. V.
(3) Lib. III, cap. XLV. — Léase todo el cap. X, lib. I.

En caso de duda, consultaré las reglas del decoro y la caridad.

En las impresiones demasiado vivas de simpatía ó antipatía inclinaré mi corazón hacia el sacrificio.

III. *Modestia.*—La modestia exterior es la guardia necesaria del recogimiento. Consiste:

1.° En la guarda de los sentidos, para no dejarlos llevar de la curiosidad, de una excesiva actividad, de las impresiones demasiado vivas de los objetos exteriores.

2.° En la modestia de los ojos, la cual no es afectada ni tímida, sino una modestia sosegada, que ve sin fijarse y mira sin impresionarse.

3.° En los movimientos del cuerpo, en el accio nar, en el continente de la persona. - Es una modestia grave y sosegada, activa sin agitación, que atiende al descanso del cuerpo sin molicie, cortés sin familiaridad, buena sin afectación: la más bella flor de la pureza del alma.

Jesús será el modelo y la vida de esta hermosa virtud.

¡Cuán grande era su modestia en la vista! Tenía de ordinario los ojos bajos; no clavaba en nadie sus miradas.— Los Evangelistas notan como cosa extraordinaria las circunstancias en que Jesús alzó los ojos.

¡Cuán sencillo y noble era su andar! Nunca se advierte en sus movimientos agitación ni precipitación, siempre igual permanece, así en las humillaciones y oprobios, como en los homenajes de los pueblos.— ¡Qué modestia en su aspecto! Nada de orgullo ni de bajeza; en sus maneras nada de negligencia, ningun resabio de molicie ni aun después de las mayores fatigas; fatigado, camino de Samaria, se sien-

ta modestamente en el brocal del pozo de Jacob. Modestia tan grande tan notoria, que San Pablo, mucho tiempo después, amonestaba á los corintios por la mansedumbre de Cristo.—Y San Basilio dijo: «Donde está Jesucristo, allí está la modestia.»

María era la modestia en persona; no era posible verla sin sentirse penetrado de respeto; su modestia esplendente de pureza, era afable y humilde, llena de sencilla y respetuosa nobleza, era, no ya la modestia de una criatura virtuosa ó de un ángel, sino la modestia de Jesús reflejada en su Santísima Madre.

Tales son, alma mía, tus modelos; tal la condición de la vida de Jesús y María en ti.

TERCERA MEDITACIÓN

Recogimiento interior.

Recogerse es convertir el alma de lo exterior á lo interior para someterla á la acción de la gracia. Esto es lo que se dice «recogerse interiormente en Dios.»

I. El recogimiento interior es la condición para adelantar en la perfección.—Es la perfección misma.—El alma que sabe recogerse se conoce bien; está sin fatiga al tanto de los movimientos de su espíritu y de su corazón; ve en seguida allí el desorden y los para al primer paso; echa de ver al punto el vicio, primer movimiento de las pasiones y las tentaciones, y sofoca prontamente las primeras chispas. El alma interior tiene á punto el sentimiento de lo verdadero, lo justo y lo más perfecto;—juzga espontáneamente todo, y las relaciones buenas ó malas de las criaturas con ella, según aquello de San Pa-

blo: «El hombre espiritual juzga de todo» en Dios.

El alma recogida no desperdicia ninguna gracia; forma su haz de todas las gracias que pasan á su alcance, y corresponde suave y fielmente á ellas.—El alma recogida está siempre atenta á las inspiraciones del Espíritu de Dios, pronta siempre á darles asentimiento.—El alma recogida vive más con Dios que consigo misma.—Tal era la vida de San Pablo, que expresaba con aquellas hermosas palabras: «Y vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mí.» Ahora, ¿puede haber nada más justo ni más suave que acompañar á Jesús, tomar sus órdenes, abandonarse del todo á su dirección, darle cuenta de todo, hacerle homenaje de todo y ser Él nuestra vida y descanso?

¿Y quién podrá decir la felicidad del alma recogida?—En la *Imitación* hallamos escrito: «El reino de Dios está dentro de vosotros. Conviértete de todo corazón al Señor, y deja este mísero mundo, y encontrará tu alma descanso.

»Aprende á despreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás venir á ti el reino de Dios que es paz y alegría en el Espíritu Santo.

»Vendrá á ti Cristo mostrándote su consolación, si interiormente le preparas digna morada.

»Toda su gloria y su decoro de lo interior es, y allí se complace Él.

»Frecuentemente visita al hombre interior con dulce coloquio, mucha paz y familiaridad en extremo asombrosa.—Ea, pues, alma fiel, prepara á este Esposo tu corazón hasta el punto que se digne venir á ti y habitar en ti (1).»

---

(1) Lib. II, cap. I.

¡Qué gloria, alma mía, qué felicidad lleva consigo este recogimiento! ¡Es el cielo en ti mismo!

Deja, pues, todo lo demás para aplicarte á este medio de salvación que todos los otros encierra;—á esta virtud, alma y perfección de todas las otras; —á esta gracia, centro de todas las demás gracias.

¡Ah! *sí: comprendo* ahora *por qué con tanta* violencia combate el demonio este espíritu interior;—comprendo por qué mis pasiones me llevan siempre á lo de afuera, lejos de mi interior.—Por turbarme, por hacerme perder de vista á mi alma y á Jesús, que la inspira, que la dirige, que la acompaña en el trabajo y en la lucha.—Comprendo que el recogimiento interior constituye el alma y el buen éxito de la oración; viene á ser la oración continua;—la vida de los ángeles siempre presentes ante Dios;—la vida de María en Jesús—la vida de Jesús en su Padre celestial.— ¡Oh Dios mío! hacedme persona de vida interior, y nada mas os pido.

II. Pero ¿cómo practicaremos este recogimiento interior?

1.° Debemos primeramente pedir á Dios esa gracia.

2.° Y además, antes de obrar, recogernos interiormente en Jesús, para consultar su santa voluntad, su espíritu, su beneplácito; pedirle la gracia de la acción y que obre Él con nosotros.

3.° Obrar en sosiego y paz.—Cuando uno se encuentra turbado y agitado, comenzar antes por pacificarse y recogerse en silencio.

4.° Ejercitarse habitualmente en atender á la presencia de Dios en nosotros.

5.° En las penas interiores ó exteriores, empezar

por consentir interiormente á la voluntad de Dios en nosotros.

6.° Las tentaciones combatirlas con un acto interior, volviendo nuestros ojos á Jesús, para decirle: «Sabéis que os amo y os amaré hasta la muerte.» De suerte que esto es una mirada del amor indignado contra Satanás, y una protesta de afecto al Amado.

7.° En las desolaciones y desamparo interior, nada de agitación ni inquietud, ni de exceso en acudir á medios exteriores de consuelo; antes bien un acto de entrega de sí mismo con Jesús desamparado en la cruz.—Es el más perfecto acto del amor, es el último acto que Jesús hizo por amor nuestro, á fin de darnos siempre su compañía.

Os doy gracias, Dios mío, por esta meditación; luz que me muestra mi camino, mi centro, mi vida en Jesús y á Jesús en mí.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR

Sobre el impedimento dominante que dificulta nuestro adelantamiento espiritual.

1.° ¿Cuál es el sacrificio que más temo y que cuesta más á mi corazón?

2.° ¿Qué pensamiento turba más mi alma y me sume en el abatimiento? ¿Qué medio me ha dado buen resultado para ponerme en paz?

3.° En los momentos de paz, de fervor, de gracia sensible, ¿qué me pide la gracia de Dios? ¿Qué quiere de mí Nuestro Señor?

4.° ¿Cuál es el más habitual obstáculo á mi adelantamiento en la oración mental?

Lectura espiritual.— *Imitación*, lib. I; cap. XI; libro II, cap. I y III; lib. III, c. I, II, y XXVII.

VIA CRUCIS

Andar el Via Crucis en honor de los desamparos que santamente sufrió Jesús.

1.ª *Estación.* — Jesús se ve abandonado de todos sus amigos, sin que ni una voz se levante á defenderle de la sentencia inicua que le condena.

2.ª *Estación.*—Jesús se ve destituído de todo socorro y lleva Él solo el enorme peso de la cruz.

3.ª *Estación.*—Jesús cae abrumado de cansancio; ni hay siquiera quien venga á darle la mano.

4.ª *Estación.*—Considerad cómo padece Jesús por la desolación y tristeza de su Madre santísima.

5.ª *Estación.*—Jesús ve con dolor que el Cirineo no se presta á ayudarle para llevar su cruz.

6.ª *Estación.* — Jesús, cubierto de oprobios y de lodo, sin que nadie, excepto una débil mujer, venga á enjugarle el rostro.

7.ª *Estación.* — Cae Jesús por segunda vez, y aquellos verdugos crueles le cargan de nuevo en los magullados hombros la abrumadora cruz.

8.ª *Estación.*—Jesús consuela á las hijas de Jerusalén, y el Padre le abandona á su desconsuelo.

9.ª *Estación.*—Cae Jesús por tercera vez, y lejos de haber quien le socorra, recrudecen contra Él los malos tratamientos.

10.ª *Estación.*—Desnudan desapiadadamente á Jesús, desgárranse sus carnes, y quedan ya al descu-

bierto los huesos; nadie hay que vende sus heridas.

11.ª *Estación.*—Jesús es crucificado, y sus verdugos hacen triunfo de ello.

12.ª *Estación.*—Muere Jesús totalmente desamparado.

13.ª *Estación.*—Jesús es enterrado por caridad.

14.ª *Estación.*—Queda Jesús en el sepulcro abandonado á la guarda de sus enemigos.

QUINTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Espíritu de sacrificio.

La tercera disposición para seguir fielmente á Jesús es el espíritu de sacrificio: el estar en ánimo de sacrificarlo todo á la vida y al amor de Jesús en nosotros.

I. Jesús lo quiere: «El que ama á padre ó madre más que á mí, no es digno de mí: y el que ama á hijo ó á hija más que á mí, no es digno de mí.»

En otra ocasión reclama que odiemos todo cuanto se opone á su amor, y manifiesta que quien no lo hace así, incluso aun también la vida, no puede ser su discípulo.

Antes de admitir á sus discípulos en su séquito, exige que abandonen entonces mismo barca y redes, casa, familia, padre y madre.

¡Qué de sacrificios pide Jesús á su Santísima Madre!

Sacrificio de su libertad y de la gloria exterior de su virginidad, bajo el velo del matrimonio, bajo la

obediencia á los derechos de un esposo. Y María lo cumple *humildemente.*—Así lo quiere Dios, como condición de la maternidad divina, de la salvación del mundo.

¡Sacrificio de dejar su casa de Nazaret para ir á experimentar desdenes de amigos y parientes en Belén, y verse reducida á habitar un portal abandodonado, destituída de todo auxilio y rodeada de la mayor pobreza! Y María hace este sacrificio con *alegría.*—¡A tal costa adquiere su título de Madre de Jesús!

Sacrificio de su patria para ir á habitar un país desconocido, idólatra, inhospitalario, Egipto, adonde tiene que viajar de noche y en invierno. Y María cumple este sacrificio *con celo.*—Lleva á Jesús consigo.

Sacrificio de su ternura maternal y de su afecto hacia la felicidad natural de Jesús, cuando el anciano Simeón le predice y le muestra la espada de dolor que hiere ya su corazón; y esto apenas cuarenta días después del nacimiento de su divino Jesús.—¡Y aquel Calvario anunciado con su cruz y sus afrentas no lo perderá ya de vista María, durante treinta y tres años!—¡Oh qué vida de doloroso amor! María se crucifica con Jesucristo.

Sacrificio de desconsuelo. María pierde á Jesús en Jerusalén; no sabe cuándo volverá á encontrarlo.—Llora por Él y con amor le busca, sin quejas, sin desesperación.—Se creía indigna de poseer tamaño tesoro.

Sacrificio de soportar el rigor aparente de Jesús, que finge en su misión no reconocerla en cierto modo como Madre:—«Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti?» Y también: «¿Quién es mi Mádre?»—Pero María adora

los misteriosos designios de su divino Hijo y le ama con acrecentado amor.

Sacrificio del Huerto de las Olivas, en donde María experimenta mortal tristeza de no poder consolar á su Jesús, triste hasta la muerte y abandonado de sus discípulos.

Mas ¡qué decir de las agonías de María siguiendo á Jesús á casa de Caifás, de Herodes, de Pilatos; en medio de las imprecaciones, blasfemias y gritos de muerte que vomitaban contra su Hijo aquellos á quienes Él había curado, á quienes había hecho más bien, que eran su pueblo amado!

Y su dolor es mayor que la muerte al pie de la cruz, cuando ve á Jesús crucificado, derramando toda su sangre, consumido por abrasadora sed, abandonado de su Padre.

¡Y María, su Madre amantísima, sin poder hacer más que compartir sus dolores y consolarle con sus lágrimas y su amor!

¡Qué martirio! ¡Sólo María pudiera soportarlo; sólo ella amaba á Jesús cómo merece ser amado!

Hasta tiene que hacer el sacrificio del objeto de su amor, de Jesús.—¡Habrá de verle morir, le acompañará á la sepultura, le sobrevivirá todavía veinticuatro años en esta tierra de destierro!—Pero María sólo quiere lo que quiere Jesús; el amor de Jesús suple para ella todo: su presencia visible, el gozo de su gloria, el cielo mismo.

He ahí, alma mía, lo que pide Jesús á los que quieren seguirle y agregarse á Él. ¿Tienes suficiente valor, amor bastante para ponerte á su discreción? —¡Adelante! Dile á Jesús: «Divino Señor, Esposo de mi corazón, yo os seguiré por doquiera, con María, mi Madre.» ¡Pues qué! ¿no tengo en Vos todos los bie-

nes? Amaros y agradaros, ¿no es la mayor felicidad de la vida? Compartir vuestros sacrificios, vuestros padecimientos, vuestra muerte, ¿no es el más hermoso triunfo del amor? —¡Oh Dios mío! Decidido estoy: no pongo ya condición ni reserva á mi amor para con Vos. Os seguiré en todo y hasta el Calvario. Hablad, cortad, dividid, abrasad: mi corazón es el *altar* y la *víctima.*

II. Sólo al espíritu de sacrificio concede Dios sus mas exquisitas gracias. «Y cualquiera que dejare—nos dice—casa, ó hermanos, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó heredades por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.»

Tal es la soberana máxima de la *Imitación:* Déjalo todo, y todo lo encontraras en Jesús.—A las almas dadas al sacrificio concede Jesús:

1.° Su paz y la alegría en el Espíritu Santo: que si bien paz en medio de guerra y combates, es sin embargo, la paz de Dios; más suave que todas las consolaciones del mundo.

2.° Jesús da á sus verdaderos discípulos sus divinas consolaciones: «Al vencedor daré yo maná escondido.» ¿Qué maná escondido es éste?—Es la alegría en el sacrificio, la consolación que viene de Dios; la confianza en su divina promesa, la felicidad del alma que se sacrifica al amor de Dios, y Dios que se une al alma á proporción de su espíritu de sacrificio.

3.° La gracia de la oración, de la unión del alma con Dios, sólo se otorga al alma que todo lo ha dado y que se inmola cada día á la gloria de Dios.

Resoluciones.—Sé, alma mía, tan generosa con Jesús como lo has sido con las criaturas, y Jesús estará contento de ti. Conságrate á Jesús con tanto

afecto como te has entregado á la amistad, y Jesús estará satisfecho de tu devoción á su santo servicio.

La vida es corta: emprende tú la senda del sacrificio, que ella centuplica la vida.—¡Y además debes tanto á la bondad y amor de Jesús! ¿Y qué otra cosa puedes darle sino el amor del sacrificio?

Has de ser, no una víctima, sino un holocausto consumido en el amor de Jesús.—Inmola tu espíritu á la humildad de Jesús; tu corazón á su amor, tu voluntad á la suya; tu tiempo á la mortificación que en Jesús resplandece, y he ahí el holocausto.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida sencilla y oculta de Jesús.

Jesús escogió la vida sencilla y oculta con preferencia á las demás maneras de vida. Es, pues, la más excelente en sí misma y la más apropiada para mí.

I. La más excelente.— En ella glorificó Jesús á su Padre por espacio de treinta años; en ella practicó las más sublimes virtudes.

La vida escondida de Jesús comenzó en el seno virginal de su Santísima Madre durante los nueve meses que en él estuvo. Oculto allí y desconocido en la tierra, glorifica á su Padre más perfectamente que podrían realizarlo nunca las más brillantes hazañas.—¿Qué hace después Jesús en Nazaret?

1.° Se oculta bajo el más sencillo y ordinario techo. Es débil, para honrar y santificar la debilidad.—Aguarda los progresos de la edad para manifestar, en lo exterior, las virtudes perfectas de su alma.—¿Y por qué? Por no hacerse reparar y seguir la vida común.

2.° Jesús en Nazaret obedece con filial obediencia.

Obedece con grande humildad á criaturas que, aunque sumamente virtuosas, le son infinitamente inferiores. — Obedece muy suave y gozosamente á José y María, porque sabe que tienen las veces de su Padre celestial; Jesús se somete á cuantos tienen alguna autoridad, por comunicar á todos su gracia de obediencia.

3.° En Nazaret Jesús trabaja, primeramente en tareas de niño: ayudar á su Santa Madre en el aseo de la casa; poner la mesa, servir á María y José, abrir la puerta, barrer la casa, compartir el trabajo manual de María, que se ocupaba en labores propias de sus circunstancias.

He aquí la ocupación del Hijo de Dios hecho hom bre—y esto habiendo de permanecer tan poco tiempo en la tierra;—Él, de quien tanto necesitan pueblos y reyes,— y que es Dios y Rey de los ángeles en el cielo!

¿Comprendes, alma mía, este misterio? ¡Ah! Dios ama más la humildad de una vida escondida que la gloria de una vida de prodigios y de heroicas virtudes. — Jesús ha querido así divinizar las cosas más pequeñas y santificar el hogar y las acciones de la vida doméstica.

Jesús, ya más crecido, trabaja con su padre nutricio en el tosco oficio de carpintero, y sale con José á trabajar á jornal, sirviendo al principio de peón y trabajando para amos groseros, exigentes, altivos; —después de la muerte de San José continúa hasta los treinta años, trabajando como obrero. ¡Y Jesús era Dios, era la sabiduría en persona, el Creador y Salvador de los hombres!

Se oculta treinta años y se ocupa en trabajos harto insignificantes para el mundo; pero ¡oh alma mía! Jesús te enseña á vivir oculto, á estimar las acciones humildes, á practicar en el olvido la mayor de las virtudes, la humildad.

¿Qué fué de los trabajos de Jesús? El mundo no los apreció, ni aun reparaba en ellos; hasta despreció á Jesús mismo; los que empleaban su trabajo le trataban como á un jornalero, y Jesús tomaba su comida sentado en el suelo ó en la esquina de un patio, á la puerta de los amos, que sin duda le enviarían á veces algunas sobras de su mesa.

¡Y, sin embargo, Jesús era Dios, el Unigénito del Padre, la ciencia, la bondad, el poder de Dios! ¡Oh prodigio insondable! ¡Oh misterio escondido y en el cual se abisma la razón humana! Jesús quiere pasar y pasa por todas las consecuencias de su oficio de pobre jornalero; dormirá, como los pobres jornaleros, sobre unas pajas, en la guardilla ó en el portal; aguantará sin fuego los rigores del frío, y sin abrigo la lluvia y la intemperie; tomará un alimento nada exquisito, el alimento de los pobres; llevará un vestido tosco, el vestido de los pobres artesanos.

—¡Y eso que Jesús es el Rey de la gloria, esplendor de la belleza del Padre, Dios como Él!

¡Oh Dios mío, confúndese mi entendimiento, padece mi corazón, y hállase mi alma como anonadada al veros en tal estado!

Confúndense todos mis pensamientos.—Combátense todos mis sentimientos; no alcanzo á comprender la excelencia de un estado así.—Iluminadme, Dios mío, y ya que es el estado de vuestra elección y de vuestro amor, abrácelo yo de todo corazón.

II. La vida oculta de Jesús es el estado más

perfecto para mí; mas ¿cómo habré de practicarlo? Con María.

1.° Amar la vida oculta, mi querida soledad, lejos del mundo.

2.° Agradarme en ser olvidada, desconocida del mundo, en hacer las más insignificantes y sencillas acciones con Jesús, María y José en Nazaret.

3.° Estimar, sobre todo, las acciones pequeñas, las que practicaban en casa Jesús y María.

4.° Cubrir las acciones exteriores con el manto de la modestia, de la vida sencilla y oculta de Jesús y María.

5.° Agradarse en trabajar por obediencia y bajo la obediencia, con Jesús y María.

6.° No buscar nunca elogios, alabanzas ni reconocimiento por mis trabajos y mi desprendimiento, buscando con esta renuncia el parecerme á Jesús y María.

7.° Cubrirlo todo con el velo de la vida común, no distinguiéndome en la vida exterior y pública, á fin de vivir ignorada y desconocida del mundo, pero conocida, amada y adoptada por Jesús, María y José en Nazaret.

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús y el alma pobre.

I. Jesús es pobre; pues Rey y Dios de discípulos pobres, se ha unido á la naturaleza humana bajo la forma de la pobreza. Ha practicado la pobreza, se ha desposado con ella, la ha tomado por su virtud propia, su virtud escogida, la virtud necesaria para la perfección.

Exige de sus discípulos que todo lo abandonen, á fin de ser pobres como él; y á la pobreza, de ellos atiende para darles todos los privilegios de su divina misión.

Á la pobreza da el céntuplo en este mundo, y la herencia del reino de los cielos, por donde los pobres de Jesucristo son Reyes, y habrán de juzgar al mundo.

Jesús es pobre en su nacimiento. Belén, las pajas, una dura piedra: esas son las glorias de su pobreza.—Jesús es pobre en su vida, viste como un pobre obrero, comparte con éstos su alimento, sus repulsas, sus humillaciones; Jesús vivió de limosnas, murió en la cruz sin tener ni aun la propiedad de sus vestidos; no tenía siquiera con qué hacerse enterrar. —¿Hay en el mundo un pobre que se le parezca?

María y José comparten la pobreza de Jesús: Él era su riqueza.—Así, pues:

1.° Debo estimar la pobreza divinizada en Jesús.

2.° Amar la pobreza que me enriquece con todos los tesoros de Jesús.

3.° Practicar el espíritu de pobreza por amor de Jesús.

II. Vida de la pobreza de Jesús en mí. Jesús me quiere pobre. ¿Y qué es ser pobre?

1.° Un pobre nada tiene.—Pobre con el afecto, á nada me apegaré, ni á mis vestidos, ni á cosas de lujo, ni á las riquezas de este mundo.—Miraré todo esto como perteneciente á Jesús, como bienes suyos de los cuales me otorga solamente el uso, pero á condición de que los use cristianamente.

La pobreza de espíritu es el alma de la pobreza efectiva y tiene todos los méritos de ésta; puede

sobrepujarla en perfección, pues que el no disfrutar pudiendo, es á veces más meritorio que el hallarse privado de todo y el aceptar la imposibilidad de disfrutar alguna cosa.

2.° Un pobre lleva el traje propio de su pobreza; lo lleva como de derecho; se acostumbra á él; vive tranquilo bajo sus harapos: aquella es su categoría. Pues yo llevaré también el traje apropiado á una vida sencilla, adecuada á mi condición, cercenando cuanto adolece de lujo mundano. Miraré á María y seguiré las huellas de mi Madre en su sencillez.

3.° Un pobre no recibe honores ni alabanzas, pasa, y no se fijan las gentes en él, ó hasta apartan la vista. Saluda y no le contestan; conoce á todos, y nadie le conoce á él: es un forastero, mirado como inútil, un despreciado, un nadie.—Y el buen pobre no se queja de esto. No se irrita, no se venga, no maldice. Soy pobre, se dice á sí mismo; esa es mi categoría; no tengo derecho á que me traten más que como corresponde á un pobre.

Ama la pobreza de espíritu ¡oh alma mía!: pide la gracia de ser pobre respecto á la estimación de las criaturas. «Si todavía prosiguiese complaciendo á los hombres—decía San Pablo—no sería yo siervo de Cristo.»

Para practicar esta pobreza en cuanto á la estimación, procura verte ignorada, olvidada, confundida entre el común de las gentes; ama el olvido y la indiferencia de las criaturas para contigo, y, si es posible, hasta el menosprecio mismo. ¿Eres tú más, por ventura, que Jesús, tu Señor? ¿No eres su esposa pobre? ¿No eres una pobre pecadora?

Un pobre no tiene amigos, ni consuelos en medio de sus penas; nadie le toma en cuenta sus afliccio-

nes. Y el pobre lo sabe y lo soporta. Vive sosegado en su aislamiento, y, si es buen pobre, dícese á sí mismo: Mi Padre está en los cielos, y yo soy aquí un extraño, y nada más, que al pasar mendigo mi pan en el camino del destierro.

¿Quieres, alma mía, ser libre con la libertad de Jesús? Sé pobre de corazón. ¿Quieres no perder nunca la paz? Sé pobre con el afecto. ¿Quieres probar tu amor y tu confianza á Jesús? Amale á Él tan solo.

Si el mundo te paga con ingratitud, es una gracia de emancipación. Si el mundo te rehusa sus consuelos, su protección y su confianza, tente por feliz: Dios solo basta, y tendrás derecho de hacer compañía á Jesús en el Huerto de las Olivas y en el Calvario.

Un pobre padece sin tener quien le muestre compasión. Sólo padece y sólo muere.—Jesús padecía, reflexionémoslo bien, y nadie le consolaba; hallábase triste, y nadie procuraba darle ánimos.

Aprende á padecer á solas con Jesús, á guardar el misterio de la cruz, á decir solamente á Jesús la pena de tu alma; pues quiere celosamente tu confianza, quiere obtener las primicias, las más exquisitas flores de esa confianza, y Él será tu excelente y divino Consolador. No olvides nunca que cuanto menos pidas á las criaturas, tanto más generoso será Jesús contigo.

III. Pobreza espiritual.—El pobre tiene su fortuna en su pobreza, su elocuencia en su necesidad, sus títulos en sus llagas y sus andrajos; cuanto más pobre es, más excita la generosidad; cuanto más padece, más poder alcanza en los corazones.—Pobreza espiritual: he ahí, alma mía, tu estado ante Dios,

tu derecho, tu título á sus gracias, á sus misericordias, á su reino.—«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos,» ha dicho Jesús.

Ve, pues, á Dios ¡oh alma mía! por la pobreza; si no se te ocurren pensamientos, ó sólo se te ocurren malos, dile á Jesús: «¡Ved cuán pobre soy! Quiero dedicarme á vuestro santo servicio por medio de la pobreza.»

Cuando tu corazón no experimente ni sentimientos de devoción, ni fervor, ni amor, y se vea, por el contrario, totalmente pobre, turbado, inquieto y disgustado, ve á tu buen Padre y dile: «¡Oh Dios mío, cuán pobre soy! ¡Mi corazón se halla seco, la miseria le torna insensible! ¡Ah! ¡Vivificad mi corazón, amaos Vos mismo por mí en mí! Y si queréis que con este pobre corazón os ame en medio de desolaciones y sequedades, sea en buen hora.»

Si tu voluntad es débil é inconstante, y teme el sacrificio, no te abatas, dile á Jesús: «¡Cuán débil soy, Dios mío, cuán pobre y flaca! No tengo fuerzas para pediros la limosna de vuestra gracia y vuestro amor: socorredme por pura bondad.»

Has ofendido á Dios, has sido infiel y estás como el hombre aquel despojado cuando bajaba de Jerusalén á Jericó. Pues no te desalientes; clama al divino Samaritano, muéstrale tus heridas, dile tus faltas: «¡Ay Señor y qué miserable soy! Frutos son de mi huerto. ¿Qué otra cosa ha de producir tal tierra? ¡Mirad mis heridas, curadme! Soy muy mal pobre. Pero Vos, que tan bueno sois, acudid en mi auxilio.»

Y cuando venga á tentarte el demonio, alma mía, dirás á Jesús: «Pobre soy, y merezco ser tentado y humillado; pero ¡oh Señor! no me abandonéis.»

¡Oh real y divina pobreza! Tú serás el anillo de mis desposorios con Jesús, que ningún otro quiero.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR

Acerca del atractivo de la gracia.

Examinar la índole de las mociones de la gracia que llevan el alma al sacrificio por el amor y la paz; lo que pide Jesús para unirnos del todo con Él. Ese móvil con que nos atrae la gracia, ¿no será el amor de Jesús únicamente, y el manso y humilde amor del corazón de Jesús?...

Lectura espiritual.—Imitación, libro II, capítulos XI y XII.

VIA CRUCIS

Considerar á Jesús en cada estación como modelo de la virtud de la mansedumbre, y que nos dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús humilde de corazón.

«Jesús, mi Señor — dice San Agustín, — viene á darme una enseñanza, no de crear mundos, no de asombrar al mundo con milagros y prodigios, no de hacerme célebre con virtudes brillantes; lo que viene

á decirme es: «Aprended de mí, que soy manso y »humilde de corazón.»

La humildad de Jesús; ahí tienes, alma mía, su divina enseñanza. La humildad: ahí tienes el distintivo de la santidad, la condición de sus dones: «Dios resiste á los soberbios y á los humildes da gracia.» Es, pues, la humildad medida de las gracias de Dios para conmigo—regla de la virtud—cimiento del espiritual edificio de la perfección.

Con la humildad tengo todas las virtudes; mas sin ella, tórnanse vicios mis virtudes mismas, y obras muertas mis buenas obras.

Humildad solamente me pide Dios para bajar hacia mí, y me ensalzará en el cielo á proporción de mi humildad en la tierra.—Mas ¿cómo me tornaré humilde?—Imitando á Jesús y María.

1.° Debo sentir bajamente de mí y de lo nada que soy.—Cuanto de bueno tengo, así en el orden natural como en el sobrenatural, de Dios viene y á Él le pertenece; lo quiere como Señor mío que es: Lo que me queda, por lo tanto, de mío, es solamente mi propia nada.—Ahora bien: la nada, nada es, y no puede ni hace cosa alguna.

Con todo, y esto debe humillarme más, todavía puede mi nada producir un efecto. Pero ¿y qué efecto? El pecado, el pecado mortal.—Merecer el infierno perdiendo el cielo, ofendiendo la infinita bondad de Dios.—Digna es, pues, de todo desprecio esta nada culpable; aunque no hubiera cometido más que un solo pecado, digna es ya de todos los desprecios de los ángeles y de los hombres, como vemos aquí siempre despreciados á los presidiarios, aunque se hayan convertido y obtenido indulto.—¡Ah y qué de desprecios no merezco yo! ¡Cuántos pecados he



SEGUNDO RETIRO

DE SEIS DÍAS

COMIENZO DEL RETIRO

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Gracia del retiro.

I. Grande es esta gracia de practicar un retiro. Todas las gracias contiene en sí.

Puede obtenerme el completo perdón de mis pecados, devolverme la gracia bautismal; procurarme una conversión completa como la de la Magdalena á los pies de Jesús, y establecer el reinado del amor de Jesús en mí como en San Juan reclinado en el pecho del Divino Maestro.

¡Cuán bueno es Dios en haberme concedido tamaño favor, en haberme facilitado, por su amable providencia, este poderoso medio de salvación y de amor! Quiero, pues, aprovecharlo bien, permaneciendo en total retiro á los pies de Jesús.

II. ¿Qué debo hacer en este retiro?—Tres cosas:

1.° Someterme por completo á la acción de la gracia del retiro, como hierro frío y enmohecido

que ponen al fuego, como planta marchita que exponen á la luz vivificante del sol.

2.° Ponerme incondicionalmente y sin reserva á disposición de la santa y amabilísima voluntad de Dios respecto á mí, diciéndole con el Profeta: «Para hacer tu voluntad, Dios mío, quíselo, y tu ley en medio de mi corazón.»

3.° Enderezar todo el retiro á establecer perfectamente el reinado, en mí, del amor de Jesús, y especialmente de Jesús Santísimo Sacramento, porque Jesús nos ha dicho: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y Yo en él.»

III. ¿Qué medios tomaré para asegurar el fruto del retiro?—Tres voy á adoptar:

1.° Conservar el espíritu tranquilo y desembarazado de toda ocupación ajena á este propósito, de toda preocupación de lo venidero; evitar toda contención y trabajo forzado y violento de la mente. Emplearé su luz sólo para ver mi camino.

2.° Mantener mi corazón recogido en el ejercicio sencillo y afectuoso de la devoción; oraré con el corazón, pues que el corazón es lo que Dios me pide, y donde quiere vivir y reinar.

3.° Mantendré mi cuerpo y mis sentidos en santa modestia, como el cortesano en presencia del Rey, como el ángel ante el trono de Dios.

María Santísima será mi guía para ir á Jesús, y en su santa compañía emprenderé y seguiré este camino.—Me figuraré que estoy en el Cenáculo con tan excelente Madre, y bajo su inspiración y dirección me propongo practicar bien un retiro eucarístico.

DÍA PRIMERO

PRIMERA MEDITACIÓN

Amor de Dios en mi creación.

I. Dios me crió por amor.—Me amó desde toda eternidad en sí mismo; formó y modeló mi cuerpo, y creó mi alma al aliento de su espíritu de amor; la creó á imagen y semejanza suya, como obra debida á ese mismo amor.

Dotó mi alma y mi cuerpo de todas las prendas, de todos los dones y todas las gracias apropiadas á mi fin, como á la obra privilegiada de su amor.

II. Dios me crió para él.—Quiere ser mi fin supremo, único y eterno; mi fin de gracia y de gloria.

Me crió para concederme el mérito y la dicha de conocerle, amarle y servirle en este mundo como á mi soberano Dueño, y Dios y Señor que reine sobre mi corazón, y de poseerle un día como á Dios remunerador en los esplendores de la gloria.

III. Dios me crió en las mejores condiciones para conocerle, amarle y servirle,—pues que me ha llamado á la vida en tiempo ya de la Ley de gracia, y me ha hecho nacer de padres católicos; me ha proporcionado recibir una buena educación cristiana. Dios, por lo tanto, se me ha dado á conocer desde los albores de la razón y me ha rodeado de socorros para todas las necesidades y peligros.

¡Ah! ¡Qué Padre tan bondadoso ha sido Dios para conmigo!

¿Y yo le he sido agradecido? ¿He considerado punto de honra el conocerle, amarle y servirle? ¿He vivido para Dios? ¿Le he hecho homenaje completo de mi vida?

Pues justo es, sin embargo, que el fruto del árbol sea para el dueño, y no para el árbol mismo. Natural es que el criado sirva á su amo, y no á un extraño. Un niño no hace nada demás en obedecer y querer á sus padres.

¡Ay de mí, que he servido á Dios peor que á los hombres! Más afectuoso y generoso he sido con las criaturas que con mi Dios.

¿Qué haré, pues?—Llorar, amar, morir por Dios... Lloraré, sí, el haberle olvidado, el haberle pospuesto á una criatura, el haber ofendido con tamaña ingratitud á un Padre tan bueno.

¡Qué desgracia tan grande haber dado mi pensamiento sólo á vanidades, mi corazón únicamente al amor propio, y mi voluntad nada más que al egoísmo! — Que, en una palabra, he hecho de mi mismo mi propio fin, fin de pecado, fin de desventura.

Quiero amar á mi Dios, acogerme de nuevo á su bondad, á su misericordia, cuyas puertas están, como su corazón, abiertas siempre.

Voy á comenzar por el amor para llegar á la virtud, de tal suerte que muera yo al mundo y á mí mismo á fin de que mi vida se modele en la de Jesús, y en su muerte, seguida de resurrección!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Gracias de preservación.

¿Qué acción de gracias ofreceré al Señor, mi Dios, por su divina é inefable providencia para conmigo?

I. Me ha conservado la vida cuando yo le ofendía, cuando era yo culpable y merecedor del infierno.

¿Qué hubiera sido, pues, de mí si la muerte me hubiese cogido en tan triste estado? ¡Oh bondad maternal la vuestra, Dios mío! Vos me escondísteis bajo el manto de la divina misericordía para que no me hiriese la justicia. Vos me conservasteis la vida en la esperanza de que un día reconociese yo mis faltas y viniese á acogerme para siempre á los brazos de un Padre cuyas bondades no se agotan nunca.

Pero ¡ay Dios mío! ¿He reconocido bastante mi pecado y mi ingratitud? ¿Me hallo verdaderamente contrito? ¿Ha triunfado verdaderamente de mi maldad vuestra inmensa misericordia?

Pues ahora sí que renuncio para siempre al pecado y al mundo: me avergüenzo de mi negra ingratitud: voy á ser, quiero ser, soy ya desde ahora todo vuestro.

II. La bondad de Dios me ha preservado de inmensos peligros.

1.° Podía perder la azucena de la pureza, y á tal desdicha me expuse con mis ligerezas. Grande mi flaqueza, débil el corazón, negligente la voluntad, nebulosa la conciencia, tal vez transcurrido así algún tiempo más, sobreviniendo una tentación más engañosa, ¿quién sabe lo que hubiera sido de mi virtud?

Pero vuestra misericordia me preservó, al borde del abismo, como á Daniel en la gruta de los leones.

¡Oh!... ¿Y cómo podré yo mostraros mi agradecimiento por esta blanca corona, por este cetro real de vuestro amor, por este reino de paz y libertad que me habéis conservado? ¿Podré yo nunca estimar este bien todo lo que vale, y corresponder con mis obras á tan precioso don?

2.° Mayores gracias me ha dispensado aún sobre esto la divina Providencia; me guió como quien lleva de la mano á un niño por entre los peligros; me cerró los ojos para no verlos, que me hubieran tal vez escandalizado; me tapó los oídos para que nada comprendiese de la seducción, que me hubiera acaso hecho mella; me ha hecho evitar, sin sospecharlo yo, muchos lazos ocultos en mi camino, muchos escándalos que me esperaban.—Una nonada cualquiera me privó de salir, me detuvo largo tiempo en tal ó cuál ocupación, me hizo cambiar de camino: era, Dios mío, vuestra divina y amable providencia que velaba por mí y me decía: «párate aquí, ve allá»; y de este modo quedé en salvo.

III. La divina bondad me ha sostenido.—Puso en mi camino al arcángel Rafael, que había de guiarme, y que de su parte me estaba esperando. Me envió oportunamente, y al tiempo marcado, un prudente consejero, un poderoso defensor, un consuelo en mis penas, un motivo de reserva en los placeres y alegrías.—Traía á mis manos, ora un buen libro para hablarme, ora cualquier señal que me condujese al deber, una nada, una bicoca, al parecer, pero que era para mí la gracia y la luz adaptadas á aquellas circunstancias: la gracia de la salvación.

¡Ah! Si me fuese dado ver en Dios todo el cortejo

de ángeles que ha puesto á mi lado para guardarme y acompañarme, todas las buenas inspiraciones que me enviaba para guiarme, todas aquellas gracias que como suaves flores han venido á tapizar el camino de mi vida; la misión de cada criatura respecto á mí para impulsarme hacia Dios, ¡oh! ¡cuántos prodigios de amor! Diríase que cielo y tierra se movían y se mueven tan solo hacia mí, como si fuese yo su fin.

¿Y qué me pide Dios por tanto amor? Que sea en todo suyo, que reconozca sus derechos de amor, de bondad y de justicia.

¡Oh, sí, Dios mío! Los reconozco, los adoro y los amo. Sed mi Rey.

TERCERA MEDITACIÓN

Del amor que nos ha mostrado Dios en la redención.

I. Tanto me amó Dios Padre, que dió su Hijo unigénito por rescatarme.

Nuestro primer padre Adán, con dejarme la herencia de su pecado, me hizo hijo de ira, esclavo del demonio, reo de muerte eterna.—Sin Jesucristo no hubiera yo podido nunca entrar en el cielo ni volver á la gracia de hijo de Dios.—Sin la gracia de la Redención no podría considerarse un bien para mi la vida.

Pero ¡cuán grande ha sido la bondad de Dios para conmigo! Necesitado estaba yo de un Salvador, y me ha dado á su Hijo. Me ha amado más que la gloria y la vida natural de Jesús. Ha querido que Él fuese la víctima para mi salvación, á fin de que yo

volviese á la adopción de hijo de su amor y de su gloria.

II. Tanto me ha amado Jesucristo, que ha querido rescatarme por el medio más humillante, doloroso y alto que pudiera el amor imaginar. —Hubiera podido rescatarme con una lágrima, con una plegaria, con un suspiro; que todo en Él tenía un valor infinito. Pero entonces no hubiera yo comprendido bien la enormidad de mis pecados, ni la grandeza del amor de Jesús: ni Jesús se hubiera dado todo por mí y no hubiera quedado contento su amor.

Pero ¡ay! ¡por qué humillaciones pasó, qué de dolores sufrió, cuán afrentosa muerte recibió!

¡Oh Jerusalén! ¡oh Calvario! ¡oh divino Salvador mío! Caigo de hinojos al pie de vuestra cruz, árbol de muerte y vida, por el cual me habéis salvado.

III. Jesucristo, en su extremado amor, pone continuamente á mi disposición las gracias y el precio de la redención.

¡Cuántos hay qué no aprovechan las gracias de la Redención porque no conocen á Jesucristo!—Ignoran su amor y su cruz, no saben del Calvario: mientras que yo tengo la dicha de conocer á Jesús crucificado.

¡Cuántos otros conocen á Jesús y saben que es su Redentor; pero no van á él, porque aman más al mundo, porque no quieren romper las vergonzosas cadenas de sus pasiones, voluntarios esclavos del pecado! — Y yo he sido preservado de las asechanzas del mundo; Jesús rompió mis cadenas, y me ha vuelto á la libertad. Él es mi Salvador. ¿Cómo podré darle gracias bastantes por tanto beneficio?

Yo tengo á mano la fuente de aguas vivas, el baño vital de la sangre de Jesucristo, el precio de mi re-

dención en el sacramento de la Penitencia, y el tesoro de la Eucaristía en el santo sacrificio de la Misa. Y el Calvario ha venido á ser un camino de gracias y de amor para mí, cuya flaqueza no bastaría á sobrellevar los dolorosos pasos del Calvario de Jerusalén. ¡Oh cuán bueno es Jesús para conmigo!

Los rescatados pertenecen á quien los redime: quiero yo, pues, ser en todo y por todo de mi divino Libertador: murió Él por mí, viva yo para Él, y para Él únicamente; que Él es mi redención y mi vida.

SEGUNDO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Necesidad de la Redención.

Me hallo inclinado al mal por mi naturaleza y por mis vicios.

Por mi naturaleza.—Orgulloso y lleno de vanidad, es naturalmente mi espíritu más propenso á procurar la estimación de los hombres que la de Dios, y á obrar instintivamente por amor propio. — Grande es mi miseria, y aún no la conozco bien; abismo insondable donde se dibujan la hipocresía de la serpiente y la astucia del demonio.

Inclínase mi corazón á amar á las criaturas más que a Dios, al apego de éstas más bien que al seguimiento de Él, y á preferir (¡rubor causa decirlo!) á preferir más que la virtud, pobreza, modestia y sencillez de Jesucristo, cualesquiera fútiles naderías.

Y ¡oh indecible miseria! quiere mi corazón ser

amado como Dios: quiere ser centro y fin de los afectos humanos, como si la nada pudiese dar el ser y la vida, como si cuadrase al servidor usurpar la gloria del amo.

Cobarde, flaca, inconstante en el bien es mi voluntad; terca en sus propios deseos, muy generosa para el mundo, muy dada á lo que le agrada. —Sólo en las cosas de Dios y de su santo servicio hay que llevarme á remolque, y aun así regateo, retardo y descantillo mis deberes para con Dios.

Mi cuerpo propende á lo sensual; mis sentidos no están aún sumisos á la ley de Dios, á su gracia. ¡Oh quién me libertará de este cuerpo de muerte! —La gracia, el amor de Jesucristo. —Llevo ¡ay! en mí, mi propio enemigo.

II. No solamente me inclina al mal mi naturaleza, sino que he cometido muchos pecados; he aumentado esta inclinación al mal.—El hábito del pecado, el vicio, el orgullo y el amor propio, han dominado mi espíritu: los afectos desordenados han ocupado mi corazón. Mi voluntad ha respondido con una negativa á los mandatos de la ley y á las mociones de la gracia de Dios. No me atrevo á contar y escudriñar mis pecados de los sentidos. —Corrompió Adán mi naturaleza por un pecado, y yo la he viciado con mil culpas; de suerte que debo ser á los ojos de Dios como un cadáver cubierto de feas y vergonzosas cicatrices.

¡Cuán necesarias me son la gracia y la humildad de Jesús para curar las llagas de mi orgullo, su amor para contrarrestar el amor impuro, su fortaleza para robustecer mi voluntad, su modestia y su mortificación para sanear mi cuerpo y devolverle el honor y la fuerza de la virtud!

Necesito que su sangre venga á ennoblecer la mía para purificarla y dignificarla; necesito su cuerpo, que haga resucitar el mío; su alma, que vivifique mi alma: necesito de todo Él para que influya una nueva creación en mí.

He ahí también el fin de la Redención: para curarme, para ensalzarme á la unión con Dios, se hizo Salvador mío nuestro benignísimo Jesús.—¡Oh feliz culpa de Adán, pero desdichados pecados personales que me han alejado de Jesús!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Bondad de la paciencia de Dios.

¡Cuán bueno ha sido conmigo el Señor!

I. Me ha esperado á penitencia, cuando yo no le servía ni le amaba; cuando yo le ofendía, y estaba cubierto de pecados que provocaban los rigores de su justicia.

¡Ay! Hubo alguna hora de mi vida en que ¡oh desgracia! me hallaba en estado de pecado mortal, es decir, enemigo de Dios, pendiente sobre los abismos del infierno.

Y si la muerte me hubiera sorprendido en aquel estado de condenación, estaría yo mucho tiempo ha en los infiernos con los demonios y los réprobos; y eso para siempre.

Para lo cual hubiera bastado que Dios retirase la mano que me sostenía, que dejase al pecado mortal seguir su curso en mí; y entonces tiempo ha que la justicia divina hubiera caído sobre tan gran culpable.

En el mundo sigue á la culpa el castigo, y aun el

mismo amor paternal se atiene á esa regla; pero felizmente Dios no lo ha guardado conmigo.

Ha hecho como un padre que cierra los ojos y se hace el desentendido, y sólo ha querido ver en mí una pobre criatura suya á quien ama.

¡Y por cuánto tiempo, días, meses, años, ha venido Dios esperándome á penitencia! Y durante todo ese tiempo ha continuado concediéndome alimento, protección, favoreciéndome con sus gracias, conservándome hasta el honor, la fe, la esperanza, todo cuanto podría llamarme al arrepentimiento y traerme otra vez á los pies de este divino Padre.

¡Cuán bueno ha sido, pues, para mí Dios! ¿Y cómo podré agradecer nunca bastante tanta bondad?

II. Dios ha procurado con admirable paciencia mi conversión.

¡Ay! ¿Cómo ha sufrido con tanta mansedumbre mis desvíos, mis dilaciones en rendirme al llamamiento de la gracia? Á cualquier padre, á cualquiera madre hubiera llegado á cansarles semejante comportamiento. Pero Dios me ha esperado con no menos paciencia que bondad.

Atrájome nuevamente á sí, mostrándome la vanidad de las criaturas y haciéndome experimentar que sólo Él es bueno y siempre bueno.

Me ha hecho sentir cuán caducos y hueros son los bienes y placeres de este mundo, ya con la consideración del inefable bien, que es Él mismo, ya con los disgustos y penas de que rodeaba aquellos bienes contrahechos, aquellos falsos placeres. Todo lo ha agitado en torno mío, para abrirme los ojos á su verdad, todo lo ha conmovido; quería que yo fuese total y únicamente suyo.

Además de esto, ¿quién podrá debidamente apre-

ciar todas aquellas gracias interiores con que iba Él apartándome insensiblemente del mundo y de mí mismo, y atrayéndome suave y fuertemente á su amor? ¡Cuántas inspiraciones así venían á conmover mi alma! ¡Cuántos sentimientos de confianza y de temor me apremiaban para que me rindiese á discreción! ¡El cielo y la tierra, Belén y el Calvario, Nazaret y el Cenáculo!

¿Cómo pude ¡oh Dios mío! resistir tanto tiempo y no darme enteramente á Vos? ¿Perdería yo nada en perderlo todo por Vos? ¿Hubiera podido parecer precioso ni grande lo que hubiese dejado por vuestro amor?

¿Por qué ¡oh Dios mío! por qué tan poco y tan tarde os he amado?

TERCERA MEDITACIÓN

Misericordia de Dios.

Me ha perdonado Dios, y tan amorosamente me ha perdonado, que debiera yo deshacerme siempre en lágrimas de agradecimiento.

I. Me ha perdonado en seguida é incondicionalmente, desde el punto en que me vió contrito á sus pies.

Apenas si, como al hijo pródigo, me ha dejado la confusión de decirle mis culpas: que tenía este buen Padre más gozo en perdonarme que detenimiento para dejarme insistir en la súplica del perdón.

Hizo conmigo como con la Magdalena, que al punto que se arrojó á sus pies la perdonó y la acogió en su protección.

¡Oh cuán bueno, cuán bueno ha sido Dios para

conmigo!—No me ha hecho aguardar el perdón, por más que yo hubiese hecho aguardar tanto á su bondad para convertirme á Él. Ni puso condiciones á la gracia otorgada, sino que le ame y no vuelva á pecar: que así hizo con San Pedro.

Enorme, sin embargo, era mi deuda para con la divina justicia. ¡Cuán honda herida había abierto en su corazón mi ingratitud!

¡Ah sí! Aunque tan generosa y divinamente me ha perdonado Dios, no debo yo perdonarme á mi mismo el haber ofendido á mi Padre tan bueno, y quiero, como otro Pedro, verter llanto de amor por el pesar de haber dado causa à que mi buen Jesús llorase por mí lágrimas de dolor y tristeza.

II. Tan bondadosamente me ha perdonado Dios y me ha tratado tan honoríficamente...

¿Pudo Dios, en su inmensa bondad, olvidar hasta tal punto mis culpas y mis ingratitudes que me haya tratado y me trate ahora como si no le hubiese nunca ofendido, como á las almas puras que han conservado la blanca túnica de la inocencia; como á las esposas de su corazón que han vivido sólo para seguir sus inspiraciones y para esmerarse en la guarda de su santa ley?

Jesús me levanta á relacionarme con los que forman su corte; me asocia al apostolado de su iglesia, al celo de sus amigos, á las virtudes de sus vírgenes, al amor de sus Santos, á mí, indigno de ser el servidor de los últimos entre sus servidores, y que podría darme por grandemente feliz con ocupar el lugar del publicano á lo último del templo, ó con alimentarme, según decía la Samaritana, con las migajas que caen de la mesa del amo.

Y con todo, no obstante mi presente indignidad y

á pesar de mis pasadas culpas, tengo la dicha de ser admitido á la gracia de la devoción, á la oración, manjar de las almas favorecidas, á la vida tranquila y solitaria de Nazaret, y sobre todo á la frecuente Comunión; es decir, á lo que hay de bueno, grande santo y divino en la tierra.

¿Cómo así? Diríase, Dios mío, que me tomáis por otro y que olvidáis quién he sido y quién soy yo todavía.

Lo veo, sí: que queréis triunfar de mi corazón á fuerza de amor, que la debida donación de mi vida queréis procurarla á fuerza de beneficios.

Vergüenza debiera tener de mí mismo al ver que tan miserable soy, que ni acierto á sentir la grandeza de vuestros beneficios, la inefable excelencia de vuestro amor.

Coronad ¡oh Dios mío! vuestros favores y perdonadme que os haya amado tan poco; dejadme llorar mi ingratitud para con Vos.

Moriría yo de vergüenza si con padre, madre ó amigo me hubiera portado así. ¡Y que sólo con Vos habría de mostrarme ingrato, Jesús mío!

No, no: quiero seguir el ejemplo de la Magdalena; á vuestros pies, en el Calvario, en el desierto.—Decidme sólo que sabéis que os amo bien...

DÍA TERCERO

PRIMERA MEDITACIÓN

Amor de Jesucristo.

Merece Cristo y quiere mi amor todo.

I. Y es del *todo amable*: en él están divinamente toda belleza, toda bondad, toda perfección.

¡Ah! Si por un instante llegase á verle, derretiríase mi corazón en afectos de admiración y amor.

¡Es tan hermoso Jesús!

¡Es tan bueno!

¡Es tan amable!

¿Quién podría comparársele?

Y sin embargo ¡ay de mí! yo le he puesto en parangón con las criaturas, y me he amado á mí mismo más que á Jesús, pues que con el amor propio me he constituído en fin mío.

II. Jesús fué primero en amarme cuando no le amaba yo; me esperaba su Corazón abierto, aguardándome para reclamarme el mío, que despertase yo de mi triste letargo.

Me amó desde toda la eternidad, y desde toda la eternidad me tiene presente, me ve y me ama; preparó sus dones y sus gracias en favor mío, y escogió un sitial y erigió un *trono para mí en el cielo.*— ¿Conque me amó, desde toda la eternidad? —Así es.

Y yo no le amo todavía desde tantos años que llevo de vida, y mi amor no se cuenta por años, y tal vez ni un día entero pueda asignársele. ¡Qué ingratitud!

III. Jesús me ama personalmente, como si no tuviera que amar más que á mí sólo en el mundo.

Me ama con ternura, como no saben amar los mortales;—con una generosidad á que no saben llegar las criaturas—con un amor desinteresado; que soy fin de sus dones, de sus gracias, porque soy el objeto de su amor.

Soy el fin á que se enderezó su Encarnación; por mí personalmente se hizo hombre para amarme con afecto divino y afecto humano. — Por mí padeció desde el pesebre hasta el Calvario. — Con cada una de sus acciones, de sus sacrificios, de sus padecimientos, me dice Jesús: «Por ti, hijo mío, para demostrarte mi amor y ganar el tuyo.»

Por mí personalmente instituye el Sacramento perpetuo de la Eucaristía, para ser siempre mi Víctima propiciatoria, mi Pan del cielo.

¡Ah! ¿Será posible Dios mío, qué á tal extremo llegue vuestro amor para conmigo? ¿Quién soy yo, Señor, para verme objeto de amor tanto?

IV. Jesús me ama con amor ferviente.

Se hace semejante á mí, á mí, tan pobre y miserable; adopta mi estado de pobreza, de trabajo, de padecimientos;—quiere vivir como yo; ha dejado la gloria, el poder, la dicha, para hacerse pobre, débil, padecido, porque tal soy yo.

Tórnase como insensato por mí, según la frase de San Agustín. — ¿No parece cómo una locura en todo un Dios el amar con extremo á quien no le ama?—¿El agotar todos los sacrificios por quien no sabe apreciarlos? — ¿El hacerse víctima de amor, pan, alimento, para unirse substancialmente á su criatura?

¡Oh Dios mío! Con vuestro amor concibo la Encar-

nación y la Eucaristía, en la cual continuáis viviendo *con nosotros*. Pero concibo también el infierno, y éste para siempre.

Fuerza es, ó aborreceros ó amaros: no se da tér mido medio.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Darse del todo á Dios.

Pues que tanta ha sido la bondad de Dios para conmigo en la creación, la redención y la santificación, ¿qué haré yo ahora para corresponder á tantos beneficios?

Esto sólo haré: darme del todo á Dios. Eso desea, eso quiere, eso es su soberano beneplácito.—Mas ¿qué es darse del todo á Dios?

I. No ofenderle jamás deliberadamente.

Nada más justo que no injuriar, insultar ni despreciar al Amado. Nada más natural que evitar cuanto pueda desagradarle ó darle pesar.

—Ahora bien: lo único que detesta Dios es el pecado, eso solamente me prohibe.

¡Ah sí, Dios mío! Os lo prometo y aseguro: no más pecar, no más ofenderos, no más preferir cosa alguna á Vos. Antes padecimientos, humillaciones y desprecios, que ofenderos jamás.—¿Quién tan grande, poderoso, santo y amable como Vos? ¿Podría haber, por ventura, nada comparable á vuestro mandamiento, á vuestra bondad y á vuestro amor?

No, ciertamente: resuelto estoy; es mucho lo que me pesa haberos ofendido anteriormente para que ahora volviese á lo mismo.— Podrán mi flaqueza y

mi ignorancia hacerme caer en varias faltas; pero serán involuntarias, y desde ahora anticipadamente las repruebo; nunca, nunca más ofenderos.

II. Darse del todo á Dios es consagrarse enteramente á su servicio, preferir á todo otro interés los intereses de Dios.

Así, practicar ante todo la ley de Dios y de la Iglesia, honrar á Dios como supremo Señor por doquiera y en presencia de toda criatura, no avergonzarme jamás de Jesús, mi Dueño y mi Salvador, ni de su Evangelio, sus virtudes y su culto; antes bien honrarle y probarle doquiera y en todas las cosas que es él mi Señor y mi Dios.

Sobre todo en la iglesia y con el culto debo honrar á Jesús; por mi humilde y viva fe; por la modestia y el respeto propios de un cristiano bien educado y devoto.—Debo, pues, no hablar allí sin necesidad; estar como si no conociese á nadie, no atendiendo más que á mi Rey en su trono, que me oye en audiencia privada.

¡Oh cuántas veces he faltado á este soberano obsequio debido á Dios, á este supremo honor que le pertenece!: no era yo entonces todo de Dios como ahora.

III Darse todo á Dios es querer amarle sobre todas las cosas, sobre todos los bienes creados, sobre toda criatura racional, sobre todos los placeres de la vida:—más que á sí mismo, más que nuestro entendimiento, nuestro corazón y nuestra voluntad; más que el bienestar, más que la libertad del cuerpo y de los sentidos, y es, además de todo esto, amarle más que la salud y que la misma vida.

He ahí lo que es el amor supremo á Dios: todo lo domina.—Cuando ve que alguna cosa se opone al ser-

vicio divino, quiere antes perderlas todas que ofenderle.

Es amor como de hijo, amor noble, amor que presenta una imagen, aunque débil y remota, del amor de Jesucristo para conmigo. Quiero, pues, en adelante amar así á Dios, servirle así, darme del todo á Dios.

Tarde es ciertamente, Dios mío; pero de corazón y para siempre soy y seré enteramente vuestro.

TERCERA MEDITACIÓN

Consagrarse por completo á servir á Jesús.

¿Que haré yo por quien tanto me ha amado?—Aplicarme por completo, exclusiva y perpetuamente á su divino servicio.

I. Por completo; sin reserva ni partición, sin condiciones ni interés propio.—Le serviré por amor, como sirve el niño á sus padres; como sirve el ángel á Dios, como sirvió á Jesús su bendita Madre: mi preciada recompensa servirle y agradarle.

II. Exclusivamente: no he de servir á dos señores: á Jesús y al mundo; no he de tener dos leyes: el amor de Dios y el amor propio; ni dos fines: el cielo y la tierra, Dios y yo mismo.

Serviré á Jesús con soberano celo, como á mi único Rey, á quien se debe todo honor y gloria.

III. Perpetuamente: Serviré á Jesús siempre, como sirvió Él á su Padre, como le sirve en la divina Eucaristía, como María le sirvió toda su vida.

Le serviré del mismo modo en todas las circunstancias de mi alma: en consuelo ó desolación, en

alegría ó tristeza, en fuerza ó flaqueza, en salud ó enfermedad: Dios es siempre el mismo, igualmente bueno, amable y digno de adoración.

Le serviré fielmente en todas las pruebas que según su misericordia le plazca enviarme, y le amaré sobre mis penas y mis alegrías, sobre sus dones y sus gracias, sobre mi felicidad eterna: le amaré por *ser Dios quién* es.

1.° Servir á Jesús será, pues, el fin de mi vida, de mi piedad, de mis virtudes, de los Sacramentos que reciba, de los sacrificios que lleve á cabo: todo lo haré por ser un buen servidor de Jesús.

Nunca me quejaré de mis trabajos en su servicio; que no otra cosa cumple á un buen servidor.

2.° Servir á Jesús será el fin y motivo que me proponga en el servicio de mis prójimos.—Serviré á Jesús en ellos; veré en el prójimo á Jesús pobre, padeciendo y humillado]; en su vestido el trozo de púrpura que pusieron á Jesús al tiempo de la Pasión; miraré en sus llagas las llagas de Jesús, y en los desdenes que le atrae su miseria contemplaré á Jesús abandonado.

3.° Lo que sea del mayor servicio de Jesús, eso será mi felicidad y mi alegría.—Verle honrado, mejor servido, muy amado: eso hará mis delicias.

Y no me cansaré de repetir aquella hermosa sentencia: «Á Vos, dulcísimo Jesús mío, honra, gloria y amor;—á mí desprecios, humillación y olvido.»

DÍA CUARTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Jesús, mi ley suprema.

Cual fuere tu amor tal será tu vida.

Si Jesús es mi soberano amor, el blanco á que se enderezan mis afectos, debe ser él la ley suprema de mi vida.—El corazón rige al hombre.

El pensamiento es la llama del amor; la luz de esa llama forma la palabra del amor, y el fuego de la misma constituye su fuerza.

¡Oh dichosa el alma que vive del amor divino! Semejante alma vive de la vida de Dios mismo. Dios es todo amor.—Vida del amor divino es la de las tres divinas Personas entre sí; vida del amor divino la de los ángeles y los Santos en el cielo.

¿Y cuál es la ley de la vida del amor divino?

I. La primera regla de este amor es hacer amable y delicioso el pensar en Jesús.

El pensamiento sigue al amor y le da pábulo: cuanto mayor es el amor, tanto más á menudo y habitualmente se piensa en Jesús: porque el corazón hace morada, no en sí propio, que sería como una cárcel ó calabozo, sino en el objeto de su adoración.

¿Cuál es la índole de mis pensamientos? ¿Adónde van de suyo ellos? ¿En qué, en quién pienso más á menudo? — ¿Va mi pensamiento como naturalmente á Jesús? ¿Goza con el recuerdo de Jesús? ¿Corre en pos del Amado?—Esta es la verdadera brújula que indica el rumbo de nuestra vida.

¡Ay! ¡Cuántos motivos de humillación! ¡Qué de olvidos y qué indiferencia para con Jesús!

Necesito para llegar al pensamiento de Jesús que otros dos pensamientos me traigan como mercenario del deber y mercenario del temor á tan noble pensamiento; –necesito pensar en pensar de Él; necesito que cualquier objeto exterior me lo recuerde, y hasta á veces que el demonio mismo me fuerce á pensar en Jesús.

¿No le amo, pues ¡ay de mí! no le amo de todo corazón?

II. La segunda regla del amor es ser la ley soberana de nuestros juicios.—Conformes van el juicio del hombre y el amor dominante en su vida. — El santo y seña, así para el combate como para el dolor y el placer, lo da ordinariamente el corazón; juzga el niño como su madre primero, como su padre después, y como su maestro por último.

El juicio de Jesús, de este verdadero Salomón, debe ser, pues, el primer objeto de mi atención y mi principal estudio, porque el juicio de Jesús es el único verdadero infalible y divino. Todos los juicios del hombre que se opongan al juicio de Jesús son erróneos y mentirosos; que ante la luz del sol todo otro resplandor desaparece.

¿Y cómo conoceremos los juicios de Jesús?

Por su Evangelio primeramente. — Debo, pues, leerlo é indagar y meditar allí los juicios de Jesús.

Conoceré además los juicios de Jesús atendiendo á su gracia en mí, para la práctica de mis deberes personales y para el trato con el prójimo. — Todo juicio debe ser la expresión de la verdad, informado por la humildad y hecho en espíritu de caridad.

Jesús será, pues, mi suprema ley.—Le consultaré

ante todo á El, desechando las sugestiones del amor propio, los sentimientos mundanos y el estímulo de las pasiones.

¿Por qué tan á menudo me he engañado? Por no haber consultado á Jesús. ¿Por qué he perdido el tino en mis pensamientos?

Por no haber pensado en Jesús, por no haber consagrado á El mi amor.

¡Oh Dios y Rey mío! No ha de ser así: de hoy en adelante, otra será mi vida: os lo prometo de todo corazón.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida de amor.

Los que aman á Dios no viven para sí ni en sí mismos, sino que viven en Jesús. Así vemos acá una hoguera que no recoge en sí misma las llamas que produce, sino que las envía hacia lo alto.

Dos aspiraciones habituales hay en los que aman á Dios, las cuales son, como quien dice, los dos brazos del amor divino.

I. Es la primera el intento de agradar en todo á su amado Jesús.

Por agradarle procura adivinar el alma amante lo que será del agrado de Jesús, qué es lo que El quiere y desea, y una vez sabido ó presentido esto, va esa alma, corre y vuela á lo que es del agrado de Jesús. Nada la molesta, nada la detiene en tratándose de complacerle, y todo su gusto es cumplir el beneplácito de Jesús. Y el contentarle tiene por suma recompensa.

Ahora bien: ¿qué es lo que agrada á Jesús?—La hu-

mildad, la pobreza, la penitencia, la obediencia, todo cuanto trae á la memoria su vida de Belén, de Nazareth y del Calvario. —Un Rey triunfante se complace en visitar de nuevo el campo de batalla donde gloriosamente venció, en oir repetidamente el relato de sus peligros y de sus hazañas.

¿Qué es, pues, lo que á Jesús complace?—Lo que en los días de su vida mortal le complacía, en los días de su inmolación por salvar á los hombres.

¿Qué es lo que de mí desea? - Que le siga por los pasos á que le trajo su amor para con nosotros, y que los honre acomodando á ellos mi vida; que haga revivir en mí á Jesús, pobre, abandonado, solitario, crucificado; y que así mi amor le represente como vivo otra vez y encarnado de nuevo, y se ocupe en su santo servicio y le siga hasta la muerte.

II. La segunda aspiración del que ama es evitar escrupulosamente todo aquello que puede disgustar al amado del alma.

La amistad es delicada, es como un espejo que el más leve hálito de otros basta á empañarlo; es como una serena y cristalina fuente de aguas vivas donde se reflejan los resplandores de los cielos.

La amistad habla poco ó, mejor dicho, habla con todos los sentidos y todos los afectos; una mirada, un gesto, una *negligencia, un olvido, una preferencia*, cosas son que pueden lastimar la más viva y sólida amistad.

Jesús se llama un Dios celoso; reclama el corazón entero, *quiere reinar solo en su preciado trono.*

El alma amante ha de guardarse, pues, de partir su corazón. Antes velará con el mayor cuidado para que nada haya en sus pensamientos, afectos y acciones que pueda desagradar á Jesús.

Que la idea de ofenderle, de serle infiel, de cometer voluntariamente el más leve pecado debe estremecerla.

Y si algún insolente, algún demonio, osase proponerle una infidelidad, un pecado contra el Dios de su *corazón*, renovaríase entonces en aquella alma el lema y el combate del glorioso San Miguel Arcángel.

De suerte que quien es contra Jesús es mortal enemigo del alma amante, así sea ese adversario un hermano, un protector, un amigo, un amo, un rey.

El amor no tiene más que una ley y un Rey: Jesús.

El amor una sola cosa quiere: agradar á Jesús.

El amor una sola cosa teme: desagradar á Jesús.

Tal será la ley de mi corazón ¡oh divino Rey mío! Quiero ser un fiel caballero del más amable de los Reyes.

TERCERA MEDITACIÓN

De la perfecta dejación de sí mismo en manos de Dios.

Entiéndese por esta perfecta dejación aquel estado del alma amante que sin condición ni reserva y con entero desasimiento propio se entrega al beneplácito de Dios, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia.

I. En el orden de la naturaleza.

El alma que hace esta santa dejación quiere todo lo que Dios quiere y porque lo quiere Él y como Él lo quiere; y así, respecto á las cosas corporales, estar sano ó enfermo, en tal ó cuál país, en estas ó las otras condiciones de casa, alimento y compañía en que Dios

la ponga: — todo le es igual, todo le es amable con esta sola máxima: «Dios lo quiere: tal es el divino beneplácito.»

Como un niño sin inquietud del porvenir, el alma en quien reina esta santa dejación duerme tranquila en el maternal regazo de la divina Providencia, ó descansa pacíficamente sentada á sus pies.

El niño que tiene buena madre no se inquieta de lo porvenir: su buena madre piensa en eso por él.

Desencadénanse los elementos, ruge la tempestad y embravecida la mar amenaza tragarlo todo; pero el hijo constituído en la perfecta dejación y confianza *duerme sin miedo en el materno regazo* de la Providencia divina.—Para él no hay tempestades.

Son perversos los hombres, quieren arrebatárselo todo: bienes, libertad, reputación; pero el alma poseída de este santo desasimiento se deja despojar de todo sin cólera ni desesperación.

Quédale Dios, Dios que la ama, y con esa riqueza le basta; así estará más libre para ir á su Padre celestial.

Aun á veces parece como si Dios se enojase con el alma querida de su corazón; la entrega á los asaltos del furioso demonio, á los horrores de sus tentaciones, y padece el alma un martirio en la conciencia; pero Dios lo quiere:—«Pega, si puedes—le dirá al diablo;— tú has hecho azotar á mi Señor, te atreviste á tentarle y á conducirle hasta otro sitio.—Discípulo soy suyo, no te tengo miedo, que no me podrás hacer sino lo que Dios te permita.—Jesús está conmigo.»

II. Perfecta dejación respecto á las cosas espirituales.

1.° El alma dada á esta santa dejación pone

con filial confianza su espíritu en manos de Dios para que Dios sea su luz, y lo sea en la medida que al mismo Señor le plazca, con claridad ó entre celajes, ya en la obscuridad de la fe, ya en los resplandores de su manifestación;—bástale saber lo que Dios quiere que sepa, está ante Dios como un ciego á quien El abre ó cierra los ojos según le place; y si un alma semejante pudiese elegir, escogería más bien el ser pobre y humilde de espíritu.

2.° El alma que practica esta santa dejación entrega sencillamente su corazón á Dios para amarle tan solo á El, é igualmente en todas las cosas y en todos los estados.

Si el Señor quiere inflamarla en un amor fervoroso, se considerará el alma muy dichosa; si le da una gracia de consolación, la recibirá con mucho agradecimiento. — Pero si quiere este amoroso Padre darle á beber algunas gotas de su cáliz de hiel, hacerla partícipe en algo de los desamparos, deserciones, desolación y tristeza que El sufrió; el alma puesta en esa santa dejación beberá amorosamente ese cáliz, compartirá las agonías de Jesús y le permanecerá fiel en medio de las pruebas.

3.° El alma poseída de ese santo desasimiento entrega enteramente á Dios su propia voluntad para que El la gobierne, la doble y la enderece como quiera.

Y de allí en adelante, no llamará alegría, bien, dicha, virtud, celo y perfección sino á lo que lleve el divino sello de la voluntad del Señor.

¿Qué quiere Dios? ¿Qué desea? Qué le agrada más?—He ahí toda la ley, toda la elección, toda la vida del alma que se ha puesto enteramente en manos de Dios.

4.° Un alma así, se da al servicio de Dios sin otro querer y sin otro grado de amor que el que le concede Dios y del cual el mismo Señor la traslada cada hora cuando y como le place

Un alma así, sirve á Dios según los medios que están por el momento á su disposición, sin apegarse ni á su situación ni á los medios y gracias que entonces tiene: sólo en la santa voluntad de Dios se apoya.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Primera virtud del amor: la Humildad.

I. La primera virtud que el amor de Jesús produce es la humildad.

Virtud es ésta del pobre honrado, amado, enriquecido por el mejor de los Reyes sin otro mérito personal suyo que su misma pobreza.

Es la humildad la primera virtud del pobre pecador, que se reconoce indigno de toda estimación, de todo afecto, de todo favor de Dios, como aquel humilde Centurión del Evangelio, como el publicano humillado en el templo, como la Magdalena á los pies de Jesús.

Piedra angular de la santidad es la humildad: no puede haber edificio sin cimiento, ni árbol sin raíces, ni arroyo sin fuente; y cimiento, raíz y fuente de la vida espiritual es la humildad.

Condición y medida de la gracia de Dios es la humildad: cuanto más humilde es el alma tanto más

rica en gracias está: el caudal de agua se amolda á la capacidad del vaso que la recibe.

La humildad es el estado y forma de vida de Nuestro Señor, es su virtud favorita y magna; su bandera, la expresión de su íntima índole, pues Él dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.»

Precio y medida de la gloria celestial es también la humildad, que cuanto más humilde haya sido en la tierra uno de los escogidos, tanto más grande será en el cielo: como en la balanza, que tanto más sube un platillo cuanto más baja el del opuesto lado.

Necesario es, por lo tanto, que yo practique, adquiera y honre esta virtud magna de la humildad, y debo, por consiguiente, con todas las fuerzas de la naturaleza y de la gracia combatir contra la soberbia, su mortal enemigo; - la soberbia, que es la rebelión contra Dios, la idolatría de sí mismo, el pecado del ángel rebelde.

II. ¿Cómo llegaré á ser humilde? — Por Jesucristo únicamente; que de mío ni sé encontrar los medios al efecto, ni puedo practicarlos. La soberbia está encarnada en mí, y ese es el fruto que naturalmente da de suyo el hombre. Jesucristo, al contrario, me enseña la humildad y es el divino Maestro de esa virtud: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» — Cúmpleme, pues, contemplar la humildad en Jesús.

1.° La humildad en su vestido: sencillo y común sin distinción de moda ni lujo: decente y pobre, tal se nos presenta.

2.° La humildad en su alimento: vive como los pobres de su condición; manjares, vajilla, mesa,

asientos, todo hace honor á la humildad de la pobreza.

3.° Humildad en la habitación: palacio real del Verbo encarnado es el portal de Belén, y luego Nazareth, y después las grutas solitarias, y más adelante el albergue de la hospitalidad y, por último, la cruz.

4.° Jesús usa un lenguaje respetuoso y sencillo; el tono de su voz es modesto como el del pobre y su continente lleno de respeto y casi tímido; su andar mesurado, detenido y dando la preferencia, como hacen los pobres y los sirvientes.

5.° Jesús se mezcla entre la muchedumbre en los deberes comunes de la religión y de la ley.

Nunca busca sitio distinguido, puesto eminente ni ministerio honroso.

6.° Jesús no se ensalza á sí mismo ni se jacta de cosa ninguna: si hace prodigios de poderío, si dice palabras que encantan, toda la gloria de ello la devuelve á su Padre.—Por lo que toca á Él, en cuanto hombre, nada quiere, rehusa todo honor y toda alabanza; huye, se oculta y se escapa de los honores del mundo.

7.° Hasta en medio de su poder y gloria posee Jesús el secreto para ser humilde.

La sagrada Eucaristía es el perpetuo triunfo de su humildad en la tierra.

¡Ah, sí! Amaré la humildad de mi Jesús, honraré la humildad de mi Señor y mi Dios; la humildad eucarística será en adelante el evangelio de mi corazón, ley de mi vida, tesoro de mi amor.

SEGUNDA MEDITACIÓN

El amor crucificado.

El amor de Jesús es amor crucificado y que crucifica: en eso brilla su carácter divino.

I. El amor de Jesús le crucificó á fin de mostrarme hasta dónde llegaba su afecto y su ternura para conmigo: si Jesús no hubiese padecido, hubiera yo podido dudar de su amor.—El mismo me presenta sus padecimientos como prueba de su amor.

Me dice «que da su vida de su propia voluntad», porque «Ninguno tiene mayor amor que éste, que es perder su vida por sus amigos.»

Y San Pablo me dice que Cristo «me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí.»

¡Oh cuán hermoso es el amor de Jesús, nacido en un pobre portal, reclinado en las pajas sobre un humilde pesebre!—«¡Oh amado mío!—exclama aquí San Bernardo: — cuanto más pobre y mísero, tanto más amable y querido para mí.»

¡Qué tierno se nos muestra el amor de Jesús cuando le vemos pobre artesanito ocupado en su trabajo, á fin de atender á su sustento y al de su Santísima Madre y de San José!

Y en especial, ¡qué grande, sublime y admirable se nos presenta el amor de Jesús cuando se halla de rodillas, triste, desolado, angustiado con dura agonía en el Huerto de las Olivas, y después triunfando de todos los temores y de todos los dolores por salvarme!

Hermosamente brilla su amor cuando le miramos sufriendo las salivas, las bofetadas, las burlas de

la impía soldadesca de Caifás, Anas, Herodes y Pilatos.

Mas ¿qué diremos del esplendor soberano de este portento de amor en la subida al Calvario con su noble cruz á cuestas, y en su crucifixión y muerte entre dos ladrones, maldecido de los hombres y desamparado de Dios?

¡Y todo esto por amor á mí!

¡Ah, sí, amor mío! Inclinad la cabeza y los moribundos ojos hacia mí, y al expirar decidme: «Consumado está el amor.»

II. El amor de Jesús es también amor que crucifica.

1.° Crucifica al hombre viejo, el hombre de los sentidos, de las codicias, de la concupiscencia: le crucifica en la cruz de Jesús para sujetarlo con los clavos del amor y transformarlo en un hombre nuevo.

He aquí por qué la primera voz del amor de Jesús entre los hombres es ésta: «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos.» Exige de *quien quiera ir en pos de El,* que «se niegue á si mismo, y tome su cruz y le siga.»

Por eso San Pablo da como señal del verdade o discípulo del Salvador que traiga siempre la mortificación de Jesus en el cuerpo. Pues «los que son de Cristo crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.»

Así que el amor de Jesús debe crucificar en mí el pecado cometido, la concupiscencia, pábulo del pecado, y los sentidos por medio de los cuales se comete.

2.° El amor de Jesús crucifica al hombre justo y santo, para hacerle más parecido á su buen Maestro.

Le crucifica hasta en su amor, para que esté más cerca de Jesús, más unido á El.

Le crucifica en sus gracias, porque toda gracia viene del Calvario y tiene el carácter y matiz de su procedencia.

El amor de Jesús le crucifica hasta en el Tábor de su amor, pues que los padecimientos, el sacrificio, la cruz, en una palabra, es el lazo que une al cristiano á Jesucristo, la única y verdadera prueba de su amor á Dios.

El amor de un corazón fiel, de un alma ferviente, necesita padecer para consolarse y hallar alivio para suplir á lo mucho que querría hacer por su Dios.

Consuélase el amor cuando padece: puede entonces con verdad decir á Dios: «Vos sabéis que os amo bien.»

El amor crucificado (continuación).

El amor hace compartir el estado de aquel á quien se ama.—Mi amor á Jesús debe, pues, ser como el suyo á mí lo ha sido; amor que crucifica y amor crucificado.

I. Amor que crucifica.

1.° Debo crucificarme con Jesús, mi Salvador, expiando los pecados que he cometido y expiándolos cada uno según su especie: mi soberbia, con su profunda humildad; — mi vanidad, con los desprecios que él padece de los hombres prudentes y doctos, grandes y chicos; — mi amor propio, con el desamparo en que todos le dejaron; — mi quisquilloso puntillo de honra con la desatención y grosería con que le trataron los suyos.

Jesús se humilló hasta tomar forma de siervo,

hasta poder ser comparado á un leproso, á un maldito de Dios y de los hombres, á un mísero gusano.

2.° Jesús ha expiado mi vida muelle y dada al regalo de los sentidos, con lo penitente de la suya; austero alimento, lecho duro como el desnudo suelo; una casa pobre: tal fué su cotidiano vivir.

Y después marcha á la Pasión y toma la cruz en que va á expiar los pecados de cada uno de mis sentidos culpables.

Átanle los pies y después se los clavan para expiación de tantos culpab'es pasos míos: átanle y clávanle las manos para expiar la vanidad, el delicado trato y los pecados de las mías; coronan de espinas su sagrada cabeza para expiar las coronas de rosas de vanidad y orgullo que yo me he ceñido; nublados de sangre sus ojos lloran por mis miradas culpables, sus labios guardan silencio. calla como un manso cordero, por expiar mis malas palabras: le abofetean en la mejilla manos sucias é impuras, por purificar mi rostro manchado: lleno de azotes y cubierto de llagas está su cuerpo santísimo, y estas llagas y la sangre que de ellas mana son su vestidura en la cruz: — así expía Jesús lo sensual de mi vida.

3.° Jesús expía mis pecados de codicia, de ambición, de excesiva precaución en perjuicio de la confianza debida al paternal cuidado de la Providencia de Dios.

Nada posee como propio; no quiere tener nada: vive de la divina providencia de su Padre; de la caridad de sus discípulos. He ahí el mayor sacrificio del amor: no estribar ya en cosa alguna, saber esperar en sólo Dios, entregarse del todo en manos de su misteriosa providencia.

II. Amor crucificado.—La cruz es el leño en que se sostiene el fuego del amor divino; es la prueba de ese amor y la perfección del mismo. La cruz marcha á la par de la santidad en las almas y la sigue según sus grados, índole y gracias.

Así, pues, un alma verdaderamente amante ama la cruz, y ama por la cruz los padecimientos. Si amase á Jesús sólo por los gozos de su amor, de su paz, de su contento ó con la mira de disfrutar estos dones, sería entonces su amor tan imperfecto como el amor propio de donde nacía.

Pero el sello de las almas grandes es amar por la cruz y por las diversas muertes que el amor reclama.

Además, y es cosa de admirar, posee Dios el secreto de hacer padecer á un alma hasta en sus mayores gracias y en la más perfecta contemplación de su bondad.

Ningún alma gozará de Dios tan altamente como la de Jesús, y sin embargo ninguna padecerá tanto como ella padeció.

«Cruz y martirio perpetuo fué la vida de Jesús:» leemos en la *Imitación*.

La cruz es el fuego que purifica el alma y le da un temple firme de virtud: es la espada con la cual conquistaremos nuestra libertad, eximiéndonos de las criaturas; ella nos redime de toda servidumbre y esclavitud humana, y podemos también llamarla el campo de batalla del amor divino, el altar del sacrificio, la mayor gloria de Dios.

¡Oh cruz de amor, yo te adoro; cruz que tienes á Jesucristo!

Ven: yo quiero abrazarte, llevarte y estimarte; tú serás quien presida mi vida de amor.

TERCERA MEDITACIÓN

La santísima voluntad de Dios.

El más breve, excelente y agradable camino para llegar á la santidad es la conformidad con la voluntad de Dios.—La cual conformidad viene á ser como una traducción práctica á los hechos de nuestra vida de aquella hermosa petición: «Hágase tu voluntad.»

A esta divina regla de la santísima voluntad de Dios debo pues acomodar mi vida.

I. Debe ser la regla suprema de mi espíritu: debo pensar, juzgar y desear según el pensamiento, el deseo y el juicio de Dios, y con eso estaré siempre en lo verdadero y en lo justo.

¿Qué dice, qué piensa sobre esta cuestión, sobre este asunto, Jesucristo? Tal es la primera ley de la prudencia.

¡Ah! ¡Cuántas veces me he equivocado en mis juicios por consultar sólo al mundo, al amor propio y á mi gusto!

II. A la santísima voluntad de Dios deberá arreglarse invariablemente en todo la mía. ¿Hay por ventura cosa más justa y razonable que el someterse la voluntad del siervo á la de un buen amo, la del niño á la de un buen padre?

Sólo es bueno, santo y perfecto lo que Dios quiere. La santísima voluntad de Dios es fácil va siempre acompañada de la gracia que todo lo torna ligero, suave y amable. Lo que Dios quiere de mí, eso es lo único que me es útil y conveniente.

—Dios ve mis necesidades, conoce mi flaqueza y elige siempre lo que mejor me conviene.

¿Qué resta, pues, sino que me aplique yo á conocer la santísima voluntad de Dios respecto á mí, y amorosamente cumplirla?

He aquí la norma de vida más sencilla y más acomodada á mis necesidades: ¿Qué es lo que Dios quiere actualmente de mí?

Su santísima voluntad conocerla he siempre por la ley del deber, de las conveniencias, de la caridad.

Inclíname siempre su gracia á su divina voluntad, y su amorosa Providencia prepara al efecto todos los medios y circunstancias favorables.

Así que Dios atiende á cuidar de mí como una madre atiende á cuidar de su hijito. Dios se ocupa en cuidar de mí lo mismo que si no tuviese en el mundo nadie más á quien regir y santificar. Dios, con providencia verdaderamemente maternal, no deja nada al acaso en mi vida: todo está previsto, preparado y pronto; sólo resta decir: «Hágase tu voluntad.»

¡Oh santa y suave ley! Desde este punto te tomo y escojo por divina norma de mi vida.

En todas las cosas habré de decir: «¿Qué quiere Dios?» Y añadir en seguida: «Pues yo también.»

III. Suprema ley del amor de mi corazón debe ser la voluntad de Dios.

Sólo debo amar lo que ama Dios, y amarlo porque Él lo ama, porque tal es su divino beneplácito.

Abrazaré, por consiguiente, cuanto me sobrevenga por la voluntad de Dios, sin mirar si esto ó lo otro agrada ó desagrada al mundo, atendiendo sólo á si place á Dios, si le es agradable, si le da motivo de gozo.

Y así descansará mi corazón sin miedo y sin tristeza en el amor de la divina voluntad y de su santo beneplácito.

Sólo estaré contento cuando pueda decir: «He cumplido la voluntad de Dios.»

Renuncio ¡oh Dios mío! á mi voluntad para dedicarme y consagrarme enteramente á la vuestra.

No quiero ya saber desear ni amar otra cosa fuera de vuestra santísima, adorabilísima y en todo amabilísima voluntad.

SEXTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Devoción á la Eucaristía.

Servir á Jesús: ahí están mi vida, mi gloria y mi felicidad.

¿Pero qué virtud, cuál estado de Jesús habrá de constituir el principal objeto de mi devoción, é imprimir á la misma su especial carácter? ¿Cuál escogeré entre los adorables misterios de la vida de Jesús? ¿Tomaré la niñez del divino Salvador en Belén, su vida humilde y oculta en Nazaret, ó bien concentraré, con San Pablo, toda mi ciencia y amor en Cristo crucificado?

Infinitamente bueno y amable se nos muestra Jesús en todos estos misterios; pero no constituyen ellos la hijuela especial que se me ha adjudicado, la gracia particular que de preferencia me atrae, el amor á que singularmente debo aplicarme. — Busco

sobre los misterios ya pasados, sobre todo hecho transitorio, á Jesús mismo, á su adorable Persona.

Quiero, como Magdalena, postrarme á sus pies y besarlos, ó emplearme en su servicio como Marta.

O mejor aún, servirle acompañando á la Reina de todos los servidores, á mi buena Madre la Santísima Virgen María.

Quiero vivir siempre con Jesús, para servirle siempre.

¿Y dónde esta Jesús, mi Salvador?—En los cielos y en el Santísimo Sacramento del Altar.—El cielo es para los ángeles y los Santos que han obtenido eterna corona. La Eucarístia para mí.

Jesús en el Santísimo Sacramento: tal es la hermosa y divina suerte que más especialmente me corresponde, la misma de la Santísima Virgen durante veinticinco años en el Cenáculo, la de las almas que supieron buscar el verdadero bien, la de los que aman á Jesús.

La Eucaristía: he ahí mi gozo, mi riqueza, mi casa, mi palacio, donde habita el Rey de mi vida, el Dios de mi corazón.

La Eucaristía: he ahí mi cielo en la tierra.—Acudiré ante este Santísimo Misterio como los ángeles y los Santos se postran en el cielo ante el trono del Cordero.—¡Cuánta es vuestra bondad, Dios mío, en haberme concedido tan excelente gracia, en haberme llamado á una vida tan llena de delicias y de santidad!

Para allanarme las dificultades me habéis libertado de la servidumbre del mundo, habéis quebrantado todos los lazos naturales que me sujetaban; me hallo libre y en disposición de emplear mi vida.

Para que pudiese consagrarla únicamente á Vos

en la Eucaristía, habéis venido velando sobre mí continuamente con paternal providencia; á fin de que descargado de toda ansia y cuidado temporal y de toda solicitud de la vida, pudiese consagrarme enteramente á ser del todo y en todo siempre vuestro.

Para hacer esta mi vida amable habéis puesto en mi corazón vuestra divina caridad, la gracia de la devoción *eucarística*, el atractivo, la necesidad, la ley de amor de la Eucaristía.

¡Oh Maestro bueno, Rabboni! ¿Qué os he hecho yo para que así me *prodiguéis tanto amor? ¿Qué haré* yo para corresponder á tanta bondad? ¿Qué podré devolveros por todos los beneficios que me dispensáis?—*Mi corazón y mi vida, que en Vos tendrán su* imán y su norma.

I. La Eucaristía será el imán de mi corazón; allí tendrá su vida, su inspiración, su reposo y su amor. Jesús lo ha dicho: «Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

Vos seréis ¡oh *Jesús amado! mi único tesoro.* No buscará ya mi corazón al Amado; que encontré al que ama mi alma: ni languideceré ya de amor por vuestra ausencia; que sé dónde hacéis morada.

Y ahora atraed hacia Vos ¡oh divino Amante de las almas! atraed hacia Vos todo cuanto en mi hay: mi entendimiento con sus pensamientos, mi corazón con sus deseos y afectos, mi voluntad con todos sus actos, mi cuerpo con todos mis sentidos, á fin de que no viva ya yo en mí sino en Vos.

II. Será también la Eucaristía norma de mi vida, pues que la regla, el deber de un servidor es únicamente servir al amo.

De suerte que habré de mantenerme ajeno de

cuanto no se refiera á servir al Señor Sacramentado; todo lo que no procure su gloria me será indiferente; todo cuanto le sea contrario tendrá en mí un capital enemigo.

¡Ah! ¿Cómo podría ver á sangre fría que se insulte y se ofenda á mi buen Dueño? — ¿Cómo pudiera serle jamás infiel? ¡Ah! no, nunca.

Antes al contrario le amaré y me emplearé en su santo servicio, siempre y en toda ocasión.

SEGUNDA MEDITACIÓN

La Eucaristía me llevará á la perfección.

Los que pretenden hacer gran papel en el mundo prepáranse largamente de antemano para presentarse con ciencia y experiencia muy cumplidas.— Para servir á un Monarca búscanse las gentes más hábiles y completas, y nadie va á hacer su aprendizaje entrando de golpe y rondón en el servicio de los Reyes.

¡Qué de gracias y virtudes en San Juan Bautista para prepararle convenientemente á su misión de Precursor! — Para que la Virgen María fuese la Madre de Dios, ¡con qué portentosas gracias la enriqueció la Santísima Trinidad!

Y ciertamente que para llegar á ser un digno servidor de Jesús ¿no debiera yo tener la pureza de los ángeles, la santidad del Bautista, el perfecto amor de la Santísima Virgen María? — ¡Y cómo, sin méritos, sin virtudes, sin amor osaré acercarme al Rey de la gloria, al divino Jesús!

Ten confianza ¡oh alma mía! ten confianza y no te desaliente el ver tu pobreza; no sean parte tus mi-

serias para que te alejes de Jesús, pues tus mismas faltas podrán servirte *de título* para ser objeto de su infinita bondad: Él ha dicho: «Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré» Jesús nos ha dejado en la Eucaristía un Pan para los débiles y para los fuertes, un remedio contra el pecado, un arma poderosa contra el demonio, y el perpetuo prodigio de su vida renovada, continuándose en este Misterio para sostén de los miembros enfermos y flacos de su cuerpo místico.

Ve, pues, á la Santa Eucaristía; acércate á Jesús, oculto bajo el velo de las especies sacramentales, Víctima perpetua de amor, Pan vivo que te presta vida; y allí, prosternado ante Él, encontrarás la gracia, la fuerza del bien, la luz y el amor.

Jesús es la verdad y la caridad.

El fuego purifica en breve el hierro tomado de orín, lo templa y lo convierte pocos instantes después en poderosa arma. Y asimismo si echamos en el fuego leña verde todavía y agua juntas, vemos que pronto aquel elemento la seca para incorporársela, y convierte luego la madera seca en un carbón ardiente.

Arroja, pues, todas tus miserias en esta hoguera del amor divino, como quien arroja la paja á las llamas. Lava tu manchada túnica bautismal en la pura y venerable sangre del Cordero de Dios, y saldrá de allí toda resplandeciente de blancura y de belleza.

Deja ¡oh alma mía! aquel camino por donde se va con lentitud al Cenáculo donde se consume todo el tiempo en preparación, resultando finalmente que no queda ninguno para Dios.

No te inquietes por adquirir desde luego todas las

virtudes, méritos y sacrificios de la santidad; comienza por lanzarte con alma y vida en el divino fuego del amor de Jesús Sacramentado; como la Esposa de los Cantares, como el discípulo amado en la noche de la Cena, ve á recibir á Jesús, ve á contemplar su amor y su bondad en la Santa Eucaristía; podrás entonces volar desde el Sagrario á todos los combates y arrostrar todos los sacrificios: tendrás en ti el amor, aquel amor que lo puede todo en Dios que nos conforta.

Mira cómo en un momento Jesús hace de Pedro pecador un gran Santo: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?—Señor, le dijo Pedro: tú sabes que te amo.» Y cuando á la tres preguntas ha respondido el discípulo con tres actos de amor, entonces está ya dispuesto para todo; Jesús le confiere su misión de Cabeza visible de la Iglesia y le revela su martirio... El amor le había preparado y el Santo llenó fielmente su ministerio.

La razón de esto es que el amor inspira, forma y perfecciona todo á la vez: así es que el que ama necesariamente procura imitar al amado. — Cual tu amor fuere, tu vida será.

TERCERA Y ÚLTIMA MEDITACIÓN

Vida eucarística de Jesús.

La equidad, mi interés, el amor piden que viva yo de la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento Norma y fin de mi vida ha de ser la suya.

Mirando la cual, vemos en ella dos caracteres bien marcados:

I. Es oculta.—«Verdaderamente Tú eres un Dios escondido», exclamaba Isaías, vaticinando el Misterio eucarístico. Así, pues, está allí el Señor bajo un velo.

De este mismo carácter participan también todas las virtudes y obras de Jesús en este divino Sacramento; á todos prodiga allí su bondad, los dones y gracias de su amor, y oculta la mano que los da y hasta el corazón que los ofrece.—Ejemplo con que me invita á hacer el bien teniéndole á Él solo por testigo y permaneciendo ignorado del mundo.

Échase de ver asimismo en el estado sacramental la santidad que en su vida mortal resplandecía, y continúa ofreciéndonos el modelo de las más admirables virtudes.—Allí está su pobreza completa: necesitase que el sacerdote le suministre la materia del Sacramento; necesitase un sagrario y un copón; Jesús trae la sola riqueza de su amor.—Allí su obediencia es continua, universal, perpetua, y nadie le ve obedecer —Su persona divina reside allí escudada sólo con la grandeza de su amor, sin tomar otra defensa contra sus enemigos, contra los sacrílegos profanadores.—Allí es de continuo místicamente crucificado, y nadie lo percibe: solamente la fe nos lo enseña.—Allí está, ejemplar perfectísimo de la santa pureza, sin que los velos eucarísticos nos permitan ver como irradia de su divino rostro la belleza de esta hermosísima virtud. Allí su maternal inagotable caridad, sin que nadie vea aquellas manos que están siempre repartiendo beneficios.

Para tener, pues, mis virtudes un sello eucarístico, deberán ser también así; sencillas y ocultas como las de Jesús en la Eucaristía.

II. Segundo carácter de la vida eucarística de

Jesús es ser una vida del todo interior con Dios. De modo que obra Él aquí en secreto.

¿Qué hace Jesús en el Santísimo Sacramento? No corren ya sus pies en pos de la oveja descarriada, no; pero la espera amorosamente y la llama porque su amor le ha hecho quedarse prisionero en el Sagrario á fin de que puedan hallarle siempre los hombres.

No resuena ya su voz en medio de las muchedumbres, en las plazas públicas, ni aun en su mismo templo. Su palabra es aquí secreta, íntima: quiere se preste oído atento á su interior coloquio y por consiguiente que reinen á su alrededor serena calma y profundo silencio.

La perfección del amor consiste más en escuhar que en hablar, en contemplar que en trabajar activamente.— Dígalo si no la Magdalena á los pies de Jesús.

Silenciosa es la oración de este divino Señor en su Sacramento santísimo: no suenan aquí, como un día en el Huerto de las Olivas y desde la cruz, los suspiros suyos. Ora Jesús anonadándose ante la majestad de su Padre celestial.

Ama; pero no se ve la llama de su ardiente caridad: siéntese sólo el influjo fuerte y suave de aquel divino fuego.

Desde la sagrada Hostia santifica al mundo, pero de una manera invisible y completamente espiritual.

Gobierna el mundo desde el sagrario como desde su trono, pero sin abandonar su divina quietud en Dios.

Tal debe ser el reinado de Jesús en mí: del todo interior, íntimo.

Reconcentrarme yo todo junto á Jesús: facultades

y alma y, en cuanto sea posible, también mis sentidos.

Debo vivir con Jesús en Dios y no conmigo: con él debo orar, con él inmolarme en su sacrificio, consumirme en un mismo amor; llegar á ser una misma llama, digamoslo asi, un mismo corazón, una misma vida en Jesus Sacramentado.





RETIRO TERCERO

DE OCHO DÍAS

SOBRE LA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

COMIENZO DEL RETIRO

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Fin que nos proponemos en este Retiro.

«La llevaré á la soledad, y la hablaré al corazón»: dijo el Espíritu Santo hablando con el alma que ama á Dios.

¿Y qué le hablará Jesús?—Dos cosas: 1.° Le manifestará su voluntad respecto á ella.

2.° La llamará á seguirle.—Son éstos los mayores testimonios de amor que puede dar Jesús á un alma.

I. Conocer la vocación á que la gracia del Señor me llama es para mí de la mayor importancia y de la mayor urgencia, como asunto de donde dependen mi salvación, perfección y perseverancia final, y, por decirlo de una vez, mi eternidad.

Y aquí, en el retiro, es donde Dios me mostrará de una manera clara, suave y fuerte su adorable y amabilísima voluntad.

Me lo ha prometido, y percibo interiormente en mí la prueba de ello: tiempo ha que me atrae y convida á esto; el pensamiento de hacer el retiro me sigue por todas partes; es que Dios quiere hablarme; pero quiere que al efecto me halle yo á solas.

Ea, pues, Dios mío, lo dejo todo, negocios, estudios, amigos, familia, y vengo á vuestros pies para oir y meditar vuestra divina palabra.

Vengo á ponerme, como San Pablo, enteramente á disposición de vuestra santísima voluntad, y á deciros sinceramente con él: «Señor, ¿qué quieres que haga?»—Y con David: «Para hacer tu voluntad: Dios mío, quíselo, y tu ley en medio de mi corazón.» Mas para oir bien la voz de Dios debo venir á la soledad, y mantenerme en un perfecto silencio, á fin de estar enteramente recogido en mí mismo; porque en mi interior es donde quiere Dios hablarme, en mi corazón donde quiere grabar su ley de amor; decoroso y necesario es, por lo tanto, que me esté yo, como quien dice, en casa, para recibir la visita de mi soberano Rey.

Desecharé, pues, todos los pensamientos y cuidados ajenos al retiro que emprendo: éste será mi única ocupación.

II. En el retiro me atraerá Jesús á sí: ¿y en qué forma?—Por la suavidad y la fuerza de su amor, que me dará gracia eficaz para cumplir su voluntad sabida.

Si Dios en su infinita bondad me llama á la vida religiosa, bendecirle he por ello como por una gracia la mayor de todas.—Mas para llegar á esa verdadera

tierra de promisión, hay que dejar el Egipto y sus bienes, hay que atravesar el desierto y conquistar esa tierra bendita en largos y rudos combates.

Procurará el mundo seducirme ó amedrentarme, la naturaleza rehusará los sacrificios, me dirá que tome tiempo, me pedirá espera, prometiéndolo todo, pero para más adelante.—Mi corazón mismo temblará ante tantos lazos que romper y tantas tempestades que arrostrar.

Sólo yo, no podría vencer, pero Jesús en el retiro me dirá estas dulces y amables palabras: Venid en seguimiento mío, venid á mí, y os daré la paz en este mundo y después el cielo.

Me llevará al Cenáculo y allí será todo para mí y yo todo para mi amado. — Y el amor me irá después perfeccionando.

Si, por el contrario, no me llamase Dios á la vida religiosa, me lo dirá así, y quedará en paz mi alma.

Le serviré lo mejor que pueda en el mundo; pero entonces tendré necesidad de más virtudes y de más fuerza para permanecer fiel en medio de tantos enemigos y en lucha con mi propia flaqueza: Dios me dará fortaleza y valor, pues que sólo su santísima voluntad busco.

Mas para que ni la carne, ni la sangre ni el amor propio se metan á jueces de mi vocación, me pongo desde este momento enteramente en manos de la gracia y la obediencia.

A Vos ¡oh María, Madre mía muy amada! consagro este retiro, el más importante de mi vida; dirigidlo Vos y asistidme en él á fin de que sea fiel á todos los ejercicios y logre recibir toda la gracia que los acompaña.

DÍA PRIMERO

PRIMERA MEDITACIÓN

De la salvación.

Dijo Nuestro Señor Jesucristo: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma, ó con qué cambio podrá el hombre rescatarla?»

Salvar mi alma, hacerme santo: este es mi gran negocio.

Ser rico, recibir honras, verse amado y servido, nada es todo eso; y hasta sería el mayor peligro y la peor desgracia, si eso viniere á ser para mí una ocasión de pecado y me hiciese descuidar mi salvación: ya que todo lo acaba la muerte.

¿De qué me servirá, en efecto, ante Dios haber sabido juntar dineros, haberme hecho grande y poderoso en el mundo, y haber podido proporcionarme todos los goces de la vida, si no he hecho nada por el cielo, si no he amado y servido á Dios, que es mi último fin?

Salvarme: ahí está mi primer deber: naderías y locura es lo demás, fuera de esto.

II. Asunto personal mío es este de salvar mi alma.—No puedo descargarme de este cuidado en persona alguna, ni compartirlo con nadie.

Trátase de hacer penitencia por los pecados que he cometido.—Trátase de corregirme de mis vicios, combatir mis pasiones, practicar las virtudes

de humildad, pureza, caridad y paciencia, las cuales no puede adquirirlas otro por mí.

Trátase de pagar á Dios mi deuda de justicia, y nadie puede pagarla por mí: nadie puede honrar, amar y servir á Dios en lugar mío.—Sólo yo soy quien debe hacer fructificar en mí la gracia divina y tejer con los méritos de cada día mi eternal corona. —«Lo que sembrare el hombre, eso también recogerá», nos dice Dios por San Pablo.

Así, pues, las virtudes de los demás no me constituirán virtuoso; sus victorias y sus triunfos ningún mérito me darán, y sí una gran vergüenza al tiempo de ser juzgado cuando el soberano Juez me diga: «Tú podías haber hecho lo que estos otros hicieron.»

III. Salvar mi alma es asunto urgente. Como que el plazo para él se limita á la vida presente, y ¡ay de mí! si al llegar la muerte no lo tengo conseguido: que pasó la hora de trabajar y llegó la de ser juzgado.

La vida es corta. — Debo, pues, darme prisa á reunir el precio de la corona del justo, no sea que la muerte me sorprenda á medio camino.

A cada instante puede, en efecto, asaltarme la muerte; que me sigue siempre contando mis días y mis pasos, marcados por el eterno é inmutable decreto del Criador.

Si la muerte me cogiese ahora, ¿están en regla las cuentas de mi administración? — ¿Me hallo dispuesto á comparecer ante el Juez?—¿Podría presentarme confiadamente como servidor bueno y fiel que ha cumplido la voluntad de su amo y que sólo recompensa espera de él?

¡Ay, Dios mío! *Patientiam habe in me, et omnia*

reddam tibi. «Ten un poco de paciencia, que todo te lo pagaré.» Unos cuantos días más de misericordia! Señor, y seré más fiel; voy á seguir este retiro para renovarme en vuestro santo servicio, para comenzar nueva vida y hacerme un santo.

¡Oh María, Madre de gracia, Madre de misericordia. A vuestros pies me postro, salvadme del peligro de perder el alma; ponedme en camino del cielo y guiadme para que allá llegue felizmente algún día.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Servir á Dios.

Dios me ha puesto, al crearme, este gran mandamiento: «Al Señor tu Dios adorarás y á Él sólo servirás.» «Teme á Dios, me dice, y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre.» *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies... Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo.*

Servir á Dios por amor: tal es mi grande y único fin en la tierra.

¿Qué deberes lleva consigo el de servir á Dios? Estos tres:

I. El primero tributar á Dios el homenaje de todo mi ser, alma, corazón, voluntad y sentidos: todo en mí debe honrarle y glorificarle como á Criador, Salvador y último fin mío. Y si así no lo hiciere, seré como tierra estéril, seré un hijo ingrato, pues que Dios me ha creado sólo para Él. — *Res fructificat domino.* «Al dueño pertenecen los frutos.» Debe, pues, ser Dios la soberana ley de mis pensamientos, de mis afectos y de mis acciones.

¿He vivido sólo para Dios?—¿He referido á Él todas mis acciones y afectos?

¡Ay de mí! Si cuento todos los pensamientos malos ó indiferentes que han ocupado mi alma, todos los afectos humanos, terrenos y hasta malos que han ocupado mi corazón, todas las acciones hechas sin relación á Dios, sin pureza de intención, por un motivo puramente personal ó malo, ¿qué viene á quedar de mi vida para el servicio de Dios?—¿Cuántos días ni aun cuantos años podré contar dedicados á su santo servicio?

En la hora de la muerte, ¿qué me quedará de esta vida tan ocupada, agitada y penosa?—¡Ay! Que tal vez me diga Dios: «Siervo inútil é infiel has sido tan solo; únicamente al mundo y al demonio, mis enemigos, has servido.»

II. Deber supremo es éste de servir á Dios; es á saber: tal, que cualquier otro deber natural ó civil debe subordinársele; y si el hombre me propone ó exige de mí algún servicio contrario al de Dios, me pide un crimen de lesa majestad, y viene á ser entonces mi más cruel enemigo.

A las prohibiciones y amenazas de los príncipes de los sacerdotes, estas palabras nada más respondió San Pedro: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus:* «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres.»

¿Cuál ha sido mi conducta en este punto?—¡Qué de veces he obedecido más bien á los hombres que á Dios! ¡Qué de veces por flaqueza, por temor de los hombres, por respeto humano, he quebrantado la ley divina, he sido infiel, me he avergonzado de Dios, mi soberano dueño! ¿Qué haré ahora en lo sucesivo?

III. El deber de servir á Dios es además imperioso y decisivo.

No soy libre para elegirme un señor, para darme una ley, para imponerme un fin diferente de los que Dios me ha señalado.

Obligado estoy á servirle, si quiero ser feliz en esta vida y en la otra: *Pax multa diligentibus legem tuam.* «Mucha paz para los que aman tu ley.» — «Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.*

¡Feliz necesidad la que me obliga á servir á un Dios tan bueno, amable y magnífico en sus recompensas!

Pero desdichado de mí si prefiero el servicio del mundo al de Dios: que seré en esta vida el más desgraciado y malvado de los hombres y en la otra tendré bien merecida la suerte de aquel siervo infiel, arrojado por la divina justicia á las tinieblas exteriores, donde es eterno el llanto y el crujir de dientes

¿Qué haré, pues?—Servir á Dios, adorarle en espíritu y en verdad; amarle de todo corazón; ser enteramente suyo, y suyo tan sólo.

TERCERA MEDITACIÓN

Conocimiento de sí mismo.

Conocer á Dios Nuestro Señor y á Jesucristo nuestro Salvador; conocer su verdad, su vida y su amor, tal debe ser mi primera ciencia.

Conocerme á mí mismo tal cual soy: tal es la primera virtud del cristiano, el primer paso hacia Dios.

1.° ¿Y qué soy yo? De mío nada soy: la nada, he ahí mi origen. Y la nada no es digna de estimación

ni amor: he ahí mi mérito. «¿Qué cosa tienes que no la hayas recibido, dice San Pablo, y si lo que tienes lo has recibido, ¿de que te jactas como si no lo hubieses recibido.»

2.° De mío nada soy en el orden espiritual: «Porque sin mí nada podéis hacer.» ha dicho Jesucristo. Por mí solo no podría tener un pensamiento conducente para la salvación, ni pronunciar fructuosamente el dulcísimo nombre de Jesús.— Ese es mi poder, ó sea, para expresarlo con exactitud, mi no poder.

3.° Algo hay, sin embargo, que puedo yo solo, pero algo espantoso y abominable; puedo pecar, ofender á Dios, quebrantar su santa ley, crucificarle en mi corazón, perseguirle, destruir su reinado en los demás.

Puedo, en una palabra, condenarme, á pesar de Dios y de su gracia, á pesar de su amor y su Redención.

¡Espantoso poder! He ahí lo que soy y lo que puedo. ¿Hay materia para envanecerme ó imaginarme que soy algo?

II. Esto en cuanto al principio de mi ser; pero consideremos ahora en qué situación me hallo.

1.° ¿Cuál es el estado de mi cuerpo en cuanto á las dotes naturales? ¿Es perfecto ó deforme? ¿Distinguido ó no? ¿Sano ó enfermo? ¿No tengo ya en mí aquel *Responsum mortis*, aquella seguridad de muerte que comienza el movimiento de caída del árbol que se derrumba?

¿Qué es lo que se echa de menos aún para la santificación de mi cuerpo, para que mis miembros vivan la vida de Jesús?

2.° ¿Cuál es mi carácter? ¿Vivo ó sosegado? ¿Tenaz ó débil? ¿Atrevido ó tímido?

¿Manda en mi conducta la cabeza ó el corazón?

¿Qué es lo que en mí domina? ¿El amor de la reputación, de la estimación de los hombres, de la gloria, de la ciencia?

¿O acaso el amor desordenado á los bienes de este mundo ó á alguna criatura?

¿O, finalmente, tal vez el amor de la comodidad, del bienestar, del regalo, de la independencia?

3.° ¿Cuál es la pasión dominante de mi vida?—¿Cuál es la pasión que, digámoslo así, inspira habitualmente mis pensamientos y mis deseos?

¿Cuál es el centro de mis afectos, la materia ordinaria de mis tentaciones?

¿Cuál es la causa ordinaria de la infidelidad á mis deberes, de mis pecados cotidianos?

¿Cuál es el objeto de mi tristeza ó mi alegría, de mis simpatías ó mis antipatías?

4.° ¿Cuál es mi habitual marcha en cuanto á la vida verdaderamente cristiana que debo hacer?—¿Cuáles mis oraciones diarias,—mis devociones particulares? ¿Sobre qué versa mi meditación ordinaria? ¿Qué método sigo?—¿Qué domina en mi meditación? ¿La reflexión ó el afecto? ¿Cómo me va ordinariamente en la oración? — ¿Qué fin me propongo y qué fruto saco?

¿Cuáles son mis resoluciones ordinarias? ¿Soy fiel á ellas?

¿Hago con fidelidad examen de conciencia y el examen particular?

¿Qué frecuencia tengo de Confesión y Comunión? —¿Qué método sigo en estos actos?

5.° ¿Tengo un atractivo de gracia? ¿Cuál? ¿Y cuál es mi devoción especial?

¿Qué devoción tengo al Santísimo Sacramento y á la Santísima Virgen?

6.° ¿Tengo mi alma en paz? ¿Estoy contento de Dios y lo está Dios de mí? *Pax hominibus bonae voluntatis.* «Paz á los hombres de buena voluntad.»

DÍA SEGUNDO

Hallarse en estado de gracia.

La primera condición para salvarse y corresponder á la dignidad de cristiano es hallarse en estado de gracia.

I. Sin esto son estériles para el cielo todas las buenas obras, y no tendrán recompensa en él; faltando eso no están tales obras escritas en el libro de la vida: no pasan de obras moralmente buenas y recompensadas en este mundo de las cuales dijo San Pablo: «Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles y no tuviera caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe.—Y si tuviere profecía y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber: y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy.—Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad, nada me aprovecha» (1).

Tal es la primera regla de la salvación. Tristísima verdad ésta para quien esté en pecado mortal! ¡Inútil es su vida para el cielo; no tiene más que apariencia de vida!

Escribe al angel de Sardis, dice Jesucristo: «Yo

(1) I Cor., XIII.

conozco tus obras, y que tienes nombre, que vives y estás muerto.»

Y al ángel de Laodicea: «¿Por qué dices: Rico soy y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo? (1)»

¡Ay! Que tal he sido ante Dios cuando desgraciadamente estuve en estado de pecado.

¡Qué irreparables pérdidas para mí! Sembré vientos de soberbia y amor propio: ¿qué me queda ante Dios?—¡Ay de mí! tempestades...; pero, mejor dicho, me queda únicamente la misericordia de Dios.

II. Sin estar en gracia no puede darse verdadera virtud; le falta la vida y es sólo un cadáver de virtud; fáltale la vida espiritual, no la embellece el amor divino ni la corona el cielo: *Magni passus, sed extra viam,* decía San Agustín de las virtudes morales de los romanos: «Grandes pasos, pero fuera del camino.»

¿Qué es una virtud? Es la vida de Jesucristo en nosotros, el triunfo de su gracia y de su amor sobre nuestra concupiscencia.

Ahora bien: el estado de pecado mortal es el triunfo de esa concupiscencia sobre la virtud, del amor á sí mismo sobre el supremo amor á Dios, de nuestro hombre viejo sobre el hombre nuevo.

El hombre viejo en nosotros es naturalmente soberbio, sensual y ambicioso.—Sólo Jesucristo hace á los hombres humildes, castos y generosos.

III. En quien no está en gracia, no hay amor sobrenatural de Dios, pues que el pecado mortal com-

---

(1) Apoc., III.

bate directamente la ley divina, la pisotea; desprecia la justicia y la bondad de Dios: y el pecador crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, como así nos lo dice San Pablo.

Y claro es que la denominación de siervo bueno no puede cuadrar á un rebelde, enemigo, asesino y traidor.

Sin la gracia de Dios no hay paz ni dicha ni en este mundo ni en el otro.

El pecado es un veneno, es un crimen de lesa majestad, que lleva ya consigo su sentencia de condenación, y recibe ya su suplicio en este mundo. — ¡Oh! Cuán desgraciado es quien vive alejado de Dios, sujeto á la tiranía del demonio y de sus propias pasiones! ¡Horrorosa esclavitud!

¿Y qué cosa es el infierno?—Es el castigo eterno del pecado mortal;—un remordimiento que no muere;—un estado de maldad eterno.

De suerte que mi mayor enemigo es el pecado mortal; mi mayor mal el pecado mortal. Debo, pues, tenerle odio sumo, combatirle con fortaleza, morir antes que cometerle.

El estado de gracia es, pues, mi soberano bien, porque torna mi vida fructuosa para la eternidad; me colma de bienes, me corona de gloria, me hace ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo, otro Cristo: *Christianus alter Christus.*

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida sobrenatural.

Tres vidas se presentan á la consideración del hombre.

La de los sentidos, que es la vida animal,—la vida de la razón, cuyo fin es el honor y sabiduría terrenales;—y la vida de la fe, que es la vida sobrenatural, la vida del justo.

Veamos, pues: ¿qué cosa es esa vida sobrenatural?

I. Esta vida sobrenatural viene de Dios, de la gracia, y no de la naturaleza; viene de aquella gracia que nos pone en estado de caridad y de vida ante Dios. Esta gracia santificante es la que justifica nuestra alma culpable, pero humillada y arrepentida: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.*

Toda alma tiene á su disposición esta gracia santificante; es la gracia de la contrición y del sacramento de la Penitencia recibido efectivamente ó deseado.

¡Oh! ¡Cuán bueno es Dios que ha puesto en mis manos la gracia de mi perdón!

Puedo, por el uso de los sacramentales, obtener yo mismo el perdón inmediato de mis pecados veniales, y por la contrición perfecta el perdón de los pecados mortales mismos.

Puedo, pues, hallarme siempre de una manera actual en estado de gracia, en la primera condición de la vida sobrenatural que obra y merece para la vida eterna.

¡Ah! ¿Y cómo podría yo con tan grandes medios de salvación permanecer en pecado?—¡Cuán ingrato sería entonces, y cuán culpable!

II. Quien vive esta vida sobrenatural, trabaja para Dios.

El estado de gracia me hace, en efecto, hijo de Dios y heredero del cielo; pero no basta para el mérito sobrenatural: menester es además trabajar para Dios por una intención pura, que tenga por fin á Dios, su santa ley, su divina voluntad, su gloria ó algún otro motivo de fe.

Esta sobrenatural intención debe ser habitual por lo menos, si ya no actual. Cuanto más pura y perfecta sea, tanto más grande ante Dios será la acción, por pequeña ó baja que en sí misma ó á los ojos de los hombres fuere.

¡Ay! ¡Qué de acciones he desperdiciado por culpa mía!—Con un pensamiento que hubiese añadido, las hacía ser de importancia en el divino servicio, mientras que se quedaron en puramente humanas.

Y pues que el valor de la vida ante Dios se mide por lo sobrenatural que en ella florece, ¡cuán poco ¡ay de mí! cuán poco he vivido!

III. La perfección de la vida sobrenatural es el vivir en Dios.

Necesita el hombre un centro de vida en que descansar, fortalecerse, alegrarse y animarse á mayores empresas.

El hombre de los sentidos vive de sensaciones; el hombre natural vive en los bienes naturales: mas el justo vive en Dios.

Jesucristo ha dicho: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y Yo en él.»

Y por San Pablo sabemos que *Qui adhaeret Do-*

mino unus spiritus est. «Quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu.»

Conócese que un alma tiene por centro á Dios, cuando la verdad de Dios hace su alegría, la voluntad de Dios su felicidad; cuando el amor de Dios es el inspirador, la rueda maestra, la gran virtud de la vida de esa alma.—Entonces reina Dios en ella. *Anima justi sedes est Dei,* dice San Gregorio: «morada de Dios es el alma del justo.»

¿Dónde están los pensamientos, los deseos, los placeres de mi corazón? Allí está mi tesoro...

TERCERA MEDITACIÓN

Combates de la vida sobrenatural.

Tres enemigos tiene en mí la vida espiritual, que de continuo la hostilizan y quieren servir á la vida de los sentidos.

El demonio, el mundo, y la carne.

I. El demonio, irreconciliable enemigo de Dios y los hombres, me tienta habitualmente, me excita á la rebelión contra Dios; me tienta por la soberbia que le es connatural, por los sentidos y por las criaturas.

Quiere sumirme en la idolatría de alguna cosa.

Como enemigo invisible, me ataca de improviso; enemigo terrible, pues posee la ciencia de perder las almas; enemigo pérfido, halaga las pasiones y seduce al hombre con falsos bienes; enemigo astuto, se transfigura en ángel de luz para engañar al hombre con la apariencia del bien.

Ese es mi enemigo, Satanás; pero con la gracia de

Dios soy más fuerte que el enemigo:—puede éste tentarme, pero nunca llevarme á la fuerza.

¿Qué conducta debo seguir contra él?

1.° Descubrir sus ocultas emboscadas, - desenmascararle.

2.° Combatirle por la fe.

3.° Armarme de la oración y acudir á la protección de la Santísima Virgen.

II. Mi segundo enemigo es el mundo.

Este es las más de las veces instrumento del demonio.

Es un enemigo más peligroso todavía; porque con él vivo y con él tengo roce por mi naturaleza, mis relaciones y mis deberes.

Mas el mundo es enemigo de Jesucristo.

Es enemigo de su verdad, con las falsas máximas que pregona, pues rechaza los misterios de Jesucristo, las verdades opuestas á las pasiones.

Es enemigo de sus virtudes, pues no quiere la humildad, la castidad, la penitencia de Cristo.

—Es enemigo de su amor, pues quiere poder amar, en competencia con Jesús, las criaturas, los goces y los honores de la vida.

¡Oh y cuán pérfido es el mundo! Complácese en arruinar las virtudes cristianas, y mira como un triunfo el haber esclavizado, corrompido y deshonrado á un cristiano.—¿Qué haré para habérmelas contra él?

1.° Estar en guardia contra el mundo incrédulo, impuro, impío, ecléctico ó indiferente.

2.° Mantenerme firme en las convicciones religiosas, y sostener la gloria de Jesucristo Nuestro Señor; no avergonzarme jamás de Él, antes bien tener á mucha honra ser cristiano.

III. Mi tercer enemigo soy yo mismo. ¡Ah! Éste es el más terrible de todos.

Una cadena, como la de un galeote, ata al hombre espiritual de Jesucristo al viejo hombre de Adán, y estos dos hombres se hacen en mí intestina y continua guerra.

Levántanse los sentidos contra el espíritu, el placer contra el deber, el goce de los bienes presentes contra la mortificación de Jesucristo; y lo más triste es que el hombre viejo en mí está en connivencia con el mundo y el demonio: parte de mi propio ser me hace traición.

Vengo á ser yo mismo un perpetuo campo de batalla. Combate rudo éste que hacía exclamar á San Pablo: «¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?» Y pone de respuesta: «La gracia de Dios por Jesucristo.»

Para ser siempre dueño de sí mismo decía: «Mas castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre»: lo sujetaba á la ley de Jesucristo.

Pues he ahí lo que debo también hacer yo.—«Mandar en mis sentidos, en mi corazón y en mi espíritu; —gobernarlos como con el timón rige el piloto su nave; —dominarlos como domina un Rey sobre sus súbditos.

Pero ¿y por qué medios?—Por el soberano amor de Jesús, que ha de reinar en mí donde antes reinaba el amor propio.

DÍA TERCERO

PRIMERA MEDITACIÓN

El sacerdocio.

I. No hay en la tierra dignidad que iguale á la del sacerdote.

Supera á la de los Reyes.—Su imperio se ejerce sobre las almas;—sus armas son espirituales;—sus bienes, divinos;—la gloria suya, la de Jesucristo mismo.

Divino es su poder.—Los sacerdotes regeneran las almas para la gracia y la vida eterna.—Tienen las llaves del cielo y del infierno.—Tienen poder sobre el mismo Jesucristo, quien á su voz desciende cada día sobre nuestros altares.

Tienen encomendado por Jesucristo amplio poder de indulto.—Pueden perdonar todos los pecados, y Dios ha prometido ratificar sus sentencias en el cielo.

¡Oh poder formidable y divino, que hasta á Dios alcanza su imperio!

Al sacerdote le sirven los ángeles;—tiembla ante él el demonio; mírale la tierra como ministro de salvación, y el cielo como príncipe que le conquista elegidos.

Jesucristo le ha elevado á ser otro Cristo; un Dios por participación, digámoslo así; un órgano por donde se ejerce sobre el mundo la acción de Jesucristo.

II. El estado del sacerdocio es el más santo.— La vida debe guardar relación á la dignidad.

¡Cuán *pura* debe ser la vida del sacerdote! Más pura, dice San Juan Crisóstomo, que los rayos del sol, porque un sol debe ser él mismo: *Vos estis lux mundi.*

Más incorruptible que la sal que preserva de corrupción las demás substancias: *Vos estis sal terrae.*

Más casto que las vírgenes: ángel en cuerpo mortal debe ser el sacerdote y como muerto ya á toda concupiscencia.

Grande á proporción de su dignidad habrá de ser también su *humildad;* porque todo lo que le ensalza, de Dios es; y todo lo que le rebaja, de sí propio; ya que el hombre por sí propio es solamente miseria, pecado y nada.

Su *caridad* debe ser grande como el mismo Dios, que le ha hecho únicamente ministro suyo de caridad y de misericordia en la tierra.

Su *mansedumbre* debe ser como la de su buen Maestro, á cuyo nombre unían el de la suavidad los pueblos, y á quien amaban los niños, como á la bondad misma. Imagen viviente de Jesucristo debe ser el sacerdote, de suerte que venga á decir á todos con San Pablo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi!*

III. El ministerio del sacerdote es el que más gloria da á Dios.

1.° El sacerdote completa la creación divina, elevando al hombre hasta Dios, y restituyéndole á la imagen y semejanza divinas, que el pecado había manchado y destruído en él: *Recreati in Christo Jesu;* somos por su ministerio regenerados en Jesucristo.

Levanta las ruinas de este magnífico edificio y

lo reconstruye en obra maestra de la gracia, objeto de las complacencias de Dios.—Bautizado el hombre, tórnase hijo de Dios: santificado, vuelve al honor de ser miembro sano del cuerpo místico de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

2.° El sacerdote continúa la misión del Salvador en la tierra.

En el altar continúa y lleva á cabo el sacrificio del Calvario, y aplica á las almas los divinos frutos de salvación que de allí brotaron.

En el confesonario purifica las almas en la sangre de Jesucristo, las regenera á la santidad de su amor.

Desde el púlpito anuncia su verdad, su evangelio de amor. Hace reflejar sobre las almas los rayos de aquel Sol divino que ilustra y anima á los hombres de buena voluntad.

Ante el Sagrario adora el sacerdote á Dios oculto por amor, como los ángeles le adoran en la gloria.—Ruega allí por el pueblo, y es poderoso mediador entre Dios y los infelices pecadores.

En el mundo es el sacerdote el amigo de los pobres, el consolador nato de los afligidos y de los enfermos, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem, o homo Dei!*

¡Qué hermosa y amable misión la del sacerdote! ¡Hacer reinar la verdad, la santidad, el amor de Dios en la tierra,—hacer bien á los hombres!

Pero ¡cuán santo debe ser el sacerdote para servir dignamente al Dios de la santidad, y no perderse como el ángel, ensoberbeciéndose de su dignidad!

¿Cómo adquirirá esta sobresaliente santidad?—Por Jesucristo.

Jesucristo ama á sus sacerdotes; lès prodiga todas sus gracias y favores.

Vuela el águila con más facilidad y con mayor poder que un pajarillo: en sus alas está su fuerza: la del sacerdote en el amor supremo de Jesucristo, su Señor.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Servir á Jesucristo.

De Jesucristo viene el sacerdote; tal es su divino origen: cuanto tiene y posee viene del amor del Salvador, á quien por lo mismo debe referir la gloria de todo ello: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.*

El sacerdote es del todo para Jesucristo.—Tal es el fin del sacerdocio, el fin de todas las gracias de su excelsa vocación: *Vos autem Christi, Christus autem Dei.* Debe, pues, estar del todo al servicio de Jesucristo, su amabilísimo Señor, como un servidor bueno y fiel.

Tres cualidades requiere este servicio de Jesucristo.

I. La primera, el estar desprendido del mundo. Porque no es posible servir á un tiempo á dos señores, y á dos señores tan opuestos como lo son Jesucristo y el mundo.

Debe, por consiguiente, el sacerdote hallarse muerto á la gloria, placeres, bienes y afectos terrenales. Su gloria, placeres, bienes y afectos están solamente en Jesucristo: *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, propterea odit vos mundus* (1).

---

(1) Joann., XV, 19.

¿Amo todavía al mundo? ¿Me ocupan y complacen aún su gloria, sus placeres, sus bienes y afectos?—¿Me ama á mí el mundo?—¡Ay! Entonces, ¡desdichado de mí! soy un sacerdote del mundo; no tengo aquella cualidad del sacerdote de Jesucristo que consiste en estar muerto al mundo y vivir escondido con Jesús en Dios: *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (1).

II. La segunda cualidad de un sacerdote de Jesucristo es consagrarse exclusivamente al servicio especial de Jesucristo, al cumplimiento de su santa voluntad y de los deberes del sacerdocio.

El estudio de la santa Ley de Dios debe ir, pues, para él ante todo otro estudio, y excluir todo estudio contrario, peligroso ó inútil para el fin del sacerdocio.—Sería, pues, harto reprensible é indigno el sacerdote que lo supiese todo menos lo concerniente á Jesucristo, las Sagradas Escrituras, la Teología y Cánones.

El sacerdote debe estar exclusivamente consagrado á su sagrado ministerio. —Pues que todo se sujeta al servicio del Rey, todo desaparece ante Él.

El servicio del prójimo no debe ir sino después del de Jesucristo: al criado se le sirve después que al Amo: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus*, dijeron los Apóstoles, poniendo en primer lugar entre sus deberes, y antes que el ministerio exterior, el deber de la oración.—Así, pues, las primeras atenciones del ministerio sacerdotal son la oración, la santa Misa, el Oficio divino, la unión á Jesucristo.

---

(1) Coloss., III.

¡Qué de veces ¡ay! he trabajado yo fuera del campo de mi sacerdocio! *Magni passus sed extra viam!* — ¡Cuántas veces he dejado al Amo por los extraños!—¡El servicio de Dios por el del mundo!— ¿Qué me dirá el soberano Juez?

III. La tercera cualidad del sacerdote es el dedicarse con entera devoción á la gloria de su Señor por la renuncia y sacrificio de su propia gloria: *Oportet illum crescere, me autem minui.* «Conviene que él crezca y que yo mengüe», decía de Jesucristo San Juan.

Trabajar bien y no esperar más recompensa que la de haber servido á un Señor tan bueno:

Padecer mucho en su servicio, y no querer otro consuelo que el de pertenecer á tal Amo:

Sacrificarlo todo á su servicio, y no querer otro premio que á El mismo: he ahí la vida del buen sacerdote de Jesucristo.

¿Es esa mi conducta? ¿Pongo en eso el deseo? ¿Tengo ahí mi felicidad? ¿Sí? En tal caso para mí se dijeron aquellas palabras: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.*

TERCERA MEDITACIÓN

Espíritu de Jesús en el sacerdote.

El sacerdote debe vivir del espíritu de Jesús: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.—Spiritus est qui vivificat.—Si quis spiritus Christi non habet, hic non est ejus* (1).

(1) Rom., XIII.

Y el espíritu de Jesús es espíritu de verdad y de amor.

I. Espíritu de verdad.

—Jesucristo vino á disipar, como altísima lumbrera divina, las tinieblas del error.—A todos predicó la verdad; dió testimonio fiel de ella, y selló ese testimonio con su sangre.—Él es la verdad: *Ego sum veritas.* —*Ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati.*

He ahí la regla, la misión, la corona del sacerdote: la mía. Debo vivir de la verdad de Jesús; ella ha de ser la invariable é inflexible regla de mi vida: *Vos estis lux mundi.* La verdad es mi vida, y ella debe ser mi alimento de cada día en la meditación y en el estudio de las ciencias sagradas.

Jesucristo me ha puesto para apóstol, defensor, testigo, y ojalá también para mártir de su verdad. —No debo, pues, avergonzarme de ella, que sería avergonzarme de mi Señor, abjurar mi sacerdocio y mi fe.—Debo, pues, anunciarla intrépido en su vigor y pureza, así á los grandes como á los pequeños, así en la paz como en la guerra: *Vos eritis mihi testes.* —La verdad es mi espada de dos filos, el cetro real de mi sacerdocio.

Para mantenerme siempre fiel á la verdad preciso es que le tenga amor, que de ella viva y esté dispuesto á morir por ella.

II. El espíritu de Jesús es un espíritu de amor.— Jesús es el amor divino en forma humana, hecho visible y sensible.

1.° Lleno de mansedumbre y misericordia se nos ofrece el amor de Jesús: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus... Discite á me quia mitis sum, et humilis corde.*

¡Oh cuán manso y paciente conmigo ha sido este

corazón de Jesús cuando yo le ofendía y no le amaba!—¡Cuán compasivo y caritativo cuando yo era infeliz por mi culpa, habiéndome alejado de él!—¡Con qué afecto paterno y hasta con qué miramientos me ha perdonado!

Así debo yo portarme con los demás; que no haré en ello más que responder á las bondades que primero ha usado Jesús conmigo, y á lo que, en cambio, por reconocimiento me pide.

2.° El amor de Jesús es generoso; me da cuanto tiene: su verdad, su gracia, su gloria, su vida, su muerte.—Me da cuanto es en el Santísimo Sacramento del altar, sin reservarse nada.

¡Oh qué amor! ¿Quién ama así? ¿Quién puede amarme como me ha amado Jesucristo? ¿Qué haré yo por Él?—Le daré todo cuanto tengo, me daré á mí mismo: *Dilectus meus mihi et ego illi.*

3.° El amor de Jesús es fuerte como la muerte: *Fortis est ut mors dilectio.*

Para probármelo ha querido padecer hambre, sed, pobreza, desprecios y humillaciones.—Ha querido padecer el dolor, darme su sangre toda, morir en una cruz en medio de dolores y desamparo y de las maldiciones de todo su pueblo.—Y á mí era á quien miraba en esto su amor: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Menester es, pues, que yo padezca también por el amor de Jesús, si quiero probarle que mi amor es sincero y desinteresado.—Menester es que abrace la cruz de Jesús, que me crucifique en esa cruz y que quiera ser en la misma crucificado por Dios y los hombres, y que en ella muera por amor suyo: *Quis me separabit a charitate Christi?—Sed in his superamus propter eum qui dilexit nos.*

DÍA CUARTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Servir á Jesucristo siguiendo los ejemplos de María Santísima.

Participando el sacerdote de la dignidad de María, le corresponde también compartir sus deberes y servir á Jesucristo como le sirvió la Santísima Virgen.

La cual ha servido á Jesús con grande espíritu de pureza y de amor.

I. Espíritu de pureza de María Santísima.—María fué inmaculada ya en su creación, porque Dios no puede habitar en un corazón impuro: *Qui pascitur inter lilia.*

Pues también Dios me ha santificado antes de elevarme al sacerdocio, por el cual vengo á ser como padre de Jesucristo: *Sacerdotes parentes Christi.* Jesucristo cada día encarna, como quien dice, en manos del sacerdote, á la manera que encarnó en las purísimas entrañas de la Virgen María. «Santo debe ser el sacerdote—dice San Agustín,—pues que coloca sobre el altar y lleva en sus manos al Dios tres veces Santo.»

María se conservó siempre pura y sin mancha; sirvió á Jesús como lo requiere el Profeta: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo? Innocens manibus et mundo corde.*

Para servir dignamente á Jesucristo debo, pues, conservarme en estado de gracia, limpio de pecados.—Debiera tener, si posible fuese, la pureza de los ángeles que le sirven en la gloria.

La pureza de conciencia, la pureza de vida debe ser mi virtud maestra, que de ella toman las demás su fuerza y hermosura.—Sin ella son las más sublimes virtudes un mero cadáver de virtud, y nada valen las más heroicas acciones.

Necesario es, pues, de toda necesidad el mantenerme puro, para que pueda atreverme á acercarme al santo altar á ser mediador entre Dios y los pecadores.—Preciso es que yo sea puro para purificar á los demás.

¿Cómo me hallo respecto á esta pureza tan propia del sacerdote?—¿La he conservado, embellecido, adornado y perfeccionado como María?—¿Constituye en mí esa pureza un hábito de vida y de estado? Necesario es que así llegue á suceder, pues que soy sacerdote de Jesucristo.

II. Espíritu de amor en María Santísima.—María ha servido á Jesús con el más puro, devoto y desinteresado amor, amándole y sirviéndole por ser Él quien es.

Con el amor más devoto, compartiendo sin quejarse todos sus dolores.

Con el amor más desinteresado, no mirando sino á su beneplácito, sin buscarse á sí misma.

Tal debo yo servir á mi Señor Jesucristo.—Debo servirle no como mercenario, sino como hijo, como un buen servidor cuyo solo interés y deseo es la mayor gloria del amo. Debo consagrarme al servicio de Jesús sin desanimarme por las dificultades, fracasos, humillaciones, persecuciones y padecimien-

tos.—María ha seguido á Jesús hasta el Calvario. Debo ser desinteresado en el servicio de Jesús.—Soy sacerdote, no para adquirir bienes de fortuna ó hace fructificar mis haberes, ni para gozar comodidades, sino únicamente para trabajar en el reinado de Jesucristo en las almas, en hacer que sea conocido, amado y servido, y deseando por toda recompensa la de los confesores y de los mártires: servir es reinar.—Consigo lleva su recompensa el amor. Harta felicidad tiene quien ama á Jesús y es de Él amado.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Dos clases de servidores.

Dos clases de servidores tiene Dios: sírvenle los unos en el mundo, los otros en la vida religiosa.

I. Los primeros sirven á Dios en la posesión de sus bienes, de sus caudales: pueden trabajar para adquirirlos, pero con justicia y equidad.

Los segundos sirven á Dios por la renuncia de las cosas del siglo, despojándose de sus bienes: dan á Dios, no sólo los frutos, sino también el árbol mismo que los produce.

Sírvenle, no como mercenarios, sino como hijos, sin otra ambición que la gloria de servirle, sin más recompensa que Él mismo.

Practican al pie de la letra aquellas palabras de Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: y ven, sígueme.»

Y en este mundo tendrán el céntuplo prometido á los que todo lo dejan por su amor.

Y Dios será su maternal providencia, que les vestirá y alimentará con tanto cuidado al menos como suelen hacer un buen padre y una buena madre.

II. Los primeros sirven á Dios en la libertad de su voluntad: conságranle los actos, pero no la propiedad de ella.

Los segundos dan y dedican á Dios su libertad y su voluntad, para servirle en la santa obediencia por amor de Él.

Es el mayor y más perfecto sacrificio del hombre. — El de Jesucristo que obedece hasta la muerte, y muerte de cruz.

Es el cumplimiento de la abnegación evangélica como la requiere Jesucristo, de quien quiera ser su discípulo. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese á sí mismo.»

Tales son los pobres de espíritu á quienes promete Jesucristo la bienaventuranza. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» El reino de los cielos en este mundo es la paz y el gozo en el Espíritu Santo.—Quien vive en obediencia corre de victoria en victoria, de mérito en mérito. Llena del todo es ante Dios su vida, porque va siempre encauzada por la voluntad de Dios.

III. Los primeros sirven á Dios gozando con sobriedad de los placeres de la vida.

Los segundos le sirven por la mortificación continua en la misma sobriedad. — No dan al cuerpo más que lo necesario respecto á sueño, descanso, alimento y cuidados de la vida. Reducen, como el Apóstol, su cuerpo continuamente á la servidumbre de la virtud. Dan á sus sentidos sólo la libertad del bien, y, en una palabra, se esfuerzan para estar

siempre ante Dios como una hostia pura, santa y agradable á sus ojos.

Dan á su corazón sólo la libertad de amar á Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

No quieren ya más nada para ellos, ni estima, ni afecto personal, ni favores, ni protección, ni dádivas, ni recuerdos humanos.

Amar á Dios es su vida.

Ser amado de Él, su único deseo.

Poseerle, su única ambición.

Aman la vida sólo porque glorifica á Dios; la tierra sólo porque les es un calvario de amor, y el cielo sólo para alabar y bendecir allí eternamente á Dios.

TERCERA MEDITACIÓN

Sacrificios de la vida religiosa.

¿Qué condición nos pone Dios para alcanzar su reino en la vida religiosa? Dejarlo todo por amor suyo.

Debe, pues, quien quiere llegar á ser verdadero discípulo de Jesucristo:

I. Renunciar á la vida civil; es á saber, no tener ya nada propio, estar muerto al mundo.

No tener ya nada propio es reducirse á la situación de un pobre que no tiene nada, nada puede adquirir y vive recibiendo limosna y dando las gracias.—Es el religioso un pobre voluntario á quien la Religión alimenta y sostiene por amor de Jesucristo.

Estar muerto al mundo es no querer vivir ya en su estimación, su afecto, sus honores, sus placeres; es vivir como extranjero y desterrado en la tierra.—Mas ¡feliz pobreza que nos liberta de la esclavitud

de los bienes del mundo, para que seamos enteramente de Dios! ¡Feliz pobreza que nos hace amigos y hermanos de Jesucristo!

Es éste aquel amor perfecto que dice á Dios: — «Os amo, Dios mío, sobre todos los bienes, sobre todos los honores, sobre todas las posiciones brillantes de este mundo, á todo lo cual renuncio por amor vuestro.»

Y Jesucristo responde: «Yo te daré el céntuplo en este mundo, y seré Yo mismo tu recompensa en el otro.»

II. Para ser religioso es además preciso abrazar la continencia y llevar una vida angélica en un cuerpo propenso al pecado.

Y para conservar esta castidad pura y fuerte es preciso abrazar la mortificación de Jesucristo, no dar al cuerpo sino lo necesario, vivir sobriamente, tener á raya los sentidos bajo la ley de la modestia de Jesucristo. — No tener más amor que el de Jesucristo ó el del prójimo, pero en el amor de Jesucristo.—Renunciar, por consiguiente, á toda amistad puramente natural, y con más motivo á las que pudieran tornarse culpables. «Porque estáis ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»: dice San Pablo.

Pero ¡feliz vida que hace del alma pura el paraíso de delicias de la Santísima Trinidad!

III. El religioso perfecto tiene que constituirse bajo obediencia y renunciar á su propia voluntad por amor á Dios. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo»: dice Jesucristo.

Renunciarse á sí mismo es renunciar uno á su espíritu propio, á su juicio, á sus gustos, á sus propios deseos para seguir como un niño la divina ley de la

obediencia. — Vemos aquí el holocausto total del hombre, un sacrificio siempre nuevo, una inmolación en que se renueva siempre la cruz.

Pero vemos también el amor de Dios siempre activo. Vemos la excelsa virtud del Salvador que en toda su vida dijo palabra ni ejecutó acción que no viniesen pasadas por el tamiz de la obediencia.

Y en la santa obediencia encuentra el religioso toda suerte de gracias, duplica sus méritos, vive en el estado más perfecto y goza de una paz y libertad de espíritu deliciosas.

IV. *La vida del religioso tiene que sujetarse á la regla.*

Reguladas y determinadas están todas sus acciones, y cogidas sus horas para el servicio de Nuestro Señor.

Sus comidas, como sus horas de descanso, están marcadas por una ley: vemos siempre en él al servidor en servicio de su amo ó dispuesto á lo que le mande. Está como los ángeles del cielo siempre ante el trono de Dios, en actitud de tender el vuelo á la menor señal de su voluntad.

¡Feliz servidumbre que no deja tiempo para la pereza y la sensualidad de la vida! ¡Dichosa esclavitud que hace nuestra vida enteramente de Dios!

Regla bendita: es para el religioso la voz de Dios llena de gracias, colmada de amor.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Gracias de la vida religiosa.

Por maravilloso modo enumera las gracias de la vida religiosa San Bernardo: *Haec est religio sancta, pura et immaculata, in qua homo vivit purius, cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frequentius, quiescit securius, moritur fiducius, purgatur citius, praemiatur copiosius.*—«Religión pura, santa, inmaculada es ésta en la cual vive el hombre con más pureza,—cae más raras veces,—levántase más pronto,—camina más prevenido,—recibe más á menudo el rocío de la gracia,—descansa más seguro,—muere más confiado,—se purifica más en breve de sus pecados—y recibe en el cielo mayor recompensa.»

1.° *Vivit purius.*—Vive el religioso con más pureza que los que están en el siglo, porque se halla lejos de las vanidades, seducciones y escándalos del mundo, y vive tan sólo para Dios como los ángeles en el cielo.—Muerto al mundo, vive ya sólo en Dios con Jesucristo.

2.° *Cadit rarius.*—Cae más raras veces en el pecado, porque no tiene tan fáciles las ocasiones, y se halla sostenido en el bien por tantas gracias y buenos ejemplos.

Cae más raras veces en la tibieza (mal tan común y tan formidable), porque halla siempre alimento á su fervor, y continuos estímulos para la virtud, y

ejercita siempre su actividad conforme á la regla.

3.° *Surgit velocius*.—Levántase más pronto.—Ninguno hay impecable: pecó el ángel en el cielo, Adán en el paraíso, Judas andando en compañía de Jesucristo.—Pero el religioso culpable no permanece ni puede permanecer mucho tiempo en pecado; no está solo: *Vae soli!*—La caridad de sus hermanos viene en su auxilio, le amonestan, le animan, le levantan y le sostienen contra su flaqueza.

Por otra parte no podría permanecer mucho tiempo en la culpa; todo le recuerda su deber, todo le constituye en la feliz necesidad de darse enteramente á Dios. De aquí aquella máxima: «Perseverar en la vocación es asegurar la perseverancia final.»

¡Cuántos pecadores en el mundo viven y mueren en sus pecados porque nadie viene en su auxilio!

4.° *Incedit cautius*.—Camina con más prudencia y mayor seguridad, por la certeza de hacer la voluntad de Dios y no extraviarse en la senda de la obediencia.—Es el camino de la mayor perfección.

5.° *Irroratur frequentius*. — Recibe más á menudo el saludable rocío de la gracia. Toda la misericordia y bondad de Dios, todo el amor de Jesucristo, todos los favores de la Santa Iglesia, todo el celo de la caridad fraterna, todas las dulzuras y consuelos del servicio divino: todos éstos bienes, patrimonio son del religioso.—Concéntranse en él las atenciones del cielo y la tierra, porque es el religioso de Jesucristo.

6.° *Quiescit securius*.—Goza de dulce y verdadera paz.—La paz de Jesucristo, donde se encierra todo bien y todo consuelo. Es un preludio de la gloria, un celestial testimonio de que Dios está contento de su obra.—Es el fruto de su amor.

7.° *Moritur fiducius.* — Muere el religioso con más confianza.—La muerte es suave para quien ha servido bien á su amabilísimo Señor. Dicha es morir á sus pies y en sus brazos.—Sólo una pena queda: no poder consagrarle mil vidas.—La muerte del religioso no es más que el último acto de amor que remata su corona.—¡Oh! ¡Muera yo la muerte de los justos!

8.° *Purgatur citius.*—Se purifica más en breve de sus faltas. Las oraciones y obras satisfactorias de sus hermanos que han quedado en la tierra acortan y alivian sus padecimientos en el purgatorio. La Comunidad de que era hijo no se da descanso ni contento hasta tener la esperanza de que está ya en el cielo. En el mundo olvidan pronto; allí, nunca.

9.° *Praemiatur copiosius.* — Recibe en el cielo más espléndida recompensa el religioso. Participa divinamente de la gloria, la felicidad y el poder de Jesucristo, por amor del cual lo ha sacrificado todo, hasta su vida.

Terminó el combate y llegó el día del triunfo eterno.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Fin de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado es el fin total de la Congregación del Santísimo Sacramento.

Servirle mediante el culto solemne de la Adoración; consagrarse á su gloria por el apostolado eucarístico: tal es por entero la vida del religioso del Santísimo Sacramento.

Servir á la adorabilísima Persona de Jesucristo: tal es mi fin.

¿Hay, por ventura, ninguno mayor, más noble ni más perfecto en la tierra ni en los cielos?

Por Él obtengo plaza en la guardia de honor que Jesús merece tener en el Santísimo Sacramento, como tienen la suya los Reyes de la tierra.

Por él entro de criado de Jesús, contentísimo yo de verme al servicio de su adorabilísima Persona.

Me hago familiar suyo, de los que viven siempre á su lado, en torno de su trono de gracia y de amor como los ángeles en el cielo.

¿Qué más puedo desear en la tierra, sino un amor tan grande como este divino Señor merece?

II. Servir á Jesús en el Santísimo Sacramento: he ahí mi único fin. Jesús Sacramentado: he ahí mi único Dueño.

1.° Todo mi ser debe estarle entera y exclusivamente consagrado: los pensamientos, el estudio, la ciencia de mi entendimiento no deben tener otro fin que conocer á Jesús, y á Jesús en la Eucaristía.

Toda la fuerza de amor de mi corazón debe emplearse en su santo servicio. Todas las fuerzas de mi voluntad no deben tener otra regla, ni mis trabajos otro propósito. — Todo para Jesús en el Santísimo Sacramento: tal debe ser la divisa de mi vida.

2.° Toda mi piedad y toda virtud mía ha de llevar el sello eucarístico.—Deben, por consiguiente, todas mis prácticas de devoción ser un homenaje á la divina Eucaristía. Así que aun las más perfectas virtudes las amaré y practicaré sólo para honrar al Dios de la Eucaristía, como el favorito que sólo para su Señor coge flores.—Mis deseos, mis proyectos todos,

deben referirse á la gloria de mi Señor, pues que enteramente de Él y para Él soy yo mismo.

III. Servir á Jesús en el Santísimo Sacramento: he ahí mi fin perpetuo.

Adorar á Jesús perpetuamente bajo los velos eucarísticos en este mundo y adorarle después eternamente en la gloria: he ahí mi ocupación de siempre. — Comienzo y continúo al pie de los altares lo que haré con perfección en el cielo. ¡Oh dicha!

Si nos proponemos por fin una virtud como la penitencia, la caridad para con el prójimo, ó el celo apostólico, semejante fin no está siempre en acción, y á veces ni sería posible, por falta, ya de objeto en que recaiga, ya de fuerza para practicarla; pero adorar á Jesús Sacramentado, eso puedo cumplirlo siempre. — Puedo siempre referir mis pasos al amor y al servicio de mi divino Señor. — Todas mis acciones pueden ser una adoración. — Nadie puede separarme de Jesucristo, nadie puede privarme de Él.

Puedo, pues, mezclarme á la dicha de la corte celestial y gozar siempre de la presencia de Jesús; vivir para Él, vivir en Él, pues Él mismo ha dicho: «quien me come, también él vivirá por mí; en mí mora, y Yo en él.»

La Eucaristía: he ahí el tesoro del religioso del Santísimo Sacramento: el tesoro por cuya adquisición debe vender todo cuanto posee.

La Eucaristía: ahí tiene, cual otro Abraham, su tierra prometida, por la cual deberá dejar país, familia y casa, y venir á habitar en la *Tierra de la visión*.

La Eucaristía: he ahí el banquete nupcial del Hijo del Rey divino, festín al cual estoy invitado, mas á condición de dejar todo para presentarme á punto y

adornado con el manto regio de una recta voluntad.

La Eucaristía es el reino de Dios en la tierra.— Mi cuerpo se convierte en templo suyo; mi corazón es su trono, mi voluntad su corte, y mi amor su riunfo y victoria.

TERCERA MEDITACIÓN

Culto Eucarístico.

Es también fin de esta Congregación tributar á Jesús en el Santísimo Sacramento el mayor culto, el más santo y más litúrgico.

I. El mayor culto, mediante la exposición solemne en que se honra á Jesús como á Rey inmortal de los siglos, á quien se debe todo honor y gloria.

Ante este Sol de amor toda luz palidece; donde se presenta el Rey no se hacen honores á los ministros, y cuando aparece el Señor, nada es el sirviente.

Todo cuanto hay de bello, precioso y honorífico, debe honrar el trono del divino Jesús.—El es el solo Señor de cuanto existe: y si la Congregación tuviese todos los diamantes, todo el oro y todas las coronas del mundo, nada debiera estimarse en todo esto sino la dicha de ofrecerlas y consagrarlas á su Señor, á quien pertenece todo.

II. El culto más santo.

Debe también el cuerpo adorar á Dios en la Eucaristía y tributarle su homenaje exterior.

Homenaje de respeto.—Estando con toda modestia y compostura en su divina presencia, evitando aquellas maneras y aquellas acciones que no nos permitiríamos ante una persona de respeto, y mucho menos ante un Soberano.

Homenaje de piedad.—Haciendo con mucho espíritu de fe y de amor las ceremonias exteriores, las genuflexiones, postraciones y reverencias prescritas, porque constituyen el acto exterior de la adoración del corazón y la profesión pública de nuestra fe.

Homenaje público de virtud.—Honrando doquiera á Nuestro Señor, así en público como en particular, así en la calle como en el templo, adorándole prosternados cuando pasa el Viático, lo mismo que cuando permanece en su trono: que dondequiera que esté, es siempre mi Rey, el Dios de mi corazón y de mi vida.

III. El culto más litúrgico.

Inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha regulado la Iglesia el culto debido á su divino Esposo, á Jesucristo Sacramentado. — El culto así es el solo que aquí corresponde en verdad y santidad, y el único que al efecto agrada á Dios.

Celosa la santa Iglesia del honor y gloria de su Rey, ha regulado hasta los menores detalles del culto que le tributa; porque todo es grande, todo divino en su servicio.

Es, pues, el primer deber, tanto de la Sociedad como de cada uno de sus individuos, estudiar las rúbricas y ceremonias de la Iglesia, seguirlas con exacta fidelidad, hacer que todos las guarden y les tengan afición.—Al honrar así la Divina Eucaristía, le tributo honor con la Iglesia toda, y en unión con todos los Santos.—Rindo, en unión á la Iglesia, un mismo y único homenaje, un mismo y único culto; sus méritos suplen á mi indignidad, su perfección á mi bajeza. Resulta, pues, mi culto verdaderamente católico.

Debe además ser una expiación por tantas irreverencias y agravios que á menudo cometí en aquel santo lugar.—Una reparación por tantas profanaciones, insultos y sacrilegios que cometen á cada paso contra este adorable Sacramento tantos malos cristianos. Una protesta contra los incrédulos, una profesión pública de mi fe y mi vocación á la mayor gloria de Jesús, de Jesús, que se ofrece en el Sacramento, Hostia santa de amor y de alabanza.

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

La adoración.

En la adoración eucarística tenemos la principal y soberana acción del religioso del Santísimo Sacramento: todo en su vida religiosa debe prepararle, ornarle y perfeccionarle para la adoración: todo en su vida debe ir sometido y subordinado á este divino ejercicio, porque es el acto religioso más grande, más santo y más justo de su vocación y de su vida.

I. El más grande.—Adorar es compartir la vida de María Santísima en la tierra cuando adoraba al Verbo encarnado en sus purísimas entrañas; cuando le adoraba en el pesebre, en la cruz, en la divina Eucaristía.—La adoración era su vida.

¡Oh cuán pura, ferviente, santa y perfecta era la adoración de María!

Para ser agradable á Jesucristo, el adorador debe adorar con María Santísima y por mediación suya.

Adorar es compartir la vida de las almas verdaderamente grandes en este mundo, cuyo amor y felicidad eran el estar al pie del Sagrario para adorar allí al Dios escondido y tributarle cuanta gloria y cuanto amor podían. No amaban la vida sino para dedicarse al Santísimo Sacramento, para abismarse y consumirse en las llamas de su divino amor.

Adorar es compartir la vida de los Santos del cielo, que alaban y bendicen eternamente la bondad, el amor, la gloria, el poder y la divinidad del Cordero inmolado por la salvación de los hombres y la mayor gloria de Dios su Padre.

¡Qué dicha comenzar en la tierra lo que eternamente haremos al pie del trono de Dios!

¡Qué dicha ser de la corte eucarística de Jesucristo aquí en la tierra, estar siempre cerca de su adorabilísima Persona, formar su guardia, y vivir ya en la tierra una vida del cielo.

Adorar es el acto soberano de la virtud de religión, que reemplaza él solo los actos de las demás virtudes, y posee la virtud de todos ellos y es el fin de los mismos.

¡Oh! ¡Bendita por siempre la divina bondad de mi Dios, que me llamó á esta vocación eucarística, la cual me da la gracia y me habilita para ser adorador por oficio y por deber, mientras que los demás fieles lo son sólo á intervalos y como de paso!

Quid retribuam Domino?... Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.

II. El acto más santo.

Nada más santo puedo hacer en la tierra que la adoración eucarística.

Hay en ella un ejercicio perfecto de todas las virtudes.

1.° De fe.—Entera y perfectamente la ejercito al adorar á Jesucristo escondido, velado y como anonadado en la Sagrada Hostia. Aquí la sumisión, la adoración con todas mis potencias, guiado sólo del espíritu de la fe.

2.° *De piedad.—La tenemos aquí interior y* exterior, enteramente concentrada en Dios, que está oculto en el Sacramento, y tenemos adoración por las preces, la oración, el culto, el respeto, por el anonadamiento, si posible fuese, de mí mismo, por la humildad, por la penitencia, por la pureza y por todas las demás virtudes.

3.° De amor.—Ya que toda la ley en el amor se resume, la cumplo toda adorando á mi Dios y Señor en el Santísimo Sacramento, y adorándolo con toda mi mente, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

4.° De caridad.—Puedo, al adorar, ejercitar perfectamente la caridad para con el prójimo, rogando por él, poniéndome por mediador, por víctima para su salvación, implorando en favor suyo las gracias y misericordias de nuestro divino Salvador.—Así, pues, nada más santo que la adoración.

III. — El acto más justo.

Dondequiera que está Jesucristo, merece nuestras adoraciones. Así que debo adorarle en la divina Eucaristía.

Por mí está Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y por mí permanece allí; de suerte que, á no ser yo un ingrato y un impío, debo presentarme á tributarle mis homenajes.—¿Qué se diría de un hombre que recibiendo la visita de un Soberano le dejase sólo en casa sin hacerle honor ni rendirle homenaje alguno?

Debo, pues, adorar á Jesucristo por mí, porque ese es mi servicio y mi vocación; y si así no lo cumplo, soy un servidor infiel y perezoso, que merece la suerte del siervo malo que se nos describe en el Evangelio.

Debo adorar á Jesucristo por el poder de mi sacerdocio; le he colocado en el altar como María le reclinó en el pesebre; ¿no será, pues, justo que, siendo ministro suyo, le tribute mis perpetuos homenajes?

Debo adorarle por los que no le adoran, le olvidan, le desprecian y le ofenden.

Si amo al Señor, ¿no será justo que con la más obsequiosa devoción procure yo desagraviarle de tantas ofensas; que, como San Pedro, le diga: «Señor,aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré;» «Aunque sea menester morir yo contigo?»

SEGUNDA MEDITACIÓN

Apostolado Eucarístico.

No se limita la Congregación del Santísimo Sacramento á adorar, amar y servir ella misma al Dios de la Eucaristía. — Movida de su celo por la gloria del Sacramento, aspira á que todos los hombres le adoren, le amen y le sirvan: quisiera levantarle por doquiera un trono y procurarle adoradores fieles.

Jesús dijo: «Fuego vine á poner en la tierra: ¿y qué quiero sino que arda?»

Y ese fuego divino es la Eucaristía, al decir de San Juan Crisóstomo: *Carbo est Eucharistia quae nos inflamat.* — Propagadores de este fuego eucarístico

son todos los que aman á Jesús, porque el verdadero amor quiere se extienda el reino y la gloria del amado. — Reinado de Jesucristo en el mundo, y sobre todo en el corazón de sus hijos, es la Eucaristía.

Tal es la hermosa y amable misión del religioso del Santísimo Sacramento,—discípulo y apóstol del amor eucarístico; tal es el nombre que mejor le cuadra; esa es su gracia; esa, en compendio, su vida. Ahora bien: ¿cuáles son las obras de su apostolado eucarístico?—Todo cuanto puede procurar la gloria del Dios de la Eucaristía es objeto de su celo, y todo puede referirse al servicio de Jesús Sacramentado, ya que Él es la gracia y el fin de todas las cosas.

Sólo una ciencia, sólo un lenguaje, sólo un deseo y un placer tiene el amor: hacer que Jesucristo en la divina Eucaristía sea conocido, amado y servido.

I. Darle á conocer á los que no saben de Él; instruir en estas divinas enseñanzas á los niños, á las gentes rudas é ignorantes; inculcar sus grandezas á los que ya le conocen; todo ello empleando al efecto las catequesis, los retiros, las agregaciones, las semanas eucarísticas, etc.

Aun de aquellos que parecen tener ciencia de su doctrina y de su vida, no es conocido Nuestro Señor.— Si fuese conocido, sería mejor servido y adorado y visitado con mayor frecuencia. Se hablaría al menos de Él en las conversaciones, entre cristianos, entre personas piadosas; no sería como un Dios muerto y sepultado, desconocido. Ni aun se atreve la gente á pronunciar en público su nombre. ¡Ay! Jesucristo es ya casi como un extraño entre los suyos.

Debemos, pues, anunciarle, manifestarle y atraer á Él tantos hijos pródigos.

II. Debemos hacerle amar.

Con el amor divino es como se logrará traer nuevamente á los pueblos á la virtud, á la religión y á la fe.

No hay medio más eficaz, y es tal vez el único que nos queda para combatir la indiferencia que reina en el mundo y que se infiltra hasta en el corazón de los fieles.

Con este divino fuego hay que atacar el frío que se apodera de los corazones y entorpece los miembros todos del cuerpo social.

Mostrándoles el amor de Jesucristo es como se podrá despertar en los corazones aletargados el sentimiento del amor y la necesidad de la virtud.

Trayéndolos á hacer actos de adoración ante el Santísimo Sacramento es como podrá logarse que sean verdaderos adoradores en espíritu y en verdad.

Preciso es apremiar, impeler y traer con brío los convidados á las bodas del Rey.

Cuando hayan probado cuán suave es el Señor, cuando hayan hecho un acto de adoración, llevará á cabo lo demás la divina gracia.

Pero este hermoso apostolado pide hombres valerosos, dispuestos á abrazar la locura de la cruz para tener la virtud que en ella se encierra, prontos á recibir la humillación, el desprecio de los prudentes del siglo, para que amado y glorificado sea Jesucristo, pues ésta habrá de ser la recompensa á que aspiren.

A Vos, Señor, amor, alabanza y gloria; y á mí, olvido, desprecio y humillación.

Reinad Vos... y contento moriré.

TERCERA MEDITACIÓN

Amor á Jesús Sacramentado.

El amor á Jesucristo ha de ser el carácter fundamental del religioso del Santísimo Sacramento. El amor ha de ser el móvil de todas sus acciones, — el centro de su vida — y el fin de sus sacrificios.

I. Móvil de todas sus acciones.—Por el amor de Jesucristo habrán de estar inspiradas; de buen grado piensa el hombre en lo que ama y un tal delicio so pensamiento sirve como de escolta constante á nuestra vida.

El amor debe ser la gracia para esas acciones. — Porque la gracia de cada cual es adecuada á la respectiva vocación, y la vocación eucarística es una vocación enteramente de amor, como su fin.

El amor ha de ser también la regla de las mismas,—porque es lo que debe dominar en el religioso. Todas sus virtudes han de estar adictas al servicio del amor á Jesucristo, ya que no son más que ejercicio de ese amor y prueba de él, como la fidelidad, la abnegación, la piedad filial no son sino el fruto del amor de un buen sirviente ó de un buen hijo.

En el religioso del Santísimo Sacramento debe imperar sólo una virtud: el amor; pero el amor soberano, que vive de todas las virtudes y que de ellas podrá tomar las diversas calificaciones de humilde, manso, paciente, mortificado, caritativo.

Así que para practicar según los casos la humildad, la abnegación, la caridad, la pobreza, no tendré más que hacer un acto de amor de Dios, especificán-

dolo por la virtud correspondiente. Es como si dijera: «Os amo, Dios mío, de todo corazón; y por daros una prueba de que así es, voy á hacer este acto de humildad.»—Y de esta suerte mi vida se simplifica en el amor, del cual tomo siempre mi punto de partida, así como también todas las cosas me sirven para alimentarlo y robustecerlo en mí.

Así obraba San Pablo: *Quis ergo nos separabit a charitate Christi? Tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?... Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos.—Certus sum quia neque mors neque vita... neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei, quae est in Christo Jesu, Domino nostro.* «¿Pues quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecución, ó espada?... Mas en todas estas cosas vencemos por Aquel que nos amó.—Por lo cual estoy cierto que ni muerte ni vida... ni otra criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Nuestro Señor (1).»

II. El amor como centro de la vida. Mi vida necesita un centro, un centro donde descanse mi alma, se complazca, se consuele y se alegre. Todo hombre tiene y debe tener un centro de vida: y ese centro, en torno del cual gira su vida, será, ó una criatura amada, ó será algún bien de este mundo, ó será Dios.

Cuando el hombre encadena su vida á un centro humano, es desgraciado, inconstante, culpable, se paganiza.—Para ti nos hiciste, Señor, é inquieto está nuestro corazón mientras en ti no descanse,

(1) Rom., VIII.

dice San Agustín. *Fecisti nos ad te et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te.*

Esto, que hemos designado con la expresión «centro de la vida,» es un descanso, una morada de amor: quien tiene por centro de su vida á Jesucristo sacramentado dirige á él todos sus pensamientos, estudios y virtudes; Jesús es su tesoro, porque en Él está su corazón.

En ninguna parte se encuentra bien sino con el Santísimo Sacramento. Su alegría, su placer y su dicha están tan solo en Jesús Sacramentado.

Sólo quiere en sus penas por consuelo, por confidente y apoyo á Jesús en el Santísimo Sacramento.

Todo con la sagrada Eucaristía se le hace suave y fácil; todo sin ella amargo é intolerable.

Con la sagrada Eucaristía le es amable la vida; pareceríale sin ella insoportable: y preferiría morir.

De este centro de amor habla Jesucristo cuando dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y Yo en él.» «Permaneced en mí, y Yo en vosotros.» «Perseverad en mi amor.» *Manete in me... in dilectione mea.*

Vivía en este divino centro San Pablo: *Mihi enim vivere Christus est.* «Porque para mí el vivir es Cristo. —Y vivo, ya no yo: mas vive Cristo en mí.»

III. Fin de todos los sacrificios.

No vive el verdadero amor sino para el amado; á él debe ofrecer el premio de sus sacrificios, y por él con abnegación sacrificarse.

Agradar al Amado es el único galardón á que aspira; morir por Él sería su triunfo.

He ahí el fin del religioso del Santísimo Sacramento: servir á su buen Amo por amor; sacrificar noblemente su libertad, su voluntad, sus afectos, su

gloria, su salud y su vida—en el olvido, en el desprecio por parte de los hombres; en la prueba interior que sólo Dios sabe; en el padecimiento sin consuelo, en el cansancio sin descanso, en el trabajo sin éxito, en la caridad mal agradecida, en la paciencia no correspondida, en la vida de fe sin consuelo alguno,—y, no obstante todo esto, servir siempre á Nuestro Señor con la serenidad de la paz, la alegría del corazón, la fortaleza de un amor más poderoso que la muerte: parecer feliz y serlo en el sacrificio del amor.

He ahí el gran triunfo del amor de Jesucristo en su religioso; es la pureza del amor aquilatada en el crisol, es el verdadero amor que se consume puramente á gloria de Dios.

DÍA SÉPTIMO

PRIMERA MEDITACIÓN

Pobreza.

Para hacerse verdadero discípulo de Jesucristo y religioso del Santísimo Sacramento necesario es que comience, quien á eso aspira, por renunciar á sus bienes, reduciéndose al estado de pobre, y de pobre sujeto á interdicción, muerto civilmente, que no tiene otros haberes, fuera del pan de la limosna suministrado por la Religión; que no puede ya ni adquirir, ni poseer, ni dar cosa alguna de suyo: he ahí el pobre de Jesucristo.

Hermosa pobreza que le hace dueño de todos los

bienes del cielo: *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei.*

Gloriosa pobreza que vale más que todas las diademas y toda la gloria de este mundo: *Vos autem qui reliquistis omnia et secuti estis me, centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

Feliz pobreza que desprendiéndonos de las inquietudes y ansiedades de esta vida y de la esclavitud del mundo, nos libra al mismo tiempo de los tan grandes y seductores peligros, de las riquezas del lujo que de ellas nace, del regalo que proporcionan, de las pérfidas lisonjas que ocasionan.

Libres nos hace la pobreza evangélica, dependientes sólo de la divina Providencia, verdaderos discípulos de Cristo, y familiares suyos.

¡Ah, sí! Pobre quiero ser como mi Señor, y como Él no tener ni una piedra en propiedad: *Filius Hominis non habet ubi caput reclinet.* Con mi Señor quiero vivir pobremente. — Come el pan de los pobres: *Panes hordaceos;* viaja como los pobres: *Jesus fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem;* va á menudo á recogerse en la gruta de Gethsemaní; viste como las gentes del pueblo, y padece hambre alguna vez: *Et exuriit.*

Pero ¡cuán hermosa y amable es esa pobreza de Jesús: Es la prueba resplandeciente de su amor al hombre: *Amicitia pares quaerit aut facit.* Divina aparece esta pobreza, pues es para Cristo como una esposa de la cual nunca se separó.

Pero aún hay más: hasta en su estado de gloria quiere permanecer pobre.

¡Oh! ¡Cuán pobre es Jesús en su estado sacramental! — Más pobre que en Belén: Jesús en la divina Eucaristía no tiene muchas veces manos que le lle-

ven, servidores que le sirvan y defiendan. Hállase allí enteramente solo, teniendo por toda defensa su amor al hombre.

¡Cuán pobre es Jesús en la Eucaristía! Más que en Nazaret, pues tiene aquí como encadenada su libertad de movimiento.

Más pobre es aquí aún que en la cruz: allí hablaba. Si se contemplaba desamparado de su Padre, veía al menos cerca de la cruz á su buena y compasiva Madre, al discípulo amado, algunos corazones fieles.

Mas ¡ay! en el Santísimo Sacramento está pobre, desnudo, abandonado, desamparado, negado, insultado, crucificado sin testigos ni consuelos.

Pero ¿y por qué ha querido Jesús ser pobre en el Santísimo Sacramento? ¿Por qué ha querido depender de todos y recibir cuanto tiene de la caridad de los hombres?

¡Ah! El amor, el inmenso y perpetuo amor de Jesús á los hombres: tal es ahí la única causa.

Sea, pues, también la pobreza la prueba de mi amor á Jesucristo. Le probaré por ella que le amo más que á los bienes todos de este mundo, con todas sus glorias y sus dichas.—Consagrándome á la santa pobreza evangélica, glorifico su divina Providencia, me constituyo para siempre por hijo suyo, y me hago su verdadero discípulo.

¡Oh santa pobreza de mi Rey! Tú serás mi madre amada, mi gloria y mi corona; yo seré tu querido pobre; tú serás el anhelo de mi corazón.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Pureza.

Si es primera condición la pobreza para ser discípulo de Jesucristo Nuestro Señor, es la pureza la primera virtud en su santo servicio.

Menester es ser puro para servir al Dios de toda pureza, para morar en su tabernáculo y acercarse al altar de su adorabilísima persona: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo?—Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam. Innocens manibus et mundo corde.* «Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿ó quién reposará en tu monte santo?»

Y responde el Espíritu Santo: «El que camina sin mancilla y hace obras de justicia.» Y en otro lugar, á igual pregunta: «El que tiene puras las manos y limpio el corazón.»

No nos atreveríamos á servir á un príncipe llevando sucio el traje y manchadas las manos: y Jesucristo es el Rey de los Reyes. Humíllanse los ángeles ante su Majestad, no estimándose suficientemente puros para servirle; y la santa Iglesia hasta se atreve á admirar que el Verbo no haya desdeñado tomar carne en las purísimas entrañas de la inmaculada Virgen: *Non horruisti Virginis uterum.*

El ver á Dios, privilegio es reservado á los limpios de corazón: *Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*

Para ser el discípulo amado de Jesús requiérese la castidad: *Virgo virginem virgini commendavit.*

Veamos, pues, con qué notas ha de resplandecer

la pureza en el religioso del Santísimo Sacramento.

I. Pureza de cuerpo.—Consagra por el voto perpetuo de castidad su cuerpo á Dios. En virtud del cual voto hácese su cuerpo cosa sagrada, y sus miembros los miembros de Cristo: es templo del Espíritu Santo y un tabernáculo viviente, adornado de la evangélica pureza.

Para custodiar y conservar esta hermosa virtud es preciso:

1.° Revestirse el velo de la modestia de Jesucristo, á fin de preservarse de los escándalos del mundo, de sus lazos y de sus señuelos.

2.° Custodiar los sentidos bajo el dominio de la sobriedad y sujetar su rebeldía con la mortificación de Nuestro Señor Jesucristo.

II. Pureza de corazón.—No tener afecto desordenado alguno, pues sería una especie de idolatría y de sacrilegio.—Purificar los afectos legítimos, divinizándolos en el amor supremo de Jesucristo. Amar como nos aman los ángeles y los Santos, como nos ha amado Jesucristo.

Así que cuando me persigue naturalmente el pensamiento de una persona y se hace habitual y dominante, arranquemos su disfraz inmediatamente á esa idea, que encierra un lazo, una esclavitud; el amor del prójimo no debe servirnos de centro: que ese privilegio corresponde á Dios, en quien se funda nuestra vida, nuestro movimiento y nuestro ser: *In quo vivimus, movemur et sumus.*

III. Pureza de la mente.—La imaginación no debiera representarme sino la hermosura y bondad de Jesucristo; la memoria debiera recordarme continuamente su ley y sus beneficios; mi razón conducirme á Dios; mi voluntad vivir del amor á su santa ley.—

Dios, su gloria, su reino, el triunfo de su amor en mí y en el mundo entero, debería ser el grande y único fin de mis acciones y de mi vida.

IV. Pureza en el servicio de Jesucristo.—La pureza ha de ser mi virtud capital en el servicio de la Eucaristía, pues que sólo el pecado excluye del cielo, ofende los ojos de mi Señor y excita en su Corazón viva repugnancia.—La pureza ha de ser mi vestidura nupcial ante el divino esposo.

Todas las virtudes deben venir como á sus órdenes y prestar para embellecerla sus encantos.

Debe ser como oro siete veces purificado en el crisol: *Purgatum septuplum.*

¡Oh! Sin duda que el Amo estará contento de mi servicio, si no encuentra mancha alguna. Gozoso recibirá los homenajes de mi vida, si son santos y puros.

Aceptará complacido las expresiones y los dones de mi amor, si mi corazón está libre de toda atadura, si no le presento un corazón mercenario y egoísta, antes bien procuro que el mío sea grande como su Corazón, puro como su gracia, fuerte como su amor.

Debiera ser yo como la zarza ardiente, como una azucena radiante.

TERCERA MEDITACIÓN

Obediencia.

Si la pobreza evangélica me trae libertad y la pureza me presta decoro, la obediencia debe hacerme grato al Señor.—Por ella me hago verdaderamente servidor y discípulo suyo. *Si quis vult post me ve-*

nire, abneget semetipsum. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

Es la obediencia religiosa, madre de todas las virtudes: *Virtutes inserit, insertasque custodit;* implanta en nosotros las virtudes y las conserva.—De manera que para hacerme en breve tiempo un perfecto religioso, no tengo más que hacerme obediente.

La obediencia, en conformidad á lo que nos dice el Espíritu Santo, es una continua victoria contra el demonio, contra el mundo y contra nosotros mismos: *Vir obediens loquetur victorias.*

Es la virtud más meritoria, pues que es la virtud sublime de Jesucristo. *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis; propter quod Deus exaltavit illum et donavit illi nomen quod est super omne nomen.* «Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió nombre que es sobre todo nombre.» Con estas palabras nos enseña admirablemente San Pablo el principio vital de la obediencia, que es la humildad; su ejercicio que á todo, hasta á la muerte, es aplicable, y también la gloria de esta virtud en Jesucristo.

Mas ¿cuáles son los caracteres de la obediencia de Jesús, mi Divino Maestro?

I. Es su obediencia humilde como su condición; toma forma de siervo, y reviste el aspecto de un hombre del pueblo: *Formam servi accipiens, et habitu inventus ut homo.*

Así que no se celebra ni se ensalza la obediencia de un sirviente; es su oficio obedecer.—Tal fué el estado de Jesús, tal debe ser el mío.—Mal de mí, si hay que alabarme para inducirme á obedecer; es que no soy más que un fariseo, un sirviente soberbio.—Mal

de mí, si me enorgullezco de mi obediencia; que entonces me pondría á mí mismo como fin y ya habría recibido mi recompensa.

No ha de ser así, Dios mío, antes consideraré siempre como el mayor honor el hacerme semejante á Vos.

II. Es la obediencia de Jesús sencilla como su amor.

Obedece la voluntad de su Padre á quien respeta, adora y ama sobre todas las cosas.—No le pregunta la razón de su mandato; no quiere más que saber éste para cumplirlo con alegría: *Ecce venio... ut facerem voluntatem tuam.*

Sabe bien que todo lo que su Padre quiere es justo, sabio y bueno; sabe bien que es lo más conducente á su gloria y lo más digno de su amor.—Á ejemplo de Jesús, debo yo obedecer con la sencillez de la fe, con la pureza del amor.—¿Qué me importa una cosa si Dios no la quiere? —¿Qué son todas las buenas obras que Dios no pide entonces?—¿Qué me toca hacer en servicio del prójimo cuando Jesucristo me retiene cerca de su adorabilísima Persona, cuando quiere que me ocupe en servirle á Él mismo? ¡Qué injuria sería no estar contento al lado del Amo y preferir á Éste un esclavo! ¿Por ventura no se verifica con Él que servir es reinar?

III. Es la obediencia de Jesús completa.

1.° No exceptúa ni tiempo, ni lugar, ni forma de vida: todo está regulado y ocupado por la obediencia. *Non potest filius a se facere quidquam, nisi viderit prius Patrem facientem.* «Que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre.»—Con esto es obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

2.° Jesucristo obedece á todos los que tienen de su Padre autoridad: *Et erat subditus illis.*—Obedecía al César, á sus verdugos; así lo quería el Padre celestial.

Porque cuanto más vil y flaco en apariencia es el encargado de mandar, tanto más perfecta es la obediencia.

3.° Jesús glorioso todavía obedece en la divina Eucaristía con obediencia humilde, sencilla y completa, y obedecerá hasta el fin del mundo, para ser perpetuamente modelo, gracia, amor y corona de la obediencia.

Soy religioso del Santísimo Sacramento, y debo, por lo tanto, parecerme á Él, honrarle, procurando copiar en mí esta regia virtud suya; honrar al Padre Celestial, buscar la salvación de las almas, santificarme por la obediencia eucarística de Jesús, mi Rey.

DÍA OCTAVO

PRIMERA MEDITACIÓN

Vida Eucarística.

Dijo Nuestro Señor: «Quien me come, también él vivirá por mí.» Y efectivamente, nada más justo: el criado ha de trabajar para el amo que le alimenta; el hijo para sus padres, á quienes debe la vida. Y pues á mí me alimenta Jesús en la Eucaristía, para Él debo yo vivir.

Ahora, ¿cómo debe ser en el religioso del Santísimo Sacramento esa vida consagrada á Jesús?

I. Debe este religioso referirlo todo al servicio del Santísimo Sacramento.

1.° Sus dones naturales, estudios y trabajos: todo debe referirse, como á su fin, á Jesucristo en la divina Eucaristía.—Cuando es recibido un sirviente, se ofrece con cuanto es él y con cuanto sabe.

2.° Sus ejercicios piadosos.—Ha de referir á Jesús en la divina Eucaristía los actos de todas las virtudes.—Todo en su vida debe tomar el carácter de su vocación eucarística. Todo debe honrar y glorificar á Jesucristo en su adorable Sacramento, pues que para esto sólo se hace religioso quien entra en esta Sociedad.

Hasta las virtudes mismas debe estimarlas y buscarlas sólo como medios de servir debidamente á su Señor, como condición precisa para ser un buen servidor.—Así, pues, debe poner empeño en ser humilde, casto, mortificado, recogido, lleno de caridad y mansedumbre, porque esas virtudes constituyen, digámoslo así, su uniforme de servicio, y son medios necesarios para agradar al Señor, pensando, hablando y obrando como Él.

Debe además, respecto á todas las cosas que son de aprecio en el mundo, artes, ciencias, talentos, estimarlas solamente en cuanto honran y glorifican ó pueden honrar y glorificar al divino Señor en el Santísimo Sacramento.

En los hombres debe estimar sólo el servicio que prestan ó pueden prestar á Jesús Sacramentado.

La salud y aun la misma vida sólo debe apreciarlas y sólo efectivamente las aprecia por el gran servicio y la mayor gloria del Dios de la Eucaristía.

Nada más natural y más justo que el consagrar al servicio de mi amabilísimo Señor cuanto hago y

cuanto tengo.—Sería un robo, una injusticia el que me fuese á trabajar para otro.

¡Ah! ¡Cuanto tenga y cuanto haga será todavía tan poco en comparación de lo que Jesucristo se merece, en comparación de lo que por el mundo hacen sus esclavos!

II. El religioso debe consagrarse con toda devoción á la gloria del Santísimo Sacramento.—Debe tener celo de que su amabilísimo Señor sea servido por lo menos tan bien como los Soberanos de la tierra.

¡Y con qué interés, con qué celo, con qué adhesión sirven los cortesanos á su Rey!—Si pueden distinguirse por un servicio de empeño, por un acto heroico, ¿no lo tienen á grande dicha? ¿Y no vemos la guardia velar noche y día á las puertas del palacio real, tanto que haga buen tiempo como que lo haga malo? Por cobardía tendrían el quejarse.—Y el soldado, ¿no sirve al Rey sin otro galardón que el de cumplir honrosamente su servicio? ¿No mira como un deber el exponer su vida en el campo de batalla? ¿No va hasta con entusiasmo por la gloria y el amor de su Rey?

¿Y habría de ser Jesucristo el único Rey á quien faltasen fieles servidores, guardia devota y soldados generosos?—¿Habría de ser hasta el demonio mismo mejor servido por su esclavos que Jesucristo por sus discípulos, por sus hijos, por sus ministros?

No, no: que eso sería vergüenza para los cristianos y sería dejar en cierto modo un triunfo á la vileza del demonio.

¡Cuántos hombres se venden á la impiedad! ¡Cuántos sacrifican su salud por los placeres ó por un mínimo interés! ¡Cuántas víctimas se ha llevado el

mundo!—¡Y de eso nadie se queja! ¿Cómo, Dios mío! ¿Sólo para con Vos habrá de ser el hombre ingrato?

No, no: Vos, Señor, tendréis noche y día vuestra guardia eucarística, y esa guardia seremos nosotros.

Tendréis vuestra fiel corte, vuestros soldados, vuestros apóstoles, dispuestos y prontos á todos los sacrificios;—á serviros, si preciso fuere, en medio de la pobreza y de todas las privaciones, en medio de los desprecios y persecuciones del mundo, del desamparo de los amigos, del sacrificio de toda libertad y todo goce natural, en la abnegación de un apostolado desconocido y con apariencias de estéril, en la donación de sí mismos y en el agotamiento diario y mas grave cada vez de las propias fuerzas y de la salud:—todo lo cual haremos y os ofreceremos como don natural de nuestro amor, queriendo vivir y morir como cirio que arde ante la divina Hostia y se apaga y no deja vestigio: porque se ha consumido enteramente á honra y gloria del divino Señor.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Señales de una vocación eucarística.

¿Por qué señales podré yo conocer que soy verdaderamente llamado á la vida religiosa y eucarística?—Solamente por una: por el atractivo de la gracia.

Jesucristo dijo: «Nadie puede venir á mí si el Padre que me envió no le atrae.»

¿En qué consiste esa atracción?

I. En una moción de la gracia que con suavidad y fuerza al mismo tiempo atrae el alma hacia esa vocación especial como hacia su centro.

Esta moción es más poderosa que los sentimientos opuestos, contrarios y hasta antipáticos á ella.—Vuelve siempre á la carga, ya como una voz interior, ya como una suave represión, ya como un hastío de todas las vanidades y placeres del mundo.

Es Dios, que dice al alma como en otro tiempo á Abraham: «Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré.»

O es también un gran sentimiento de devoción y amor hacia Jesucristo en el Santísimo Sacramento, que se apodera del alma, suavemente la recoge y fuertemente la atrae á su santo servicio.

Este pensamiento llega á hacerse dominante, y cuando encuentra eco y correspondencia en el alma, conviértese en móvil de su vida.—Existe, pues, el atractivo de la gracia.

He ahí la primera señal de una vocación.

II. La segunda señal es una gracia de paz.—Mientras que un alma no sigue la gracia de su vocación, está inquieta, padece, es como una persona enferma, que de todo prueba, pero nada la satisface.

Los más hermosos y agudos libros no la halagan; los profundos y elocuentes discursos no le hacen mella, y hasta las prácticas mismas de piedad la dejan como seca.

Es que el alma tiene su alimento como el cuerpo, y no encuentra su verdadero alimento sino en su atractivo de gracia .—Así por ejemplo, y para citar uno solo, Santa Teresa padeció mucho mientras que no siguió su gracia de oración.

La prueba cierta de que una persona sigue la vocación divina es cuando su alma se halla allí en paz. «He encontrado, exclama gozosa entonces, he

encontrado el lugar de mi descanso: aquí habitaré hasta la muerte. — Es la elección de mi amor.»

En ese estado de paz el alma estima y ama, con preferencia á todo lo demás, cuanto mira al servicio, al culto, á la gloria del Santísimo Sacramento. Sigue con gozo y con una santa libertad todas las reglas y prácticas del servicio eucarístico; se halla en su elemento.

III. La tercera señal del atractivo de la gracia á la vocación eucarística es el dedicar con entera devoción todo cuanto somos al servicio de la sagrada Eucaristía.

El alma verdaderamente devota se olvida más bien á sí misma por pensar en el servicio y en la gloria de Jesucristo su divino Señor. La mira de salvarse, de hacer penitencia, de adquirir las virtudes cristianas, no ocupa el primer lugar en su aspiración á la vida eucarística. De ningún modo, que eso le parecería demasiado mercenario.

Ni es tampoco la salvación de las almas el motivo determinante de la expresada aspiración; ni aun hace de ello una condición de su elección, pues eso sería dar precedencia sobre el Amo á los sirvientes.

No para hacerse más sabio, ni para llegar á ser, digámoslo así, más apóstol, sino para hacerse un adorador fiel y bueno de Jesucristo es para lo que se presenta el postulante á solicitar la gracia de ser recibido en la Congregación del Santísimo Sacramento.

Siente quien tiene esta vocación la necesidad de darse, consagrarse y dedicarse con entera devoción al servicio eucarístico de Jesucristo, sin condición ni reserva.

Tal mira asusta sin duda la naturaleza, que se espanta de esa muerte respecto á todo, de esa renuncia

completa y perpetua; estremécese á veces hasta el punto de turbar el alma y hacerla vacilar.

Pero pronto la gracia recobra la ventaja, y se despierta el amor, y vigoriza el ánimo. — El alma verdaderamente llamada y fiel á la gracia siente en sí una fuerza que no proviene de ella, y no la arredran las dificultades ni la espantan los mayores sacrificios. No ve ni quiere más que una cosa: llegar al anhelado fin. Todo lo venderá por comprar aquella preciosa margarita: la gracia de su vocación.

TERCERA MEDITACIÓN

Gracia de vocación.

Si grande y sublime es mi vocación, grandes son también mis deberes.

La santidad con que he de servir á Jesucristo debiera igualar á la de los ángeles, y me hallo, no obstante, falto de virtud y de méritos, lleno de miserias y de flaqueza.

¿Cómo podré ser, pues, un verdadero religioso del Santísimo Sacramento? — ¿No me valdría más quedarme en un estado menos perfecto y santificarme en la humildad de mi estado seglar? — ¿No es una temeridad esa aspiración mía?

¡Guárdeme Dios de retroceder ante la gracia que se me ofrece; de rehusar el honor que me dispensa en llamarme á su santo servicio!

¡Pues qué! ¿Habré de ser menos generoso para con Jesucristo de lo que lo he sido en otro tiempo para con el mundo ó para adquirir un bien terreno y deleznable? — ¡Qué no he hecho yo en otras ocasiones por salir adelante en mis intentos, por hacerme gra-

to!—¡Pues qué! ¿No vale el alma más que el cuerpo, y Jesucristo más que una miserable criatura?

Otros se me han adelantado en el servicio de Jesucristo, y perseveran contentos y felices; no regatean con Jesucristo, se entregan y dan por entero.—¿Y por qué no podré yo lo que ellos, pues que tengo las mismas gracias y los mismos medios?

Además de que todo debe resultar fácil con la sagrada Eucaristía, centro y fuente de toda gracia y de toda virtud.

¿No es este divino Manjar quien fortalece y sostiene la virginidad, quien inspira las más sublimes virtudes, y torna fuertes á los débiles y prudentes á los desavisados?

¿No es quien forma los confesores y los mártires? — ¿No es quien presta fuerzas para combatir y valor para vencer?

Y si tales efectos obra la divina Eucaristía en aquellos que la reciben solo como de paso, ¿cuál no debe ser su poder en quienes perpetuamente de la Eucaristía y con la Eucaristía viven, y sólo por la Eucaristía quieren vivir?

¡Oh! sí: con una vida eucarística se hace como imposible ofender á Dios, permanecer en pecado ante el Santísimo Sacramento, no tornarse virtuoso viviendo siempre con el Dios de todas las virtudes, no hacerse santo sirviendo al Dios de santidad. — Dime con quién andas y te diré quién eres.

Además de que Dios me dará las gracias de vocación de estado proporcionadas á la altura de mis deberes y la magnitud de mi necesidad.—Los beneficios del Rey son en primer término para los que personalmente le sirven.

Ahora bien: todo lo puedo en Aquel que me con-

forta. — Su gracia me hará suaves y ligeros los sacrificios correspondientes á mi estado. — El hábito me dará facilidad en todo, y la buena voluntad triunfará de todos los obstáculos.

Nada es imposible al amor. Y aunque no fuese más que la dicha de ser recibido en la Congregación del *Santísimo Sacramento*, de poder vivir en este divino Cenáculo, ¿no debieran la gratitud y el amor de tanta felicidad hacerme el más generoso y devoto entre los servidores de Jesucristo?—El amor: eso es Dios, un amor infinito; y el amor á Dios lo es todo en el hombre.

Donde reina el amor, nada es triste ni penoso: todo lo embellece, todo lo hace amable, hasta los padecimientos y el sacrificio: porque ¡es tan dulce para un corazón amante el hacer algo grande, algo agradadable al Amado!—El padecer es el alma y la perfección del amor.

¡Oh! ¡Y por qué no habría de ser para mí el altar un Calvario de amor donde me inmolase yo por entero cada día y cada momento con la divina Víctima que incesantemente se inmola por mí?

CONCLUSIÓN DEL RETIRO

Primera condición de un postulante. — Entrega de sí mismo.

Salgo de un combate rudo: el demonio, el mundo, la carne, todo se ha levantado contra mí, todo quería oponerse á mi vocación religiosa y encadenarme por siempre al siglo.

Vos habéis vencido, Dios mío; he triunfado de

todo por vuestra gracia y por la protección de mi Madre...

¿Qué os retornaré yo, Señor, por tanto beneficio? *Dirrupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* «Rompiste mis cadenas: á tí ofreceré yo un sacrificio de alabanza, é invocaré el nombre del Señor.»

Y ahora, Dios mío, ¿qué queréis que haga?—¿Por dónde debo comenzar?

He sacrificado todo: ¿qué me falta hacer aún?—Una cosa sólo: comenzar bien la vida religiosa y eucarística, porque todo depende del primer movimiento, de un buen comienzo.

I. Es, pues, preciso:

1.° Que me entregue entera y exclusivamente á Jesús, poniéndome por completo á disposición de su gracia.

2.° Que empiece desde este punto á servirle por el entero cumplimiento de la regla y según el espíritu de la Congregación del Santísimo Sacramento.

3.° En el mundo lo he dejado todo: bienes, amigos, comodidades, gloria humana; todo lo he dejado generosamente, sin pena por ello y sin condición alguna.

He hecho como los discípulos por seguir á Jesús, que á cada cual decía: «*Sequere me*»: *et relictis omnibus et patre, secuti sunt eum.*

Pero no he acabado aún; necesario es ahora que me deje á mí mismo. Jesús lo ha dicho: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.»

¿En qué consiste esta abnegación evangélica?—En dejar nuestra vida individual para vivir de la vida de Jesucristo; en renunciar á nuestras ideas, á nuestros gustos, á nuestra peculiar manera, á la volun-

tad propia, pára tomar la virtud capital de Jesucristo, la obediencia.

Pero obediencia de amor cuyo único deseo, placer y dicha se compendia en aquellas palabras de San Pablo: *Mihi vivere Christus est.* «Porque para mí el vivir es Cristo.»

4.° Mucho es dejarme á mí mismo; es morir cada día porque la virtud de Jesucristo habite en mí. — Pero no basta: preciso es que yo me dé sin condición, que me abandone al beneplácito de Jesús, que me entregue á su gracia, como el barro en las manos del alfarero, para que me labre y haga de mí un verdadero y buen adorador.

Preciso es que le entregue mi espíritu, mi corazón, mi cuerpo, mi vida toda, á fin de que él los inspire, los modele y los perfeccione en la santidad de la divina Eucaristía. — *O Domine Jesu! in me vive, in me regna, in me impera.*

II, Es, pues, preciso que me dedique desde ahora á servirle por el cumplimiento de la regla de la Congregación del Santísimo Sacramento, y según su espíritu.

La divina Eucaristía: he ahí mi fin, la regla interior de mi vida: es la gracia de amor de Jesucristo.

La regla es la forma exterior de mi vida que, asociándome al servicio en comunidad de todos los miembros, me hace participar de sus gracias y sus méritos, y me da además plaza en la guardia eucarística y participación así en la gloria de su divino servicio, donde todo se ejecuta según las leyes y el espíritu de la santa Iglesia.—La cual todo lo ha regulado, inspirada por Dios mismo, con peso, medida y regla. *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti.*

Debo, pues, ante todo procurar enterarme bien de las reglas prácticas del culto eucarístico, de la vida de la Congregación, y también de sus usos y costumbres, para que así pueda ser un miembro dócil y útil al cumplimiento del fin que la misma se propone.

Comenzaré, pues, por aprender la letra del texto de la regla, y después ¡oh Dios mío! vuestro espíritu lo vivificará, y auxiliado yo por vuestra gracia y fortalecido con vuestro amor, haré de la regularidad mi virtud dominante; porque quien vive para la regla, para Dios vive: *Qui regulae vivit, Deo vivit.*

APÉNDICE

MEDIOS DE PERFECCIÓN EN LA CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1).

¿Puedo santificarme en la Congregación del Santísimo Sacramento?—¿Se halla ésta en las legítimas condiciones de una sociedad religiosa, segura y estable?

Efectivamente que sí: tiene las condiciones que se requieren para una fundación regular, y ofrece para la salvación todos los medios deseables. Para con-

(1) La necesidad de esta meditación se presenta naturalmente al alma que se siente llamada á servir al Santísimo Sacramento por la donación total y definitiva de todo su ser. Gusta informarse de los rumbos que habrá de seguir un buque; pero además inquieren también los interesados en ello si es de construcción sólida y bien equipado. Para responder á este deseo tan natural y legítimo tuvo que bosquejar el P. Eymard, en compendioso resumen, la historia de la fundación de la Congregación. Esta meditación reviste, por lo tanto, un carácter especial, que le señala lugar aparte, y por eso la reproducimos en apéndice.

vencernos de ello hay que considerarla en su establecimiento, en su fin, en sus medios y en su espíritu.

I. Su establecimiento.

1.° Se realiza entre grandes y rudas pruebas, entre imposibles, y por los medios que, considerados en sí mismos, debieran más bien ser un obstáculo.—Dios ha querido mostrar así que ésta no era en nada obra de los hombres, y que nada podían ellos contra su voluntad.

2.° La Congregación ha comenzado sin medios y sin socorros humanos, sin favores ni protección de nadie, en la capital de Francia, donde sus primeros individuos eran desconocidos, donde no se querían ya nuevas congregaciones.—Ha comenzado en el lugar de su primera prueba; nacía allí, como en su Portal de Belén, inspirada de ferviente amor.

3.° Se ha fundado sobre el firme cimiento de la autoridad, y no en sentimientos particulares y personales.

Antes de emprender nada, consúltase en 1853, por conducto del Rmo. P. Jandel, General de la Orden de Santo Domingo la opinión del Sumo Pontífice Pío IX, quien responde que «el pensamiento de la obra es excelente, y que con el tiempo la bendecirá, si va adelante.»

En 27 de Agosto de 1855 enviábase á un sacerdote como mensajero cerca del Padre Santo para someterle el plan de la obra, y respondió Su Santidad: «Viene de Dios esta obra: estoy convencido de ello; que se den prisa á establecerla: la Iglesia tiene necesidad de este socorro.» Y Pío IX, en su benévolo afecto, traza la marcha que convenía seguir para llegar á tal resultado.

En 1.° de Mayo de 1856 se sometía á tres Obispos la cuestión personal y práctica de la Congregación, para que decidiesen ellos de la vida ó la muerte de la misma, los cuales eran monseñor de la Bouillerie, monseñor de Tripoli y monseñor de Sibour, arzobispo de París.—Y la Congregación era aceptada, alabada y aprobada en Consejo episcopal, al cual asistía Mons. Carrière, de santa memoria, sucesor en la dirección del Seminario de San Sulpicio de Mr. Olier, tan devoto del Santísimo Sacramento. Y después, el 13 de Mayo de 1856, llegaba la Sociedad del Santísimo Sacramento á ser, por decirlo así, una hijita de la Iglesia, bajo la aprobación episcopal, primer grado de institución canónica en la Iglesia.—Pero no le bastaba esto: quería tener en su apoyo la voz de Roma.

El 20 de Diciembre de 1858, estaba el Superior á los pies de Su Santidad y le recordaba su paternal promesa y le rendía los primeros homenajes de esta humilde menor y servidora de la Santa Iglesia.—Y el Padre Santo, con aquel corazón tan tierno y aquella piedad tan viva, decía: «La bendeciré: os pido quince días de término, en atención á las fiestas de Navidad.» Y se dignó repetir por tres veces, al despedirle, estas palabras de animación: «Que Dios bendiga vuestra Sociedad.» Y ya en la misma audiencia Su Santidad concedió una indulgencia plenaria cotidiana para los profesos, para los novicios y hasta para los agregados.

El 5 de Enero firmaba el Padre Santo el Breve laudatorio tan honroso y confortador para la Obra y para aquel de quien Dios, en su misericordia, ha querido servirse á este propósito.

Y el 6, día de la Epifanía, que es la fiesta de la

Congregación, recibía el Superior dicho Breve, con no poco asombro de todos los que sabían el objeto de su viaje y que temían tuviese que detenerse bastante tiempo en Roma, sin obtener tal vez un resultado definitivo, como sucede á menudo en cosas de tanto momento.—Nuestro Dueño y Señor había juzgado de otra manera. — Al Rey se le da siempre la precedencia.

Así, pues, la Congregación ha marchado al amparo de la autoridad; y se apoya en la autoridad de la Iglesia; es, por lo tanto, legítima; vive y vivirá mediante el favor divino.

En 1863 la Iglesia reconocía definitivamente y aprobaba de un modo solemne la Congregación del Santísimo Sacramento.

Las grandes Corporaciones religiosas han acogido con amor y bendecido á esta hermana menor, la han afiliado á sus respectivas Ordenes y la han dado participación en sus méritos: tal han hecho los Carmelitas, los Benedictinos, los Franciscanos, los Capuchinos, los Dominicos; y todos la miraban con una especie de santa envidia y la consideraban dichosa por haber recibido tan angelical vocación. «Nosotros tenemos—decían al Superior—nosotros tenemos por fundadores Santos: pero vosotros tenéis al que forma los Santos y les da eterna corona.»

II. Fin á que aspira.

La excelencia de una cosa cualquiera y de una obra está principalmente en su fin, en el blanco á que mira: así que no hay obra más sublime que la que tiene por fin la adorable persona de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

Más honorífico es servir al Amo que á los hijos y servidores del mismo.

Es más perfecto estar á los pies de Jesucristo con María, que trabajar para Él con Marta.—Por lo tanto, aventaja la Adoración al mayor y más honorífico apostolado.

Hay más amor en la divina Eucaristía que en todos los misterios juntos de Jesucristo.

La sacratísima Eucaristía es el más poderoso y santo medio de perfección, y también el más amable de todos.

Y tal es el objeto, el fin á que aspira la Congregación del Santísimo Sacramento.

El religioso del Santísimo Sacramento no va á Jesucristo por el prójimo; va derecho á su Señor y mora con Él, y le sigue por doquiera como su guardia de honor.

Si se ocupa con el prójimo, es como el ayudante del Rey; vuelve inmediatamente á su lado á continuar con amor su servicio.

¡No va á su Señor con protección, por intermediario;—reteniéndole su servicio cerca de la divina Persona: entra como por derecho propio ante el Amo y le presenta él mismo la petición.—No es que deje á un lado ó rehuse el socorro de los grandes de la Corte celestial; antes al contrario, se une á ellos para tributar homenaje á su divino Rey; procura adornarse con las virtudes y los méritos de ellos; toma de los mismos el bello lenguaje de sus alabanzas y de su amor para bendecir, alabar y amar á su bondadoso Señor. Pero no se queda en la casa de ninguno, ni entra de sirviente en ella, sino que pasa á serlo directamente del Rey mismo.

Como es pobre, débil é ignorante, prefiere ir con su divina Madre á presentar preces, adorar y servir á Jesús, su Señor y su Dios; reza con María, y con

María desempeña los ministerios de su servicio, como el niño con su madre.

Tal es el objeto de la Congregación;—el más sublime de todos.

Es este un fin siempre presente, siempre de actualidad, siempre á la mano para el religioso; que nadie puede arrebatarle ni impedirle la consecución del mismo en este mundo.

Fin siempre perfecto en sí mismo: la Congregación tiene bastante con un altar y con Jesucristo, nuestro Señor, y ya á la primera hora de la exposición está en el terreno de su gracia plenamente, y llena todo su fin; está en toda su perfección—pues que está en la adoración de Jesucristo.

Después de lo cual, ya sólo el cielo.

III. Sus medios.

1.° Fin y medio juntamente de la perfección del religioso del Santísimo Sacramento es la sagrada Eucaristía, de la cual viene toda gracia, y en la cual toda virtud se perfecciona.

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el modelo de las virtudes y de la vida del religioso; allí continúa siendo humilde, pobre, manso, paciente y caritativo.—Allí está también como cordero inmolado á la gloria de su Padre para la salvación del mundo.—Allí ruega siempre por nosotros.—Allí continúa su vida interior y escondida.

He ahí el Maestro y el modelo del religioso del Santísimo Sacramento; modelo siempre vivo y siempr amante.

Vivir de la vida eucarística de Jesucristo: en eso está la perfección propia de ese religioso.

2.° Para el culto eucarístico la Congregación no crea ni inventa nada; tiene por regla suya única, in-

variable é inflexible, la de la santa Iglesia romana. Sigue literalmente cuanto ésta ha decretado, estatuído y definido para el culto del Santísimo Sacramento; y cuando ella calla ó deja en libertad, consulta la Sociedad el espíritu de los usos, el deseo de la santa Iglesia como regla que adopta su amor.

3.° La vida de la Congregación no es otra cosa que la aplicación de las virtudes evangélicas á su fin eucarístico.

Viene y debe necesariamente venir de la divina Eucaristía, y á ella debe volver como á su fin.

IV. Su espíritu.

Vengamos ahora al espíritu de la Congregación. No puede ser otro que un espíritu de amor, pues que ha de vivir de la Sagrada Eucaristía.

Así, para ser un verdadero religioso cada uno de sus individuos debe tener el amor como punto de partida para dirigirse á las virtudes, aun á las más sublimes, que el amor sabrá hacer ordinarias. Del amor ha de inspirarse en cuanto toca á su oficio.

Debe honrar en María Santísima la hermosa advocación del Amor Hermoso—Y en San Juan el título de discípulo del divino amor.

Con este espíritu de amor, el religioso deberá hacerse muy luego virtuoso—y el más feliz de los mortales.





RETIRO CUARTO

DE SEIS DÍAS

SOBRE LA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

COMIENZO DEL RETIRO

MEDITACIÓN PREPARATORIA

Objeto y condiciones del retiro.

I. ¿Qué objeto me propongo en este retiro?

Vengo á procurar conocer la voluntad de Dios, especial y determinada acerca de mi vocación. Vengo para saber si Dios me llama ó no á la vida eucarística.

Grande obra — el asunto más importante de mi vida—el más abundante en gracia y en sacrificios.

Me representaré al Verbo divino en el cielo deliberando sobre el amor de la Encarnación;

A Jesucristo en la noche de la Cena deliberando sobre el amor de la Eucaristía;

En el Jardín de las Olivas deliberando sobre el amor del Calvario.

Uniré mis sentimientos á los de mi Madre María Santísima, que compartía el amor y los sacrificios de su divino Hijo.

II. ¿Qué condiciones habrá de tener este retiro?

1.° La santa voluntad de Dios la conoceré escuchándole, escuchándole interiormente en el silencio y con santo deseo.—Así, pues, recogimiento interior y exterior—acallar todo pensamiento de lo pasado,—toda ansiedad del porvenir para ocuparme por entero en la gracia del presente momento: tal es mi primera resolución.

2.° Poniéndome en una santa indiferencia respecto á toda resolución previa, respecto á toda determinación natural ó espiritual, es como recibiré directamente y en dulce paz la gracia de Dios, diciéndole con San Pablo: «Señor, ¿qué quieres que haga?»

3.° Estar dispuesto en general á cuanto Dios me muestre en este retiro;—á continuar en el siglo—ó á dar el gran paso...

DÍA PRIMERO

PRIMERA MEDITACIÓN

La vida religiosa.

En su misericordia infinita me llama Dios á la perfección cristiana, y á seguirle como las santas mujeres que le acompañaban por doquiera y le servían durante su vida mortal.

Ante mí se presentan dos caminos para ir á Jesús: el primero, servirle en el mundo; el segundo, seguirle

más de cerca en la vida religiosa.—¿Cuál debo tomar?—Conozco el primero.—Y el segundo, ¿qué es?

La vida religiosa es morir enteramente al mundo,—es la inmolación cotidiana de sí propio por amor de Jesús.

I. Morir enteramente al mundo;—á sus bienes que no puede poseer ya el religioso y de los cuales no puede gozar.—Preciso es despojarse de ellos y hacerse pobre con Jesús.

Morir á la estimación del mundo, en cuya opinión pasaremos por locos é idiotas.

Morir al afecto de los amigos, de los allegados, porque ya no tenemos nada que darles.

Morir hasta este punto se hace muy duro á la naturaleza humana.—No tener ya otro bien que la Providencia - otro sostén que Dios—otro consuelo que el de hacerle sacrificio de todas las cosas.

II. La vida religiosa es, en segundo lugar, una inmolación de sí mismo.

Inmolar á cada paso nuestro corazón, que no muere sino para revivir con más fuerza.

Inmolar á cada paso nuestra voluntad — á cosas que repugnan, que parecen imposibles ó fútiles.

Inmolar á cada paso el propio espíritu, los propios pensamientos, las propias aficiones naturales, para ser como la hostia de Dios inmolada por nosotros.

Y esto hasta la muerte, y por sacrificios siempre nuevos.—¡Dios mío, qué vida de agonía!: ser una víctima que se inmola siempre, sin cesar un momento de padecer!

He ahí el primer sacrificio de la vida religiosa.

¡Oh, Dios mío! ¡Véale yo y compréndale en toda su perfección!

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida de comunidad.

¿Qué es la vida de comunidad?—¿Cuáles son sus sacrificios?

La vida de comunidad es una vida de abnegación y de padecimientos.

I.—Vida de abnegación propia para seguir la vida y los ejercicios en común, y esto contra el propio gusto y afición; orar con los otros cuando querría una estar recogida y sola; trabajar en común cuando querría una estarse en la celda.

En las indisposiciones ligeras no tener otra cosa que el régimen común, en vez de los mimos á que estaba una acostumbrada.

Vida de abnegación en cuanto á las simpatías—hallarse una obligada á vivir con caracteres opuestos al suyo.—Con personas ignorantes y muy puestas en sus trece—poco delicadas, egoístas, exigentes, sin afecto, sin gratitud.

En la vida religiosa muéstrase la naturaleza alguna vez peor que en el mundo, porque se halla allí siempre crucificada y de cuando en cuando parece como que sucumbe bajo la carga.—Es el mayor de todos los sacrificios y el crisol de mayor aquilatamiento.

II.—Vida de padecimientos.—En la vida religiosa está una expuesta á padecer sin consuelo y sin afecto.

Puede darse el caso de encontrar una Superiora antipática en todos conceptos—y sin embargo, hay que estar continuamente en relaciones de obediencia, de manifestación de nuestros sentimientos, de

expansión, y esto en tanto que todo en nosotros se subleva, y ve en ella defectos, ó al menos poco talento, poca aptitud.—¡Qué cruz no es esta! ¡Qué duro calvario!

Vida de padecimientos—por lo que hace al Director, que puede mostrarse falto de interés, de benevolencia, dejándonos entregadas á nosotras mismas: es el clavo postrero de la crucifixión.

¡A veces júntanse todas estas cruces, y entonces sólo Dios nos queda!...

TERCERA MEDITACIÓN

Vocación eucarística.

Consagrarme á la gloria, al servicio y al amor de Jesús Sacramentado bajo los auspicios de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, es darme y consagrarme á la obra por excelencia de Jesús y María. Es llevar la mejor parte en la distribución de sus favores; es la mayor honra que pudiera caberme en este mundo.

Al hacerme religiosa adoratriz vengo á ser hija de María, Reina y modelo de las verdaderas adoratrices de Jesús.

Pero ¿á qué precio se obtiene esta vocación?—Hay que aceptar tres sacrificios.

Primer sacrificio.—Es una obra que hay que hacer surgir, digámoslo así, de la nada. Nada tiene más que el amor de Jesús. De modo que es necesario comenzar por la pobreza de Belén.

Hay que comenzar sin protector, con sólo la confianza en Dios, no proponiéndonos más consuelo que el de agradar á Dios y procurar su gloria; no querer

ser sino el abono de la planta y consentir en ser como el grano de trigo que se pudre en la tierra y no alcanza á ver su caña y su fruto bendito de Dios.

Segundo sacrificio.—Es una obra que hay que fundar en medio de tribulaciones, desengaños y pruebas.

Tribulaciones: el mundo, que contradecirá la obra; el demonio, que la combatirá con toda su malicia.

Desengaños: ya por parte de las hermanas, ya por parte de los amigos de la Obra.

Pruebas—en que Dios mismo nos pondrá, sin dejarnos otro consuelo que el sacrificio.

Tercer sacrificio. —Exponernos á no salir con la empresa y á pasar por presuntuosas por gentes llevadas de la imaginación; trabajar sin seguridad del buen éxito;—no tener más que una seguridad: la de glorificar á Dios por el sacrificio de sí misma en servicio de la Eucaristía.

¡Dios mío! ¡Cuántos abismos para la razón! ¡Cuántos calvarios para la naturaleza! ¡Cuántas muertes cuyo cáliz es preciso apurar para llegar hasta el Cenáculo!

DÍA SEGUNDO

PRIMERA MEDITACIÓN

Objeto de la obra.

¿Cuál es el objeto de esta obra eucarística?

I. Formar con María para Jesús abandonado en su divino Sacramento, una corte de almas fieles y devotas, consagradas enteramente á adorarle, á ala-

barle, á amarle, á servirle en santa emulación con la corte celestial.

¡Oh! ¡Cuán abandonado está Jesús en su Tabernáculo! —Abandonado de los indiferentes, de los incrédulos que le desprecian y le reniegan por su excesivo amor en este Misterio.

¡Cuán abandonado está Jesús de los cristianos ligeros y dados al mundo! ¡Y cuántos hay de éstos!— Los placeres, las visitas, la mesa, el dinero absorben todo el tiempo y todas las potencias del alma de tales ingratos.

¡Cuán abandonado está Jesús hasta de las almas piadosas! ¡Cuán pocas hay que le sirvan y le amen por Él mismo! ¡Cuántas y cuántas son las que le dejan desde que les sonríe el mundo y desde que se encuentran allí en prosperidad!

¡Cuán abandonado está Jesús hasta de sus ministros! ¡Qué pocos son los dados con entera abnegación á su amor eucarístico!—¡Cuántos hay que trabajan, digámoslo así, como mercenarios ó como hombres resueltos á contentarse con lo que sea de *obligación*.

Casi siempre sólo se halla Jesús: y sin embargo, por nosotros únicamente está en aquel trono de amor; mas nadie viene á agradecer sus finezas.

Asómbranse y espántanse los mismos demonios de ver la ingratitud de los hombres para con Dios en la sagrada Eucaristía. Jesús permanece solo esperando algún alma á quien poder comunicarse, cumpliendo el fin de su Sacramento.

¡Dios mío! ¡Cuánto amor de una parte y cuánta indiferencia de otra! Y sin embargo, ¿dónde hay mayor favor que el ser admitidos ante su trono?

¿Dónde mayor dicha que la de saber que nos

hallamos cerca de su adorabilísima Persona? ¿No es esto un comienzo del cielo?

Y aunque no tuviésemos más recompensa por todos nuestros sacrificios, ¿no debiéramos ya, solamente con eso, tenernos por excesivamente pagados?

SEGUNDA MEDITACIÓN

De la acción de gracias.

El segundo objeto que la obra eucarística se propone es dar perpetuas gracias á Jesús por el amor que en la institución de este divino Sacramento nos ha mostrado:

1.° Ofrecerle solemnes acciones de gracias: primeramente por todos los sacrificios que su amor se ha impuesto en la institución de este Sacramento—sacrificios de su gloria, de su majestad, de su poderío, de su libertad—y hasta de su santidad gloriosa, expuesta al insulto de injurias, blasfemias y atrocísimos sacrilegios. — De antemano sabía estas ofensas y tenía valuado el horrible peso de las mismas, en comparación á su infinita dignidad; pero el amor inclinó á favor nuestro la balanza.

2.° Acciones de gracias perpetuas por estar de un modo perpetuo y permanente en el Sacramento. ¡Cuántos sacrificios durante ya mil ochocientos años! ¡Cuántas pruebas de amor acumuladas! ¡Qué tesoro de los frutos de un amor tan pródigo! ¡Cuántas cadenas de gracias desde el Cenáculo hasta hoy día!—¿No será, pues, justo que demos gracias y celebremos la bondad de este amable Salvador?—A buen seguro que para con el mundo y para con los amigos no nos permitimos ser tan ingratos. ¿No ve-

mos cómo los niños aman á sus padres, á quienes deben la existencia? ¿No vemos cuánto ama un desgraciado á quien viene en su ayuda y le liberta y le hace beneficios?

3.° Acciones de gracias públicas. — Debemos darle gracias por los que no las dan: los cuales son nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos en Adán y en la fe...

Debemos dar gracias antes de obtener: es acto de justicia.

Debemos dar gracias por nuestra católica nación, por el mundo conservado y salvado merced á la Eucaristía.

Sin el sol volvería el mundo á la esterilidad, y sería solamente una prisión y una imagen de la muerte.—Así, sin la Eucaristía, sería el mundo cristiano un árido desierto, tan solo una tumba sombría, un postrer día anunciador del juicio final.

¡Cuán delicioso es, por lo tanto, este propósito á que aspiramos de pasar la vida ante las gradas del trono del Cordero, de decirle perpetuamente con la corte celestial: «Digno sois ¡oh Jesus! de recibir bendición, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos.»

TERCERA MEDITACIÓN

De la reparación.

El tercer objeto á que mira la obra eucarística es la reparación.

I. Jesús recibe muchas ofensas en la Eucaristía con tantas irreverencias como cometen aun los cristianos,—con tantos sacrilegios cuyo número y mali-

cia son capaces de asombrar á los mismos demonios.

¡Cuántas Comuniones sacrílegas, en las cuales Jesús es entregado al demonio, á los actos diabólicos, á las perfidias de los judíos!—Y esto aun en nuestros días.—¡Cuántos malos sacerdotes que, traidores á su Señor, lo entregan á sus enemigos!... Y Dios sólo sabe la enormidad y los misterios ocultos de estos abominables sacrilegios.

Para reparar tantas abominaciones va la Sociedad eucarística á prosternarse ante Jesús, tanto más ultrajado cuanto que está en la Eucaristía más humillado, más anonadado, más silencioso y más paciente, dejando allí él que le ultrajen, sin quejarse—que le crucifiquen sin gloria,—que le sepulten sin honor.

Y casi nadie piensa en consolarle, en enjugar el sudor de su rostro, manchado de tantos insultos, como lo practicó la piadosa Verónica.

Pues bien: he ahí el oficio de la sierva del Santísimo Sacramento: llorar, padecer, inmolarse en reparación de honor perpetuo á Jesús Sacramentado.

II. La justicia divina, provocada por tantos crímenes contra la Eucaristía, quiere castigar á los culpables, pronto ya á descender el rayo.—Indignado el Padre celestial de ver ultrajado así á su único Hijo, quiere ejercer justa vindicta.

Pero el alma consagrada á la Eucaristía pide misericordia para los culpables, se une como víctima de propiciación á Jesús en el Santísimo Sacramento; padece y hace penitencia en vez de Jesús, que no es ya pasible—pero que le da sus llagas, su sangre, sus méritos, su anhelo de la salvación de los pecadores, á fin de que pueda mover á piedad al Padre celestial y obtener de su bondad el perdón de los culpables.

¡Cuán sublime misión! ¡Cuán contento estará Jesús de poder continuar su misión con su fiel esposa!

Es este un Calvario del amor... Y con tal de que se dé honor á Jesús y gloria á su Padre celestial, ¿qué me importan los sacrificios?

Padezca yo, y sea crucificada, con tal que Jesús reine: en eso tengo toda mi felicidad.

DÍA TERCERO

PRIMERA MEDITACIÓN

La súplica.

El tercer objeto que la Sociedad eucarística se propone es la súplica, la impetración, la oración perpetua.

Jesús está en la Eucaristía como poderoso Abogado nuestro para con el Padre celestial—viviendo siempre para interceder por nosotros y conservando siempre en el altar su estado de víctima para desarmar el brazo de Dios, su Padre, justamente airado contra los culpables.

Así, pues, la obra eucarística se consagra también á orar en unión á Jesús Sacramentado.

I. Conságrase á una misión de oraciones y de súplicas, orando sin cesar:

1.° Por la Iglesia y sus Pastores, á fin de que Dios bendiga su celo y fortifique su valor.

2.° Por la paz y concordia entre los príncipes

cristianos para que la Iglesia trabaje en paz y libertad por el reinado de Jesucristo y la santificación de las almas.

3.° Por la conversión de los incrédulos, desgraciadamente tan numerosos, á fin de que Dios haga brillar su luz sobre ellos;—por los herejes, á fin de que vuelvan al regazo de la Iglesia;—por la conversión de los judíos á la fe de Jesucristo; á fin de que no haya en la tierra más que un solo redil y un solo Pastor, un solo Señor Jesucristo, nuestro Salvador, que en su adorable Sacramento reine.

II. A más procede todavía la Sociedad eucarística.—Escoge de preferencia el oficio de María Magdalena á los pies del Salvador, ó, por mejor decir, es esa su gracia y la hijuela de amor que le corresponde. — La religiosa de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento debe permanecer con María Santísima, su Madre, sin salir ya del Cenáculo eucarístico, sin dejar ya el sagrado Tabernáculo.

Estar constantemente allí, como los ángeles que adoran al Rey del cielo.

Arder y consumirse de amor en su presencia como la lámpara del Sagrario.

Permanecer como la Esposa á los pies del divino Esposo, en el fervor de la divina caridad, y ofreciéndose en perpetuo sacrificio de holocausto por el celo de su gloria y de su reinado.

La vida de una sierva del Santísimo Sacramento ha de ser, pues, esencialmente contemplativa, una vida alejada del mundo, de amigas y de parientes — que no tenga otra obra, aun de celo y de caridad, fuera de la que su Reina María Santísima cumplía en el Cenáculo, orando perpetuamente.

Pero donde está Jesús, allí está el paraíso. — En

Jesús está todo; y muy avaro ó muy terrenal habrá de ser quien con Jesús no se contente.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Vida interior de Jesucristo.

I. En la divina Eucaristía Jesús no tiene ya vida exterior;—ya no conversa visiblemente con los hombres.

No va ya á visitar á sus amigos como en Betania;—no permanece con sus padres como en Nazareth;—*no recorre ya las ciudades y las aldeas* para evangelizar los pueblos, curar los enfermos y buscar á los publicanos;—permanece constante y fijo en su divino Tabernáculo, como aprisionado allí por su amor.

Allí no tiene ya movimiento propio, ni sus sentidos la libertad de sus movimientos: la vista, el oído, la palabra, el tacto, todo está sujeto y sometido á su vida eucarística, á esa vida interior y escondida que su amor ha escogido para hacernos imitarla y amarla sobre todo.

Así que para hacerse verdadera sierva del Santísimo Sacramento debe toda hermana alejarse del mundo, de aquellas relaciones inútiles y que disipan el espíritu, las cuales turban y enflaquecen el alma; de aquellas visitas de amistad que la esclavizan á la esclavitud de cortesías y cumplimientos sociales y absorben inútilmente la mayor parte de la vida; *de las visitas de sus parientes*, que enervan la virtud más fuerte é impiden al alma ser toda de Dios.

Muerta al mundo debe estar una hermana adoratriz, y desear y buscar el olvido del mundo, si

quiere ser verdadera sierva de Jesús Sacramentado.—No es posible servir á dos amos.—La vida contemplativa es como un gas poderoso que huye y se pierde en el aire libre, como aquellos perfumes preciosos que se evaporan apenas destapado el pomo que los encierra, como una llamita que los vientos desatados ahoga y apaga. — Requiere la soledad, el silencio, el recogimiento: esa es su atmósfera natural.

II. ¿Qué es esa vida interior de Jesús en la divina Eucaristía?

1.° La vida interior de Jesús se consagra enteramente á glorificar á su Padre celestial por las profundas humillaciones de su estado sacramental; por el sacrificio perpetuo de su gloria, de su majestad, de su poderío; en una palabra, de su naturaleza humana, glorificada y triunfante en el cielo, pero velada é inerme en la Eucaristía: todo ello para honrar el soberano dominio de Dios, ofendido y despreciado por el orgullo de los hombres,—pero exaltado con solemne reparación por la humildad de Dios en la Eucaristía.

La hermana adoratriz debe, pues, glorificar á Jesús Sacramentado por los medios de que usa Él para glorificar á su Padre, es á saber: por el sacrificio propio, imitando y copiando en sí misma las humillaciones eucarísticas de Jesús.—Ha de humillarse, por lo tanto, ante Dios, que reside en el Tabernáculo, sacrificándole todo cuanto es opuesto á su estado de anonadamiento, á las virtudes de que allí continúa dándonos tan admirable ejemplo.

2.° La vida interior de Jesús en la Eucaristía es una vida de amor.

De amor hacia su Padre celestial, á quien perpe-

tuamente ofrece el homenaje de todas sus acciones, de su estado sacramental, para alabarle, darle gracias por los beneficios que sobre nosotros derrama, y pedirle misericordia.—A fin de hacernos propicio á su Padre celestial le muestra Jesús sus llagas, le ofrece todos sus méritos, nos traslada todas sus gracias, y nos une á sí mismo para que, de esta suerte unidos á Él, nos ame el Padre en su Hijo, divino Salvador nuestro.

Es también la vida de Jesús en la Eucaristía una vida de amor hacia los hombres.—Por amor instituyó este divino Sacramento, por amor aceptó todos los sacrificios que de ahí se le originaban, y por amor está como encadenado en el Sagrario para ser allí nuestro bien, nuestro huésped, nuestro alimento y nuestra vida.

Del amor nace el amor, la unidad de vida.—Y así la vida de la hermana debe unirse á la vida de Jesús Sacramentado; ser un vivir de sacrificio, inmolándose á la gloria del Padre; ser un vivir de amor hacia Dios y de amor hácia los hombres, inmolándose por su salvación.

TERCERA MEDITACIÓN

Vida de recogimiento.

La gran virtud de la hermana adoratriz es vivir en espíritu de recogimiento con Jesús Sacramentado. En esto de traer el ánimo recogido hay que distinguir: el acto, la virtud y el espíritu de recogimiento.

Acto de recogimiento es la mera aplicación de

todas las facultades y de todos los sentidos á un solo objeto.

Virtud de recogimiento, el ejercicio habitual de semejante acto en una circunstancia determinada y prescrita.

Y por espíritu de recogimiento entendemos esa misma virtud que se ha hecho dominante y se ha convertido, como quien dice, en alma de nuestra vida, llevándonos con alegría y celo á todos los ejercicios de la misma, llegando hasta hacer que los deseemos y busquemos con amor.

Consiste el recogimiento eucarístico en aplicar todos los sentidos y facultades al servicio y amor de la divina Eucaristía, como á nuestro centro natural y fin de nuestra vocación.

Es la virtud del recogimiento eucarístico el ejercicio actual de ésta cuando nos hallamos ante el Santísimo Sacramento ó cuando la piedad nos hace cumplir tales actos.

Y el espíritu de recogimiento eucarístico consiste en hacer de la Eucaristía el pensamiento capital de nuestro espíritu, el afecto dominante de nuestro corazón, el supremo objeto de los deseos de nuestra voluntad, y, en una palabra, el móvil universal de nuestra vida.

1.° Llega á ser entonces la Santa Eucaristía un elemento como natural para la presencia de Dios; no se va el alma á buscar á la Santísima Trinidad en el cielo ó á Jesús en la gloria.—La Eucaristía es su cielo, el trono de la gracia y el amor de Dios para con ella.

2.° Las virtudes cristianas en su más alto grado no son entonces sino ejercicios del amor eucarístico, ó alimento de ese divino fuego—bajo la influencia de

la Eucaristía hácense del todo eucarísticas; tal es el carácter que deben revestir.

3.° El alma verdaderamente eucarística no puede ya tener otra vida, otro gozo, otra felicidad que la divina Eucaristía: todo se la recuerda; todo le sirve de preparación, ó de prueba, ó de acción de gracias á la Eucaristía.

Es entonces su vida como su principio, como su amor; y todo cuanto no se refiere á la Eucaristía le es indiferente ó ajeno.

Así vivía María Santísima en el Cenáculo.—Fijo estaba su espíritu en la divina Hostia, como en sol que vivificaba su alma.

Asido estaba su corazón á este divino Tabernáculo como el hierro al imán.

Un deseo sólo había en su voluntad: Jesús Sacramentado.

Tabernáculo viviente donde jamás se consumía la divina Hostia, María encontraba en sí misma á su Jesús; era como el cuerpo de Jesús sacramental.

¡Qué unión y qué vida! — ¡Cuán acepto á Jesús tenía que ser aquel Tabernáculo viviente, ornado de tantas virtudes, henchido de un amor tan puro y perfecto! ¡Ah! ¡Cuán lejos estoy de parecerme á mi Madre!...

DÍA CUARTO

PRIMERA MEDITACIÓN

La humildad eucarística.

La hermana adoratriz debe poner por base á su perfección la humildad eucarística de Jesús.

En la Eucaristía nos muestra Jesús como virtud preeminente la humildad; que viene á ser allí su manto real—la forma de todos sus actos,—el ejercicio habitual de su amor—su sacrificio perpetuo de alabanzas y de homenaje al Padre celestial.

I. La humildad manto real de Jesucristo, en la Eucaristía.

Manto que vela su gloria, su majestad y su poder, para que aparezcan solamente su pobreza y su debilidad, su anonadamiento como criatura humana.

Así también la religiosa adoratriz debe hacer el sacrificio de toda la gloria que pudiera redundarle de su linaje, talentos y dotes naturales—para asemejarse á Jesús, que permanece velado en la Eucaristía.—Y ese será su velo religioso, que ha de ocultarla al mundo, y revestirla de la gloria del que es allí un Dios escondido.

II. La humildad, forma de los actos de Jesús Sacramentado.

¡Cuán grandes son y sublimes los más pequeños actos de Jesús en su divino Sacramento! — Dan á Dios Padre la mayor gloria posible. — Dan un aumento de gloria á la corte celestial: —santifican las almas y salvan al mundo.

Y nada, sin embargo, aparece exteriormente: todo se realiza en silencio y misterio, sin que los hombres lo echen de ver siquiera.

Así también las acciones de una sierva del Santísimo Sacramento deben llevar todas el sello y el carácter de Jesús en la Eucaristía.

Debe abrasarse interiormente en amor divino, permaneciendo, sin embargo, exteriormente sencilla y pobre. Su devoción debe ser interiormente llena de santa alegría, de una deliciosa ambición, y pare-

cer en lo exterior común y ordinaria.—Sus virtudes interiores deberían ser sublimes y perfectas, pero sencilla y común la forma de las mismas. —Debe, en una palabra, ser su perfección, como brasas bajo ceniza.

III. — La humildad es el ejercicio habitual del amor de Jesús Sacramentado.—Este amor se sustenta con lo que en la humildad hay de más sencillo, más ordinario y más humillante, más apto para anonadarnos: esa es la leña donde prende el fuego de su divino amor.

No hay para la religiosa adoratriz sustento más puro, fuerte y perfecto de su amor á Jesús Sacramentado, que la humildad con todo lo que constituye la índole de esta virtud.

La humildad es su oración de amor, su acción de gracias, su adoración, su ofrenda, su dote, en resumen, y su oficio á los pies de Jesús.

Esposa pecadora del Rey purísimo — esposa mendiga del Rey celestial,— esposa paralítica del Rey Todopoderoso — no debe nunca olvidar su primera condición.

IV. La humildad es sacrificio perpetuo de adoración y alabanzas de Jesús Sacramentado para con Dios su Padre.

Dios que se humilla ante Dios;—Dios que se despoja de su gloria, majestad y poder para adorar á Dios por profundas humillaciones; Dios anonadándose en cierto modo para glorificar el soberano dominio de Dios: ¡qué Víctima, que holocausto perpetuo á la infinita gloria de Dios!

Así, una religiosa adoratriz debe completar en sí misma el sacrificio de Jesús en la Hostia, cumpliendo en su propio ser el sacrificio de la humildad

del Salvador; haciendo en realidad y por virtud lo que Jesús continúa reiterando glorioso y triunfante en su estado sacramental.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Pobreza eucarística.

En la Eucaristía despósase Jesús con la pobreza;—honra á esta virtud, y ama más que á todos los otros bienes á esta querida esposa...

I. En la Eucaristía honra Jesús á la pobreza como á esposa suya.

La levanta á reinar sobre todas sus demás virtudes, porque ella es, en efecto, el alma y la perfección de la humildad.—Una humildad que obtiene honra y triunfos, no merece el nombre de humildad; cuando está pobre y despreciada, entonces sí que es grande y perfecta.

La vida interior se hallaría falta de aliento y virtud, si por la pobreza no estuviera muerta á los sentidos y á las cadenas del mundo.

En la pobreza estriba el mérito de la paciencia,—de la confianza,—del padecer y de la total entrega y resignación de sí mismo.

Así vemos que Jesús ha querido ponerse el traje de la pobreza, realzar con ella su palacio y afiliarse en el rango de la misma.

La vestidura eucarística de Jesús en las especies sacramentales bajo cuyo velo subsiste, son accidentes sin sujeto, como quien dice la forma visible de una cosa aniquilada.—¡Cuán pobre vestidura!

El palacio eucarístico de Jesús no es un edificio poseído en propiedad, ni aun en alquiler, sino mera-

mente un hospedaje, un albergue prestado.—Ningún mortal tiene una morada interiormente más pobre: cuatro tablas, y éstas á menudo carcomidas, ó cuatro groseras piedras: he ahí su estancia.

Un pobre sudario; no tan limpio muchas veces como debiera, le sirve de tapete;—unos vasos sagrados harto pobres—y cuando los hay de oro y de plata, eso ¿qué es para el Señor?—son todo su ajuar.

Pobres le sirven y pobres le acompañan: he ahí la pompa real del Rey de reyes.

Pobre es su estado personal; no tiene en torno de sí los tesoros de este mundo, ni guardias para defenderle de sus enemigos;—ni algún fulgor de gloria y majestad que anuncien su presencia.

Más pobre aún que su estado de niño en Belén y su estado de varón de dolores en el Calvario, es su estado en la Eucaristía.—Allá tenía al menos Madre que le custodiase y sirviese, ley que le protegiese, hombres generosos que reconociesen su verdad, su realeza, su divinidad: — aquí, nada.

La religiosa adoratriz debe honrar la pobreza de Jesús. —La esposa sigue la condición del esposo y debe compartir sus pensamientos y sus deseos. ¡Qué vergüenza, pues, para ella, y qué deshonra para Jesús si la esposa despreciase el vestido, la forma, la condición y ser del Rey su Esposo!

II. Jesús ama la pobreza más que todos los otros bienes; á la pobreza lo subordinó todo, hasta su gloria, y por la pobreza sacrificó todo, hasta su triunfo; la ama como un hijo á su pobre madre queridísima, como un conquistador su victoriosa espada, como un esposo á su amada esposa.

Al amar Jesús la pobreza, amaba al pobre gé-

nero humano; veía en ella el remedio á los males de los hombres, el tesoro de sus hijos, el precio del cielo para ellos.

Así que la primera bienaventuranza, como la primera virtud que enseñó, ésta fué: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Debe, pues, la religiosa adoratriz amar la pobreza: ésta es su dote, su vestidura espiritual, su nobleza ante el Rey celestial, su realce y su diadema.

TERCERA MEDITACIÓN

Obediencia eucarística.

El mayor entre los triunfos de Jesús es la Eucaristía.—Practica allí una obediencia sin gloria,—una obediencia incondicional,— una obediencia sin término.

I. *Obediencia sin gloria.*

Obedece Jesús á criaturas imperfectas, terrenales, malas. Obedece á algunos Judas, á sacrílegos, á verdugos espirituales; y esto lo practica con mansedumbre, — con sencillez—y con amor.

Es en verdad el Cordero de Dios, siempre inmolado por los suyos.

Jesús obedece, y casi nadie aprecia la grandeza, la perfección y el amor de su obediencia. Ni aun se repara en ello; parece como si fuese una cosa natural que Jesús obedeciese á todos.

La obediencia de la sierva debe, para ser eucarística, parecerse á la obediencia de Jesús.—Ha de ser humilde de corazón,—mansa en la voluntad,—sencilla en la acción,—universal en la sumisión.

II. Obediencia incondicional.

Jesús obedece á la primera palabra del sacerdote, *á la voluntad de cualquier fiel;* dispuesto se halla siempre para oir á los que vienen, para visitar á los que le llaman, para darse á los que se acercan á recibirle. No hay aquí por parte de Jesús excusa ni exclusión alguna; no hace más que *obedecer,* y su amor á la obediencia le llevará á tolerar las más odiosas humillaciones, los más indignos oprobios y las más horribles profanaciones:—Jesús en la Eucaristía se ha constituído por esclavo de los hombres,—de los buenos como de los malos.

¡Oh qué amor, Dios mío!

La obediencia eucarística de la hermana debe ser *también incondicional:*—incondicional respecto á oficios; que todo es divino en el servicio de Dios, y los oficios más humildes y más pobres son los mayores y los que más nos acercan á Dios:—incondicional respecto *á gustos y simpatía; que las ocupaciones más* antipáticas son las mejores para nuestra perfección y encierran más amor:—y sin condiciones también de devoción particular; pues Jesús es quien manda lo que mejor nos conviene, quien escoge, prepara y ordena, y fuera de la obediencia no hay esa gracia de elección,—esa virtud del sacrificio,—ese amor puro de Jesús.

III. Jesús en la Eucaristía obedece sin término.

No se ha reservado días ni momentos libres, no ha limitado el tiempo de ese estado que pudiéramos llamar de minoridad;—ó, por mejor decir, se ha sujetado así hasta el último instante del mundo.

Jesús, pues, obedecerá siempre y á todos hasta el día final, en que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.

¡Oh Dios mío! ¿Y querría yo resguardar mi libertad, reservarme actos libres,—ser de mi propia potestad,—usar de soberano dominio en mí mismo?—¡Oh! no. Dejaría entonces de ser eucarística, de vivir con la vida de Jesús, de continuar en mí su vida activa y meritoria de obediencia.

¡Oh santa y divina obediencia! Tú serás la cadena que me sujete al divino Sacramento como cautivo de amor.

Tú serás mi móvil y mi gracia en mis sendas todas, á fin de que sea yo obediente hasta la muerte de mí misma — hasta la cruz del sacrificio — hasta llegar, así obediente, á los pies de Jesús, perpetua y amorosa Víctima de obediencia en la Hostia.

DÍA QUINTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Pureza eucarística.

I. Pues que nada manchado entrará en el cielo, tampoco nada impuro ni imperfecto debe acercarse á la Eucaristía, que es el cielo del amor, como el Empíreo es el cielo de la gloria.

Ahí está, en la Eucaristía, Jesús, el Dios de toda pureza y de toda santidad.

Y aun su santísima humanidad nada tiene ya de la vida mortal:—espiritualizado está su cuerpo - glorificados sus sentidos — divinizado cuanto hay en Él.

De suerte que para servir á Jesús de un modo conforme á su vida eucarística, menester es que la

religiosa sea muy espiritual y enteramente dada á las cosas del cielo.

La Eucaristía, además, es el festín de las bodas del gran Rey,—de cuyo banquete participan sólo los convidados que se presentan vestidos con la túnica nupcial de la santa dilección.

La Eucaristía es el divino desposorio de Jesús con el alma amada.—No puede darse unión entre substancias de diversa naturaleza.—La santidad no puede unirse con el pecado.

La religiosa adoratriz, sierva y esposa de Jesús, ha de ser muy pura para merecer sus miradas de amor y aprobación.

¡Oh! ¡Cuánto amaba Jesús á María, la Reina de toda pureza!—¡Pero con cuánto cuidado se conservaba María pura y se fortalecía en la caridad divina! —Hija suya soy, y dedicada á la adoración eucarística en su compañía: debo, por lo tanto, procurar imitarla.

II. ¿Qué debe ser la pureza de una religiosa adoratriz? Todo ha de respirar en ella la fragancia de esa virtud.

La modestia de sus sentidos, de sus movimientos, de su mirada, de sus palabras—la pureza debe, por decirlo así, exhalarse de su amor y de su vida toda, como se exhala de la azucena su delicioso perfume.

Pureza de pensamientos, que rechace todo pensamiento del mundo, de sus vanidades, de sus placeres, de sus fiestas, para tener el espíritu ocupado tan sólo en Jesús, á quien ama.—En Jesús pensaba María: Todos los pensamientos los tomaba de Jesús como regla y norma de ellos.

Pureza de deseos; no deseando ya de este mundo

nada más que el olvido, el desprecio y la cruz; —siendo todos sus deseos el ver á Jesús honrado, glorificado, amado y hecho Rey de todos los corazones,—no deseando más que una cosa: agradar únicamente á Jesús.

Pureza de afectos: sacrificando generosamente á Jesús en la Eucaristía el afecto natural de todas las criaturas,—no queriendo ya ocupar sitio en el corazón de criatura alguna,—haciendo, como María, de su corazón un jardín cerrado, una fuente sellada para cuanto no es Jesús.

Pureza de acciones: no buscando más que la gloria, amor y beneplácito de Jesús, su Esposo; —viviendo para Jesús por la abnegación de sí misma, de su propia vida;—viviendo en Jesús por la devoción con que se consagra del todo á su amor.—Así vivía María: era Jesús la vida de su vida, el corazón de su corazón, el fin último de todas sus acciones.

Pureza en el padecer: es necesario amar mucho á Jesús para padecer puramente por Él,—para callar á los hombres nuestros padecimientos,—reputarlos apenas dignos de ser ofrecidos á Dios,—y hacer de ellos un ramillete de amor para el divino Esposo...

SEGUNDA MEDITACIÓN

Caridad eucarística.

La Eucaristía es la prenda y la prueba del amor de Jesús á los hombres.—Después de haberles dado todo, se da á sí mismo, se entrega al servicio de los mismos y se pone á su disposición.

Suave, paciente y benéfica es para con el prójimo la caridad de Jesús Sacramentado.

I. Suave con todos, especialmente con los pobres—con los que padecen,—con la gente ruda.

Recíbelos á todos con bondad y amor; es el padre bondadoso que abraza á los hijos,—José que se muestra á sus hermanos, el amigo que acoge al amigo.

Suave, afable, graciosa y amable ha de ser, pues, la caridad de la sierva, que aun así nunca será más que un reflejo harto grosero é imperfecto de la bondad con que Jesús la trata.

¡Qué mansedumbre y bondad la de María en el Cenáculo!—¡Con cuánta bondad recibía á todos y les inspiraba con sus palabras un santo gozo!

II. Caridad paciente.—Jesús aguarda con suave paciencia á sus servidores, á sus hijos;—permanece día y noche esperándolos, y cuando á Él se acercan los recibe siempre con bondad, sin reproches, sin frialdad, sin acritud.

Así en la comunidad debe ser la hermana paciente, soportando con igualdad de genio los diversos caracteres de las personas con quienes vive, aun aquellos mismos hacia los cuales experimenta antipatía.

Debe compadecerse de la miseria é imperfecciones de su prójimo,—sufrirlas con humildad—corregirlas con prudencia,—ó cubrirlas con el manto de la caridad, si no puede ó no debe corregirlas.

III. Caridad benéfica.—A cuantos vienen á Él les hace bien Jesús, y hasta se les anticipa;—querría hacer mucho bien á sus enemigos.

Así también debe la caridad de la hermana ser benéfica,—olvidándose de sí misma por atender á los demás;—pasando ella privaciones por procurar alivio á los demás.

Escogiendo para ella las cosas que son peores, más feas, menos honoríficas, por dejar lo mejor á sus hermanas, de las cuales deberá pensar que le hacen mucha ventaja.

Deseando para el prójimo más bien que para sí misma, como quien considera que es indigna del bien y no sabe sacar de él provecho.

Alegrándose muy sinceramente del bien, de las virtudes, del próspero éxito de los demás, con el pensamiento de que Dios tiene á su servicio, por lo menos, algunas almas buenas.

Mas para tener hacia sus hermanas la caridad de Jesús, preciso es que miremos en ellas á Jesús, su gracia, su amor, su santidad, ó sus infinitas misericordias: —menester es que ante el aspecto humano de nuestras hermanas interpongamos como un velo la imagen de Jesús. —Él lo dijo: «que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis más pequeños hermanos, á mí lo hicisteis.»

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús Víctima.

En su estado sacramental escogió Jesús la cualidad de víctima, de hostia, como la que mejor cuadra á su amor hacia su Padre y hacia nosotros: Jesús en cuanto víctima: he ahí el modelo de una hermana adoratriz.

I. Jesús, hostia de inmolación, se halla siempre en estado de víctima ante el trono de Dios Padre: «Miré —dice San Juan — y vi que en medio del solio... estaba un Cordero como inmolado.»

Por ese estado de víctima Jesús ofrece continua-

mente á su Padre sus padecimientos del Calvario, le muestra sus llagas abiertas, sus manos y sus pies traspasados, su corazón herido, su sagrada cabeza coronada con las cicatrices de su corona de espinas.

Así, una sierva del Santísimo Sacramento debe también ser como una misma hostia con Jesús sobre el mismo altar de inmolación—continuando en su cuerpo los padecimientos que no es posible sufra ya Jesús en su carne glorificada.

Padeciendo en su corazón el dolor y la agonía que el Corazón de Jesús no puede en su estado de bienaventuranza experimentar ya, á la vista de los crímenes y pecados de los hombres, y sobre todo de su alejamiento de esta única fuente de salud.

Llorando, derramando amargas lágrimas al ver á Jesús desatendido, despreciado, crucificado por sus hijos, por aquellos á quienes más honró y amó.

Toda la naturaleza humana de Jesús se había hecho la materia, la víctima, el holocausto del sacrificio.—Preciso es que cada sentido y cada facultad en una adoratriz, le dé ocasión para unirse al sacrificio de Jesús sobre el mismo altar en que se inmola esta divina Hostia.

II. Jesús, Hostia perpetua de amor, de alabanzas, de dependencia, desea incesantemente consumirse por la gloria de su Padre y por la salvación del mundo.

Si el Padre celestial lo hubiera querido, habría Jesús continuado su Pasión hasta el fin del mundo.—Continúa Él una Pasión por amor en el alma de sus esposas: continúa Él por medio de esas almas los padecimientos y el llanto;—continúa Él en esas almas su crucifixión.

La religiosa adoratriz debe, por lo tanto, apreciar

todo cuanto la une á la inmolación de Jesús, todo cuanto sirve de continuación al amor crucificado de Jesús.

No debe, pues, juzgar de su amor sino según la altura y latitud de su cruz.

Ni encontrarse dichosa sino cuando tiene algo que sacrificar al amor del Amado.

Ni amar la virtud sino por ser ésta un homenaje que se hace á Dios, un don que se hace al amor de Jesús, una gracia para la salvación de los pecadores.

María, hostia de inmolación con Jesús en el Calvario, es también hostia de amor en el Cenáculo.

¡Qué divino fuego devora y consume su alma! ¡Qué llama sube y crece ensanchándose desde su corazón!

Así deben vivir y morir sus hijas.

DÍA SEXTO

PRIMERA MEDITACIÓN

Fe eucarística.

La virtud que ha de resplandecer en la vida de una sierva del Santísimo Sacramento es la fe eucarística.

Esta fe viva es una grande gracia, la cual debe, por lo tanto, pedirse con instancia.—Es una virtud, y virtud fundamental: y así la sierva ha de ejercitarse constantemente en la fe, en la virtud de fe, en el espíritu de fe eucarística.

I. Fe eucarística.—Consiste en creer, como tiene y cree la Santa Iglesia católica: que Jesucristo está verdadera, real y substancialmente presente bajo las especies sacramentales.

Esta fe es y obra en nosotros la vida de Jesucristo, encubierto, velado, oculto bajo las especies sacramentales, semejante al sol contemplado á traves de una nube, á un amigo disfrazado para hacer prueba de nuestros sentimientos.

II. El alma de fe ve verdaderamente á Jesucristo por una mirada interior de la gracia, y esta gracia y esta vista espiritual no se limita á un objeto exterior, á formas determinadas: abraza á Jesucristo todo, su divinidad y su santa humanidad, todas sus adorables perfecciones, toda su belleza, toda su bondad, todo su amor;—tanto al menos como lo permite la limitación y flaqueza de quien es aún peregrino sobre la tierra

Semeja esta vista eucarística á la que se tiene de Dios en el cielo, la cual lo muestra siempre más amable, más grande y más bello á la mirada feliz de los Santos. — Así Jesucristo en el Santísimo Sacrameto es siempre nuevo, más amado, más tierno y más amable para el alma adoradora; y por eso es siempre inagotable y siempre nueva su contemplación eucarística, que va siempre por Jesucristo de claridad en claridad, de virtud en virtud y de perfección en perfección.

Así que el pensamiento de la Eucaristía ocupa el alma y la vida toda.—Por este pensamiento capital va el alma á los demás sin salir de su centro; y estos pensamientos son como rayos que no se separan de la luz en que nacen, del sol que los produce.

De ahí proviene que el alma eucarística está siem-

pre en la paz; porque está en la unidad de pensamientos y por consiguiente de amor y de vida.

III. Esta vista que se tiene de la Eucaristía va acompañada de un respetuoso y tierno amor.—Por el amor llegaron los discípulos de Emaus á conocer al fin á Jesús. — Y el amor es la luz de la Eucaristía; amor que atraviesa las nubes, y lleva á los pies de Jesús el alma; que toca los pliegues de su vestido, y le reconoce sobre las olas, como San Juan.

Pero el amor que ha reconocido á Jesús se postra respetuosamente á sus pies, como la Magdalena y como San Pedro.

El alma eucarística corre al punto alborozada hacia el Amado; pero luego en seguida contempla en Él á su Rey y admira en Él la majestad de su Dios, y poseída de un santo respeto no osa casi adelantarse, y es preciso entonces que Jesús le diga con hermosas y consoladoras palabras: venid á mí y yo os aliviaré; ven, esposa amada, entra en los cilleros de la divina caridad.

Entonces el alma olvida que se halla en medio del estrépito del mundo; olvida, por decirlo así, que tiene un cuerpo que la encadena á la tierra; se ocupa enteramente en el afecto á su Amado.—Este es el fruto de la vista eucarística de Jesús: el alma le ha encontrado.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Fe eucarística (continuación).

La fe eucarística es también la noticia y la vista espiritual de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: es como una participación de la visión de los Santos en la gloria.

¡Oh cuán deliciosa y feliz es esa vista que por la fe se tiene de Jesús en la Hostia! ¡Cuán dulce contemplación la de Jesús, que por amor á nosotros permanece oculto bajo misterioso velo!

Mas no debe el alma eucarística parar ahí, sino que ha de procurar vivir de la virtud de fe eucarística.—Virtud de fe que consiste en el respeto, piedad y devoción á Jesús en la Eucaristía.

I. Respeto á la Eucaristía.—La fe me señala á Jesús como se lo designaba San Juan Bautista á los judíos; -pero á Jesús resucitado, glorificado, senta do sobre su trono como Dios que es de infinita majestad.

¡Oh! Si me fuera dado ver la gloria de Jesús en el Santísimo Sacramento, gloria muy real y muy verdadera, aunque velada para nuestros débiles ojos, ¡qué majestad, qué poderío, qué grandeza! Entonces todo mi ser quedaría anonadado y consumido á los rayos de aquel nitidísimo sol.

¡Qué magnífica invisible corte rodea su trono.—Millones de Angeles y de Santos forman su corte eucarística, adoran prosternados al Cordero eucarístico, celebran transportados sus alabanzas, exaltan su bondad y su misericordia, y celebran sus triunfos.

Con este pensamiento, y á la vista de estas celestiales maravillas, queda el alma fiel penetrada de religioso temblor, de silencioso respeto: y el primer acto de su fe es prosternarse á los pies del Rey celestial, humillarse y anonadarse en cierta manera, como San Juan en el Apocalipsis, á la vista del Hijo de Dios.

Todo en su ser debe llevar el sello de este respeto: la modestia de los ojos, el decoro del porte,

la compostura del rostro; porque ante este divino Sol todo debe quedar eclipsado, los amigos, los grandes del mundo, los ángeles mismos.

II. Piedad eucarística. — La fe nos muestra á Jesucristo, no tan sólo como Dios de majestad, sino también como Dios de bondad, manantial de todas las gracias, de todos los dones, de todos los bienes.

La piedad de un alma eucarística ha de ser inspirada y alimentada por la Eucaristía y encerrada, como quien dice, en este elemento divino.—Todas sus preces deben tener, permítasenos la frase, su punto de partida en la Eucaristía, ó llegar á ella como á su término;—y este carácter han de tener sus oraciones; ese espíritu han de tomar sus virtudes, haciéndose cada una en su esfera como una forma variada de la vestidura eucarística de Jesús, ó como un ejercicio de amor á Él.

Jesús en la Eucaristía debe ser el principio y la norma de sus virtudes, y el fin último de las mismas: nada más obvio. — Si todas las virtudes de un hijo llevan el carácter de la piedad filial; si todas las acciones de un Rey son reales, todas las virtudes y todas las acciones de una hermana del Santísimo Sacramento deben ser esencialmente eucarísticas.

III. Devoción eucarística. — La devoción es la dedicación de sí propio, gozosa y constante en virtud del amor; no hay mayor adhesión que la de un hijo ni mayor generosidad que la de una esposa.

Para ser digna de su vocación, ha de ser la devoción de la hermana del Santísimo Sacramento, *eucarística*; es á saber, tal, que convierta toda la generosidad de su alma hacia Jesús Sacramentado.

Ha de ser enteramente eucarística, comprender

todo cuanto pertenece al servicio y la gloria de Jesús Sacramentado.

Ha de ser exclusivamente eucarística, pues la esposa se consagra exclusivamente á su esposo.

Jesús Sacramentado lo es todo para mí; fuera de Él todo lo considero como nada.

TERCERA MEDITACIÓN

Jesús en la Eucaristía es mi fuerza.

Quiero seguir á Jesús Sacramentado, darle completa y exclusivamente mi corazón y mi vida; pero no puedo por mí mismo con mi virtud y el poder ó, mejor dicho, la flaqueza de mi amor actual, aspirar á tan sublime vocación.—Necesito que Jesús Sacramentado sea la luz de mi espíritu,—la vida de mi corazón,—la fuerza de mi voluntad, pues todo esto lo es Jesús para aquellos que con amor le buscan.

I. Jesús Sacramentado es mi luz.

Sí, en efecto: Él es la gran luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo,—que ilumina las almas que quieren seguirle y es el Sol interior de las mismas.—¡Oh! Sólo al pie del Sagrario es donde encontraban los Santos esas grandes verdades, esos rayos de claridad, esa ciencia de Dios tan preciosa y tan peregrina.

Jesús Sacramentado es siempre el buen Maestro que instruye al alma fiel, le revela suavemente su propia miseria y su nada,—le muestra la verdad sin discusión, sin nubes, sin esfuerzo;—le manifiesta amorosamente su santa voluntad, su beneplácito acerca de ella.—¡Oh y cómo penetra esta palabra interior en lo más íntimo del alma! ¡Cuán deliciosa-

mente imprime en el alma la admiración de la hermosura, de la verdad, de la presencia de Jesús, de su divinidad y de su bondad!

Diríase que está allí el alma, como otra Magdalena, á los pies de Jesús, ilustrada con su gracia.—Como otro San Juan, reclinado sobre el Corazón de Jesús y tomando de allí la ciencia y la mansedumbre de la santa dilección.

Sed ¡oh Jesús! mi luz, mi luminosa nube en este desierto, mi único Maestro, que no quiero otro.

Sed mi única ciencia: fuera de Vos todo es nada para mí. Habladme como á los discípulos de Emaus; ¡que arda mi corazón al escucharos!

II. Jesús Sacramentado es mi fuerza.

¡Cuántos sacrificios tendré que hacer para llegar hasta el Tabernáculo! ¡Cuántos lazos que romper! ¡Cuántas cosas que dejar y sacrificar! ¡Cuán larga y dura inmolación de mí mismo tengo que comenzar y continuarla hasta el último suspiro!

¡Oh Dios mío! Espántase mi alma, sucumbe mi virtud, siento que me faltan alas para volar hasta la cumbre del monte divino.—Todo me da miedo; tengo miedo de mí misma.

Pero Jesús Sacramentado será mi fuerza: que la Eucaristía es quien formó los primeros cristianos, sostuvo á los mártires, inspiró y perfeccionó á los que vivieron en virginidad.

Todo lo podré con Jesús; con su gracia inmolaré la naturaleza con la misma facilidad y gozo con que se encadena un leoncito de un día.

Con su auxilio caminaré sobre las olas del irritado mar y pasaré segura por entre leones y dragones.

Y aún mejor: cuanto más débil soy yo, tanto

más brillará en mí el triunfo de la fuerza de Dios, y suya será ahí toda la gloria.

III. Jesús Sacramentado es mi vida.

Para que Jesús sea mi luz y mi fuerza, es preciso que yo sea de Él y sólo de Él, es á saber: se precisa que yo le dé mi corazon, y con mi corazón el desvío de todos los bienes, goces y placeres de este mundo.—Se precisa que mi corazón sea un desierto, una casa vacía.

Al pensamiento de tal vacío, tal desierto y tal renunciamiento, entristécese mi corazón. Esas palabras: ¡nada ya! envuelven como quien dice una agonía.

Pero Jesús Sacramentado lo reemplaza todo: sumo bien, puro gozo, inefable felicidad, devuelve ciento por uno, devuelve infinitamente más...

Sólo el alma amante comprende la dicha de esa vida eucarística.

Un alma así lo encuentra todo en Jesús Sacramentado, y para ella Jesús lo es todo.

FIN DE LOS RETIROS



VIA CRUCIS EUCARÍSTICO

Hemos dicho que el P. Eymard miraba el Vía Crucis como uno de los más importantes ejercicios del retiro. Había aprendido por una larga experiencia á encontrar en las llagas de Jesús el perdón, la paz y todas aquellas gracias que anhela el alma del ejercitante. Hasta su muerte, andaba todos los días el Vía Crucis por la noche, aun en los que habían sido de mayor ocupación y fatiga; por eso lo encomendaba como cosa cuyo gran mérito conocía bien. Y es que, según lo dice hermosamente la *Imitación*: «En la cruz salud, en la cruz vida, en la cruz protección contra los enemigos, en la cruz rocío de celestial suavidad, en la cruz gozo del espíritu (1).»

Mas el Calvario lo ve el alma eucarística en el altar y al divino Crucificado le contempla en el Sacramento, hostia ofrecida por la salud del mundo. Esa alma oye en rededor suyo las voces de las tur-

(1) Lib. II, cap. XII.

bas contra Aquel que no responde sino con silencio de manso cordero; columbra las tramas de los escribas y los fariseos; sabe los mercados de estos nuevos Judas que á sus vicios, á su interés, al demonio en su alma les venden el buen Maestro Jesucristo que acaban de recibir en beso de la Comunión; ve todos los días á Jesús en su Eucaristía entregado, negado por cobardía, por respeto humano: — en la Eucaristía se renueva la Pasión.

Hay la diferencia de que la vía dolorosa eucarística abraza el mundo entero, lo cruza en todos sentidos, y de que se continúa durante diecinueve siglos.

Pero Jesús en el Santísimo Sacramento, nos dirán, está glorioso, inmortal, impasible.—¿Á qué mostrarnos padeciendo á Aquél en quien ya no puede tener lugar el padecimiento, y humillado á quien reina como Soberano triunfador?

Verdad es, y bien está, que Jesús sea ya inmortal y que el odio de los hombres sólo una vez en Jerusalén haya podido ensañarse contra su sagrada Persona.—¿Qué sacerdote querría hacer bajar á Jesús á un altar que le fuese sangriento Calvario?

Pero los pecados, los insultos y los sacrilegios, ¿afectarán menos dolorosamente el Corazón de Jesús vivo en la Hostia, porque no puedan alcanzarle físicamente las torturas que quisiesen inferirle nuestros brazos materiales?

¿No hacen los hombres para atormentarle todos los esfuerzos que únicamente una rabia infernal es capaz de inspirar?

La Pasión, pues, continúa de nuestra parte;—continúa de parte de los verdugos, que se ensañan contra la Víctima que, continuamente inmolada por los

deseos y los esfuerzos de ellos, continuamente se exime de sus golpes y encuentra en sí misma, como en inagotable manantial, una vida inmortal y gloriosa. ¡Misterios de los sufrimientos eucarísticos de Jesús! Sufre como Dios sufre; está irritado y conmovido como Dios lo está, sin que estos sentimientos alteren su felicidad ni disminuyan su gozo.

No padece ya actualmente; pero al tiempo que instituía el Sacramento desplegóse ante su alma el cuadro de los ultrajes, insultos y profanaciones que se cometerían contra él en la continuación de los siglos; por su ciencia de las cosas futuras vió el martirio perpetuo que se presentaba ante él, hasta en sus menores circunstancias; las torturas que nuestra malicia le reservaba, las vió hasta en los más secretos y atroces refinamientos de las mismas: vió y sintió, apuró ese cáliz su corazón; tenía el poder de hacer experimentar á su corazón en un solo instante angustias iguales á las que hubiera debido padecer si permaneciese pasible, expuesto á nuestros golpes; y aquel mismo poder que el último día hará expiar en un instante á las almas aún no purificadas de algunas manchas veniales lo que hubiera requerido siglos de fuego devorador, pudo desde luego dilatar las facultades del alma de Jesús para que soportasen en un tiempo en que estaba todavía sujeto al dolor, todo lo que habría debido padecer—si hubiera permanecido pasible—en este largo martirio á que se empeñan, pero vanamente, en someterle la ingratitud de los hombres y el furor de los demonios.

Tan estrecho es el lazo entre el Calvario y la Eucaristía, que no hay alma alguna que si con una devoción verdadera é íntima procura unirse á la

vida de Jesús en la Hostia, deje de sentir la necesidad de compadecer unos dolores cuya razón y modo no comprende tal vez esa misma alma, pero que son efectivos en demasía para sus sentimientos de amor.

No le basta meditar ante el Santísimo Sacramento la Pasión tal como pasó en Jerusalén. Dícele el corazón que la Pasión dura todavía; y quiere esa alma compadecer la Pasión eucarística de Jesús.

¡Dulce inspiración, que debe ser muy grata al Corazón de Jesús! Hasta tal punto se quejó con términos de tan sentido dolor á la Beata Margarita María por recibir raras veces de sus olvidadizos hijos el testimonio de semejante compasión!

A nosotros, que queremos conocer y honrar el misterio de la Eucaristía; á nosotros nos toca el noble oficio de meditar á menudo la Pasión eucarística; á nosotros nos corresponde compadecer y llorar tantos ultrajes y profanaciones. Jesús no padece ya actualmente: quiere padecer en nosotros y continuar en los miembros de su cuerpo místico, á gloria de Dios y por la salvación de las almas, el martirio que él, como glorioso Capitán, ha padecido el primero, dejándonos el ejemplo y abriéndonos el camino.

Los piadosos pensamientos del P. Eymard ayudarán á guiarnos en la meditación de los padecimientos eucarísticos.—Puede hacerse uso de ellos para una hora de adoración, ó meditarlos al andar las catorce estaciones del *Vía Crucis*. Con este objeto añadimos el *Pater noster* y *Avemaría* y los versículos que se rezan ordinariamente cuando se anda el *Vía Crucis*.

PRIMERA ESTACIÓN

Donde Jesús es sentenciado á muerte.

℣. Adorámoste, Cristo, y bendecímoste.
℟. Que por su santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús es sentenciado á muerte por los suyos, por aquellos mismos á quienes había colmado de favores.

Sentencian como sedicioso al que es la bondad misma;—como blasfemo al que ės la misma santidad;—como ambicioso á quien se pospuso á todos—senténcianle á muerte de cruz como el último esclavo.

Acepta Jesús amorosamente esta sentencia de muerte, como quien había venido á la tierra para padecer y morir y para enseñarnos ambas lecciones.

A Jesús en la Eucaristía le sentencian también todavía á muerte. Primeramente, en lo que mira á sus gracias, por el menosprecio de las mismas y la ninguna voluntad de recibirlas; —respecto á su amor, por el desconocimiento de tanto bien,—y en su estado sacramental por la incredulidad que le niega,—por el horrendo sacrilegio.—Por la Comunión indigna, vende el mal cristiano á Jesucristo, le vende al demonio,—le entrega á sus pasiones,—le pone á los pies del demonio que reina en su corazón:—le crucifica en su cuerpo de pecado.

Los malos cristianos maltratan á Jesús más que le maltrataron los judíos: en Jerusalén fué sentenciado sólo una vez, y en el Santísimo Sacramento todos los días, en mil sitios, y por un número espantoso de jueces inicuos.

Y sin embargo, Jesús se deja insultar, despreciar

y sentenciar: continúa siempre su vida sacramental á fin de mostrarnos que su amor para con nosotros es sin condición ni reserva, y superior á nuestra ingratitud.

¡Perdón, Jesús mío, perdón mil veces os pido, por todos los sacrilegios! Si me hubiera acaecido cometerlos alguna vez, quiero pasar mi vida en repararlos, y en amaros y honraros por los que no os aman y os desprecian: concededme la gracia de morir con Vos!

Padrenuestro, Avemaría, Gloria Patri.

Señor, pequé; tened misericordia de mí.

Fidelium animae per misericordiam Dei requiescant in pace.

Sancta Mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.

SEGUNDA ESTACIÓN

Aquí le pusieron la cruz á cuestas.

Adorámoste, etc.

En Jerusalén, los judíos pusieron á Jesús en sus lastimados hombros una pesada é ignominiosa cruz, que era entonces el instrumento de suplicio para los más abyectos entre los hombres. —Jesús recibe aquella abrumadora cruz con gozo, con anhelo, la abraza amorosamente y la lleva con admirable mansedumbre.

Quiere con esto suavizarla y aligerarla para nosotros; hacerla dulce y amable, y santificarla con su sangre.

En el Santísimo Sacramento del altar los malos cristianos imponen á Jesús una cruz harto más pe-

sada, ignominiosa y harto más dolorosa para su corazón. Esta cruz son las irreverencias en el lugar sagrado: —una tan grande disipación de espíritu,— una tan grande frialdad de corazón en su presencia,— una devoción tan tibia. ¡Qué cruz humillante para Jesús esta de tener hijos tan poco respetuosos, discípulos tan miserables!

En su Sacramento, además, Jesús lleva mis cruces; las pone sobre su corazón, las embalsama con su amor para volvérmelas amables: pero quiere que las lleve por Él, que se las ofrezca; sin que Él desdeñe por eso acoger los desahogos de mi dolor, consentir que llore yo por mis cruces y que le pida auxilio y consuelo.

¡Oh cuán ligera se hace la cruz al contacto de la Eucaristía! ¡Cuán bella y radiante sale del Corazón de Jesús! ¡Cuán bueno es recibirla de sus manos y besarla por haber estado en ellas!—Allí iré, pues, á refugiarme en mis penas, allí á consolarme y fortalecerme, allí para aprender á padecer y amar.

Perdón, Señor, perdón os pido por los que os tratan sin respeto en vuestro Sacramento de amor; perdón por todas mis infidelidades, perdón por mis indiferencias y olvidos en vuestra presencia: quiero amaros; os amo con todo mi corazón.

Padrenuestro, etc.

TERCERA ESTACIÓN

Aquí cae en tierra el Señor la primera vez.

Adorámoste, etc.

Había quedado Jesús tan exhausto de sangre con las agonías en el Huerto y con los golpes de la

flagelación, tan extenuado por las fatigas de la cruel noche que pasó preso por sus enemigos, que, después de haber andado un poco, cae abrumado bajo el peso de la cruz.

¡Qué de veces Jesús en la Eucaristía cae á tierra en las sagradas Formas sin que se eche de ver!

Pero lo que le hace caer de dolor es la vista del primer pecado mortal que manchó mi alma.

¡Ah! ¡Que es aún más dolorosa la caída que sufre Jesús en el corazón de un joven que le recibe indignamente el día de la primera Comunión! — Cae en aquel corazón de hielo que el fuego de su amor no alcanza á derretir; en aquel espíritu orgulloso y disimulado, sin lograr conmoverlo; en aquel cuerpo que no es sino un sepulcro lleno de podredumbre.—¡Ay! ¡Es posible que así se trate á Jesús la primera vez que con tanto amor viene á nosotros! ¡Oh Dios mío! ¡Tamaña culpa en tan poca edad! ¡Comenzar tan temprano á ser otro Judas!—¡He ahí el crimen más sensible para el Corazón de Jesús: una primera Comunión sacrílega!

¡Oh Jesús mío! Gracias os doy por el amor que me habéis mostrado en mi primera Comunión: no la olvidaré jamás; vuestro soy, totalmente vuestro, pues que Vos sois totalmente mío: disponed de mí según vuestro divino beneplácito.

Padrenuestro, etc.

CUARTA ESTACIÓN

Donde encuentra Jesús á su Santísima Madre.

Adorámoste, etc.

María acompaña á Jesús en el camino del Calvario: soporta allí un verdadero martirio del alma;

pero quien ama quiere *padecer con el amado y por Él.*

¡Ah! El Corazón eucarístico de Jesús encuentra hoy en el camino de sus dolores, en medio de sus enemigos, á sus hijos amados, á las esposas de su Corazón, á los ministros de sus gracias que, lejos de consolarle como María, se unen á sus verdugos para humillarle, blasfemarle y renegar de Él. ¡Cuántos *renegados* y *apóstatas abandonan* el servicio y el amor de la Eucaristía desde que este servicio exige un sacrificio ó un acto de fe práctica!

¡Oh Jesús, Salvador mío! Quiero seguiros humillado, insultado, maltratado, con María Santísima, mi dulce Madre, é indemnizaros de tantos ultrajes con mi devoción y mi amor.

Padrenuestro, etc.

QUINTA ESTACIÓN

Le ayuda el Cirineo á llevar la cruz.

Adorámoste, etc.

Jesús iba desfalleciendo cada vez más bajo el grave peso, y movidos los judíos del deseo de hacerle morir en la cruz, para colmar sus humillaciones se dirigieron á Simón de Cirene, á fin de que llevase la cruz con Jesús. Resistíalo Simón y fué necesario obligarle á tomar aquel madero, instrumento de suplicio, que le parecía cosa de mucha ignominia. Sometióse á ello, y mereció que Jesús moviese su *corazón* y le *convirtiese.*

En el Santísimo Sacramento llama Jesús á los hombres hacia sí, y casi nadie responde á sus invitaciones: les convida á su banquete eucarístico, y ellos se forjan pretextos para no acercarse á la sagrada

Mesa. El alma infiel é ingrata rehusa la gracia de Jesusucristo, el don más excelente de su amor, y Jesús permanece solo, abandonado, llenas las manos de gracias, de dones excelentes desdeñados, pues tienen los hombres miedo á su amor.

En lugar de los respetos y adoraciones que debían ofrecérsele, Jesús no recibe la mayor parte del tiempo mas que irreverencias. Avergüénzanse de encontrarle en las calles, huyen desde que le divisan, no se atreven á darle testimonios exteriores de su fe.

¿Y es posible, divino Salvador mío, que tal suceda? ¡Ay! Demasiado cierto es, desgraciadamente, y siento que la misma conciencia me acusa. Sí: hartas veces, detenido en mis gustos, he desoído escuchar vuestro llamamiento; en muchas ocasiones, por no verme obligado á enmendarme, he rehusado la invitación con que me honrabais en vuestro amor para que me acercase á vuestro divino banquete: pésame de todo corazón: comprendo que más vale dejarlo todo que privarse por falta propia de una Comunión que es la mayor y más amable de tantas gracias como nos concedéis. Olvidad lo pasado, amabilísimo Salvador, y aceptad y custodiad Vos mismo mis resoluciones para en adelante.

Padrenuestro, etc.

SEXTA ESTACIÓN

Donde la Verónica enjuga el rostro del Señor.

Adorámoste, etc.

En tal manera han afeado los verdugos con sangre, lodo y salivas el rostro del Señor, que apenas pueden distinguirse sus facciones. Al que es el es-

plendor de Dios le vemos aquí que casi no puede reconocerse su faz escarnecida.—La piadosa Verónica atraviesa animosa por entre los soldados: bajo el sudor y salivas que obscurecían aquel rostro reconoce á su Salvador y su Dios, y movida de compasión enjuga aquella santa faz. Jesús la recompensa dejando impresas sus facciones en el lienzo con que le había enjugado el rostro.

Divino Jesús, mucho se os ultraja, mucho se os insulta; muchas profanaciones se cometen contra Vos en vuestro adorable Sacramento. Pero ¿dónde están las compasivas Verónicas que vengan á reparar tales abominaciones? ¡Ah! Contrístase el ánimo al ver que se cometen con esa facilidad tantos sacrilegios contra el augusto Sacramento: parece como si Cristo fuera entre nosotros un extraño indiferente y hasta despreciable.

Cierto es que su faz está velada bajo las especies sacramentales, harto exiguas y humildes. Con eso da ocasión á que nuestro amor descubra allí, por la fe, sus divinas facciones.—Creo, Señor, que Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y adoro bajo los velos eucarísticos vuestro sagrado rostro, lleno de gloria y de majestad: dignaos, Señor, imprimir vuestras facciones en mi corazón, para que yo lleve por do quiera conmigo á Jesús, á Jesús Sacramentado.

Padrenuestro, etc.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Donde cae en tierra el Señor la segunda vez.

Adorámoste, etc.

No obstante el auxilio de Simón es tal la fatiga del Señor, que cae en tierra por segunda vez, lo cual

le ocasiona nuevos y dolorosos sufrimientos: destrózansele las rodillas, desgárransele las manos en estas caídas sobre aquel áspero camino, y los sayones le maltratan con nueva furia.

¡Oh qué fútil es el auxilio de los hombres sin el de Jesucristo! ¡Y cuántas caídas se prepara quien en los hombres se apoya!

¡Cuántas veces Dios en la Eucaristía cae hoy por la Comunión en corazones cobardes y tibios que le reciben sin preparación, – le hospedan sin devoción, —le dejan partir sin un acto de amor y de agradecimiento! Y así, no obstante la presencia de Jesús, permanece nuestra alma como tierra infructuosa á causa de nuestra tibieza.

¿Quién se atrevería á recibir á uno de los grandes de la tierra con tan pocos cuidados como se recibe todos los días al Rey del cielo?

Divino Salvador mío: yo os ofrezco reparación de honor por todas las tibiezas y falta de devoción en mis Comuniones.—¡Qué de veces os habéis dignado venir á mi pecho! Gracias os doy por tan grande beneficio, y prometo seros fiel de hoy en adelante. Concededme vuestro amor, que con él basta.

Padrenuestro, etc.

OCTAVA ESTACIÓN

Donde consuela el Señor á unas piadosas mujeres de Jerusalén que le seguían llorando.

Adorámoste, etc.

Era misión del Salvador, durante los días de su vida mortal, consolar á los angustiados y perseguidos, y quiere permanecer fiel á esa misión, aun en

los momentos de más grave padecer: olvídase á sí mismo para atajar las lágrimas de las piadosas mujeres que lloraban por sus dolores y su pasión. ¡Cuánta bondad!

En el Santísimo Sacramento, Jesús no tiene casi nunca nadie que vaya á consolarle del olvido de los suyos y de los crímenes que contra Él se cometen.— Allí está solo días y noches.—¡Ah! Si fuera dable en sus ojos todavía el llanto, ¡cuántas lágrimas no verterían por la ingratitud de los suyos y el olvido en que le ponen! Si fuera dable en su corazón todavía el padecer, ¡cuántos tormentos pasaría al verse así abandonado, aun de sus amigos!

Y á pesar de esto, al punto que nos acercamos á Él, nos acoge bondadoso, escucha nuestras penas; el relato de nuestras miserias, relato muchas veces nada corto y harto egoísta, y se olvida á sí mismo por consolarnos y aliviarnos.

¿Por qué, pues, divino Salvador mío, acudo yo tanto á buscar las consolaciones de los hombres, en vez de diririgirme á Vos? Comprendo que esto hiere vuestro Corazón, celoso del amor que os debe el mío: sed, pues, Vos, en vuestra Eucaristía, mi único consolador, el sólo confidente de mis penas: que una palabra y una bondadosa mirada vuestra me bastan. Que os ame yo de todo corazón, y cúmplase en mí cuanto sea de vuestro beneplácito.

Padrenuestro, etc.

NOVENA ESTACIÓN

Donde el Señor cae tercera vez con la cruz.

Adorámoste, etc.

¡Cuánto padece Jesús en esta tercera caída! Queda abrumado bajo el peso de la cruz, y aun maltratado por los crueles sayones, puede apenas levantarse.

Jesús quiere caer tercera vez antes de ser levantado en la cruz, como para dar testimonio de que estaría pronto á recorrer la redondez de la tierra cargado con la cruz.

Jesús vendrá á mí la última vez por Viático antes de que yo también deje esta mansión de destierro. ¡Ah! Concededme, Señor, esa gracia, la más preciosa de todas, y complemento de las de toda mi vida.

¡Pero que yo os reciba bien en esa última Comunión, prenda de tan grande amor!

¡Cuán espantosa caída cuando Jesús cae por última vez en el pecho de un moribundo que, añadiendo á sus pecados pasados el crimen del sacrilegio, recibe indignamente á Aquel que va á juzgarle, y profana así el Viático destinado á su salvación!

¡En qué dolorosa situación debe encontrarse Jesús en un corazón que le detesta, en un espíritu que le desprecia, en un cuerpo de pecado, entregado al demonio!

Mas ¡qué juicio les espera á estos desventurados! Estremece el pensarlo. Perdón, Señor, perdón os pido por estos tales: os rogamos por todos los moribundos; concededles que mueran en vuestros

brazos, después de haberos recibido dignamente por Viático.

Padrenuestro, etc.

DÉCIMA ESTACIÓN

Donde desnudaron de sus vestiduras al Señor.

Adorámoste, etc.

¡Cuánto debió sufrir el Señor cuando tan cruel y desapiadadamente le desnudaron! Pues habiéndosele pegado la túnica á las ensangrentadas llagas, al quitársela, vuelven á abrírselas, desgarrándole las carnes.

¡Cuánto debió sufrir en su modestia al verse tratado como sería vergüenza tratar á un facineroso y á un esclavo que mueren al menos cubiertos del sudario con que ha de enterrárseles!

A Jesús le arrancan aún sus vestiduras en su estado sacramental.—No contentos de que por puro amor á nosotros se haya desnudado de la gloria de su Divinidad y de la belleza de su Humanidad, quieren sus enemigos despojarle del honor de su culto, saquean sus iglesias, profanan sus vasos sagrados y sus tabernáculos, le arrojan en tierra: allí está entregado á los desmanes de aquellos sacrílegos, Él, Rey y Salvador de los hombres, como en el día de su crucifixión.

Al dejarse despojar así en la Eucaristía nos da Jesús ejemplo de reducirnos al estado de pobres voluntarios, que están ya en desapego de todas las cosas, para revestirnos de su vida y sus virtudes.

¡Oh Jesús Sacramentado, sed Vos mi único bien!

Padrenuestro, etc.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Donde el Señor fué clavado en la cruz.

Adorámoste, etc.

¿Dónde hay tormentos como los de Jesús al ser crucificado? A no ser milagro de su divino poder, no hubiera podido soportarlos sin morir.

En el Calvario, Jesús se halla sujeto á un madero inculpable; mientras que por la Comunión indigna el pecador crucifica á Jesús en su cuerpo de pecado, como si sujetasen un cuerpo vivo á un pútrido cadáver.

En el Calvario le crucificaron sus enemigos declarados, mientras que aquí son sus hijos quienes le crucifican con hipocresía de devoción.

En el Calvario fué crucificado una vez sola, mientras que aquí se le crucifica todos los días y le crucifican millares de cristianos.

¡Oh divino Salvador! Perdón os pido por las inmortificaciones de mis sentidos. ¡Con cuán crueles tormentos las expiáis!

Queréis ¡oh Dios mío! por vuestra Eucarístía crucificar mi naturaleza, inmolar sin cesar el hombre viejo y unirme á vuestra vida crucificada y resucitada: haced, Señor, que sea yo todo vuestro sin reserva ni condición.

Padrenuestro, etc.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Muere el Señor en la cruz.

Adorámoste, etc.

Muere Jesús por redimirnos: concede al morir una última gracia pidiendo perdón para sus verdugos, y como último don nos deja por Madre á su Santísima Madre; expresa un último deseo, la sed de padecer, y ejecuta un último acto, la entrega de su espíritu en manos del Padre.

En la divina Eucaristía continúa Jesús el amor de que me dió testimonio al morir; inmólase en el Santo Sacrificio todas las mañanas, y va á perder en los que le reciben su existencia sacramental: en el corazón del justo muere para hacerle vivir, mas en el del pecador muere para condenación de éste.

Ofréceme desde su hostia las gracias de mi redención, el precio de mi salvación. Mas para que de esto pueda yo participar, quiere que muera con Él y por Él.

Concededme ¡oh Dios mío! la gracia de que yo esté muerto al pecado y á mí mismo, y no viva en adelante sino para amaros en vuestra sagrada Eucaristía.

Padrenuestro, etc.

DÉCIMATERCERA ESTACIÓN

Donde el Cuerpo difunto de Jesús fué bajado de la cruz y puesto en brazos de su Madre.

Adorámoste, etc.

Bajan á Jesús de la cruz y entregan el sacratísimo cuerpo á su Santísima Madre, que le toma entre sus brazos y sobre su corazón, y le ofrece á Dios como Víctima de propiciación por nosotros.

Tócanos ahora á nosotros ofrecer á Jesús víctima en el altar y en nuestros corazones, por nosotros y por nuestros prójimos. — Es nuestro, pues Dios Padre nos le da y Él mismo se nos da para que nos aprovechemos de su infinito precio.

¡Lástima grande que ese infinito precio quede infructuoso en nuestras manos por efecto de nuestra indiferencia!

Ofrezcámosle, pues, en unión con María, y roguemos á esta Santísima Madre que le ofrezca con nosotros.

Padrenuestro, etc.

DECIMACUARTA ESTACIÓN

Donde el Señor fué sepultado.

Adorámoste, etc.

Quiso Jesús sufrir la humillación del sepulcro, y allí queda cercado de la guardia de sus enemigos, como prisionero de ellos todavía.

Y en la Eucaristía debemos considerarle verdaderamente sepultado: en lugar de permanecer allí

tres días, permanece siempre, y nos invita á nosotros á darle guardia.—Es allí prisionero nuestro por amor.

Envuélvele el corporal como un sudario; arde la lámpara ante su altar como ante las tumbas, y reina en torno sepulcral silencio.

Al venir á nuestro corazón por la sagrada Comunión, escógenos Jesús para ser todavía sepultado en nosotros: preparémosle un sepulcro decoroso, nuevo, aseado, que no se halle ocupado por los afectos terrenales, y embalsamémosle con el aroma de nuestras virtudes.

Vayamos, por aquellos que no van, á tributarle honor y adorarle en su Tabernáculo, á consolarle en su prisión; pidámosle la gracia de vivir en recogimiento y muertos al mundo, para llevar una vida oculta en la divina Eucaristía.

Padrenuestro, etc.

O Crux! ave, spes unica,
mundi salus et gloria;
piis adauge gratiam
reisque dele crimina.



ÍNDICE

DÍA SEGUNDO

DÍA TERCERO

DÍA CUARTO

DÍA QUINTO

DÍA SEXTO

RETIRO TERCERO.—DE OCHO DÍAS

DÍA PRIMERO

DIA OCTAVO

CONCLUSIÓN DEL RETIRO

APÉNDICE

RETIRO CUARTO.—De seis días

DIA PRIMERO

DIA SEGUNDO

DIA TERCERO

DIA CUARTO

DIA QUINTO

DIA SEXTO